

OBRAS COMPLETAS DE  
VARGAS VILA

# GESTOS DE VIDA



1911



Ramon Sopena EDITOR

PROVENZA 93.97 BARCELONA



# Obras completas de J. M. Vargas Vila

---

DERECHOS DE AUTOR



Todo ejemplar que circule  
sin estampilla será conside-  
rado ilegal.

## GESTOS DE VIDA

# :: Obras completas de Vargas Vila ::

---

## NOVELAS

Aura o las Violetas.

Flor del Fango.

Rosa Mística.

Ibis.

Rosas de la Tarde.

Alba Roja.

La Simiente.

Delia (Lirio blanco).

Eleonora (Lirio Rojo).

Germania (Lirio negro).

El Camino del Triunfo.

La Conquista de Bizancio.

María Magdalena.

La Demencia de Job.

El Minotauro.

Los discípulos de Emaüs.

Los Parias.

Sobre las Viñas muertas.

Los Estetas de Teópolis.

El Final de un Sueño.

La Ubre de la Loba.

Salomé.

Cachorro de León.

---

## L I T E R A T U R A



OBRAS COMPLETAS DE J. M. VARGAS VILA

---

# Gestos de Vida

---

OBRA INÉDITA



BARCELONA  
RAMÓN SOPENA, EDITOR  
PROVENZA, 93 A 97

---

Derechos reservados.

---

## PREFACIO

---

*Imaginar, es una alta y bella forma de crear ;  
desde que una Ficción es hecha, una Obra es  
creada ;*

*imaginar es hender varias atmósferas, cruzar  
los cielos vírgenes de la Ideación, arrancar su se-  
creto a los vagos y remotos continentes de la Fan-  
tasia, a los enormes islotes del Misterio, apenas  
diseñados, como las costas de los mundos lunares ;*

*y, volver de allí cargados de ensueños, de qui-  
meras, de materiales ultrasensibles, aptos para  
hacer de ellos grandes y dolorosas realidades ;*

*y, crearlas ;*

*grabar lo fugitivo en lo eterno ;*

*reducir a formas dóciles y estáticas la cabalgata  
loca de nuestros sueños ;*

*aprisionar nuestras sensaciones flotantes e im-  
precisas, como un sueño de opio, y darles formas  
esquemáticas, o amplias y duraderas, pero siem-*

*pre dentro de los cánones de una Estética Personal, que es el secreto de los grandes escritores y vibrantes de emotividad verbal, que es la más sutil y más pura de las sensaciones de Arte;*

*ensoñar, quimerizar, preludios son de crear;*

*la plasticidad de esos elementos mentales viene luego para la modelación completa de la creación;*

*y, la Obra es hecha;*

*son fascinantes los mundos de la Ensoñación;*

*los de la Realidad son torturantes;*

*y, eso porque la Vida es hostil, la Vida es mala, y la única Realidad posible está en la Vida;*

*la Vida es cruel, con el solo hecho de ser la Vida;*

*vivir es sufrir;*

*el Dolor es el Numen de la Vida;*

*y, quien reproduce la Vida, reproduce el Dolor;*

*y, la Muerte;*

*vivir es destruirse;*

*y, morir todos los días un poco;*

*la Obra de Arte debe pintar la Vida, pero debe embellecer la Vida, consolar la Vida, neutralizar en parte el horror de la Vida;*

*el Ensueño y la Vida, la Ficción y la Realidad, lo real y lo ideal fundidos en uno solo, tal debe ser la Obra de Arte;*

*y, tal vez en ninguna otra zona del Arte como en la de la novelización, esos cánones se imponen;*

*pintar la Vida;*

*sí,*

*soñar la Vida,*

*también,*

*es decir:*

*nimbar la Vida con el halo del Ensueño;*

*hacer bello el trágico rostro de la Vida;*

*Realismo;*

*Idealismo;*

*términos de Arte, son;*

*pero, no síntesis de Absoluto;*

*lo Absoluto no existe en el Arte;*

*realizar el Ideal;*

*idealizar la Realidad;*

*es hacer Obra de Arte;*

*según esas normas, la Novela, debe ser, la Vida real, idealizada;*

*la Vida tiene eso de semejante a una lágrima, que es pura y es triste cualquiera que sea la causa que la haya creado;*

*yo, nunca he podido ponerme a escribir una novela sin una gran preocupación de Arte, y una gran tristeza de pensador;*

*el arte de escribir para divertir, me es ignorado;*

*no lo cultivo en ninguno de los sectores de mi literatura, ni aun en este de la novela, que por arte de esparcimiento y distracción suele pasar;*

*no soy un escritor para divertir los ocios de educandas sentimentales, ni hacer el encanto de damas catequistas;*

*la literatura bromurada y lenitiva, profesión de*



*ciertos escritores analgésicos, no es tampoco la mía;*

*tengo del Arte de escribir otro concepto;*

*o mejor dicho;*

*no cultivo esto del escribir sólo como un Arte, sino que lo amo y lo practico, como un Apostolado;*

*un Apostolado en el cual suelo poner mucho Arte;*

*de ahí, que aun en mis más nimios trabajos literarios haya querido ser y haya sido, un escritor trascendental;*

*no he podido...—dije mal—no he querido cultivar la Frivolidad; ése es mi Crimen;*

*en mis libros, no he prescindido de pensar, y, he puesto la música de mi estilo a mis pensamientos;*

*fácil es eso en Obras de grande Arte, y recia envergadura mental, en libros de Literatura o de Política, a vastos temas y amplios horizontes de Idealidad;*

*fácil lo es en las grandes novelas, hormigueantes de tipos y de espectáculos, que como arterias fluviales extienden su vida en largas direcciones, recónditas, y hacen germinar las pasiones, en una flora emocional, a veces rayana en lo monstruosa;*

*pero... ¿cómo hacerlo en estas pequeñas y frágiles creaciones de Arte, que la penuria de nuestra lengua, falta de un vocablo para nombrarlas, llama, Novelas Cortas, y que yo continúo en llamar: NOUVELLES?*

*sí;*

*puede haber en ellas belleza profunda, como la hay en el distico de un epitafio antiguo extraido de las ruinas o en los ojos pletóricos de Misterio, de una virgen extática, entre los rosales y las palomas, en la vieja iluminadura de un Misal;*

*obras-libélulas;*

*es verdad;*

*pero, una libélula también es una vida;*

*y, esa vida no está toda en la belleza tornasol de las frágiles alas;*

*el arte del camafeo ha sido también un noble arte;*

*como el de la orfebrería;*

*¿recordáis los motivos trabajados por Benvenuto, en cálices y copones, y aquel maravilloso botón para una capa pluvial, que al palparlo más que verlo, hizo venir las lágrimas a los ojos cuasi ciegos de Julio III, el Papa Monte?*

*todo espacio es capaz de contener un átomo de la Belleza, como de la luz;*

*si se es verdaderamente un Poeta, puede ponerse tanta música y tanto encanto en un verso de Marivaux, como en un largo poema de Walt-Whitman, o en una oda magistral de Tennyson;*

*si se es verdaderamente un Pintor, puede ponerse tanto genio, en una miniatura de Fregonard, y, en un panneau de Chardin, como en un fresco de Orcagna, o en la grandiosa visión del Juicio Final, bajo las cúpulas de la Sixtina;*

*y, si se es verdaderamente un Músico, puede ponerse tanta maravillosa armonía, en un Poema diminuto, de Claude Debussy, como en las más*

*estruendosas orientaciones de Strawinsky, o en los asordadores dramas liricos de Ricardo Wagner;*

*y, en el arte de novelar, yo encuentro que la Nouvelle ocupa en él, el lugar que la Miniatura ocupa en la Pintura; y el lieder en la Música;*

*en una Nouvelle como en una Miniatura hay un vuelo de átomos de Misterio, que la envuelven como una atmósfera y ponen uno como beso de Eternidad en su frágil contextura;*

*tanta cantidad de Ensueño puede entrar en esa flébil creación, como la que caber puede en una Obra Monumental,alzada bajo la desnudez de los cielos;*

*un pintor de almas, se complace en diseñarlas, en el estrecho marco de una nouvelle, complicadas y diminutas, llenas de gracia perversa o de una tristeza cruel, como los miniaturistas del final del siglo XVIII, pintaban las bellas cabezas femeniles, rizadas y empolvadas, que el verdugo habia de hacer trágicas, cortándolas al golpe rudo del hacha;*

*y, esas nouvelles son como un vago motivo de un vago ensueño desarrollado en un cromatismo musical, versicolor, con la belleza apasionada de un idilio javanés, pintado en las hojas candidas de un abanico de laca;*

*una gracia simple decora esas miniaturas de almas con la gracia impúber de una flor;*

*son como síntesis espirituales, arrancadas al corazón de la Tragedia, como el desfloramiento de*



*un gran bouquet de rosas ideológicas, de las cuales cada pétalo es una historia de amor ;*

*el alma de un bello sueño desvanecido flota en ellas, como un loto insumergible en las aguas de un estero ;*

*no es un arte menor éste de ser miniaturista de las sensaciones, como no lo fué aquel de Isabey, y Hall y Vestier, siendo los miniaturistas, de aquellas deliciosas creaturas, que pasaron como una ronda de mariposas de oro voloteando en el corazón atormentado del crepúsculo ;*

*no hay frivolidad en esas creaciones estremecidas y palpitantes, llenas de vagas ternuras, como no la hay, en un relicario en cuyo fondo yace una imagen muy querida y ya difunta a la cual hemos colmado de besos,... y, la besamos aún ;*

*el alma de la Tragedia vive en ellas, como el alma de la Vida ;*

*y, el alma de la Vida, es, el Dolor ;*

*todo Dolor es angustioso ;*

*e, infinito...*

*aun aquel que tiembla y brilla en las lágrimas de un niño.*

---

*No entiendo disertar más sobre el alcance y la estructura de la Nouvelle, y el dramatismo estremecido y conmovido, que en mi sentir debe ser su esencia ;*

*haría un capítulo de Crítica Literaria ajeno a este Prefacio ;*

orno de estas líneas prologarias, el frente de este nuevo volumen de nouvelles mías, y lo doy, para ser incluido en la Colección Definitiva, de mis OBRAS COMPLETAS, que la Casa Sopena edita; queden definitivamente allí; y vivan la Vida Espiritual, que es eterna; la Vida de los libros; aquella que la Muerte no alcanza a corromper; y la Envidia no puede destruir.

VARGAS VILA.

1922.



EL RESCATE



# EL RESCATE

---

En la ojiva de los cielos, transparencias de cristal ;

mil esmaltes y arabescos caprichosos multiformes, en perpetua evanescencia de mirajes ;

pirográficos paisajes ;

gerifaltes de metal ;

vagas torres de fayenza lentamente diluídas en las suaves lejanías de un color de rosa te ;

orifreses gualda y lila ;

gallardetes de oro y grana con cenefas de amaranto ;

fingiendo van las nubes en lánguida derrota por los cielos hechos tristes a los besos de la Tarde ;

cambiantes, fugitivas perezosas, como en un capricho delicuescente de Omorya Hokkei pintado sobre el violeta transparente de una tela Avají ;

no hay belleza comparable a la belleza de los cielos romanos, cuando declina el día ;

cielos de Transfiguración ;

y, uno de esos crepúsculos de fin de primavera, envolvía la Ciudad Eterna, en uno como peplo flotante de azul profundo y, de blancuras liliales ;

en el *Pincio*, ya el follaje arborescente hacía sombras prematuras, verde claro, de oricalco ;

un rumor de cardumen bajando por un río perdido en la montaña ;

un vuelo de abejas azoradas en torno a los rosales florecidos ;

tal se diría el rumor de tantas hablas ;

eran saludos ceremoniosos, cuasi monosilábicos ; diálogos breves ;

de coche a coche en aquella como inmóvil banda de carruajes, que llenaban los *viales* adyacentes a la terraza donde la música *dei Cacciatori*, dejaba oír sus notas vibradoras, que pasaban desgarrando el aire con sus polifónicas violencias y sonaban, huían, volaban y parecían extinguirse entre los macizos de árboles o sobre el candor de las clemátides dormidas ;

ligero rumor de risas discretas, tiembla en el aire, con vibraciones musicales ;

las plumas de los sombreros de las damas hacían oleajes multicolores, obedeciendo al ritmo de las cabezas orgullosas que los llevaban semejando el lento vuelo de una bandada de paujiles ;

toda la aristocracia romana, la blanca y la negra, la del Rey y la del Papa, se hallaba congregada allí, como de costumbre, para ver desde aquel *collis ortorum*, morir el día espléndido sobre la Ciudad Divina, escuchando los acordes de la banda

marcial y, engarzando crónicas sociales, en ese salón al aire libre, antes de desbandarse y diseminarse por playas y balnearios huyendo de los calores del estío, ya muy cercano ;

se percibían fragmentos de diálogos, frases breves, palabras sueltas, que volaban y vibraban ligeros y armoniosos como un trinar de pájaros disputándose el grano en una era ;

el obelisco, perfilaba su silueta roja, en el oro mórbido de las arenas, y, el gris negro de los asfaltados vecinos, como la sombra de un César, puesto en pie para morir ;

la atmósfera era tibia, acariciadora, con ese hábito de voluptuosidad que flotaba perennemente en Roma, como un *morbus* escapado a las aguas infestadas de las lagunas Pontinas, y que todo lo impregna de una vaga languidez febricitante ;

en la fila de coches que llenaba el *viale* cercano al murallón, más allá del cual extienden el cortinaje de sus frágiles siluetas los tilos de la *Vila Borghese*, el de la Baronesa Stolcky, se diría una *corbeille fleurie*, tal era la belleza y la opulencia de los ramos de rosas blancas y rojas con los cuales el Conde Ornano, acababa de obsequiarlas a ella y a su hija ;

con un pie apoyado en el estribo, y los codos en los dos lados de la portezuela, el Conde conversaba, y su alta silueta se dibujaba elegante y magna, en su traje de «écuyer», pues acababa de dejar su cabalgadura, que un lacayo guardaba a pocos metros de allí ;

la Baronesa, muy delgada, alta, blanca, supremamente elegante en los últimos esplendores de



una belleza, que aun conservaba lineamientos clásicos, tenía actitudes de estatua; sus ojos grises, de un gris de pizarra sin pulir, estriados de velas negras que los hacían a veces de un color bituminoso, parecían inmóviles, entre los párpados a medio cerrar, en un gesto que le era habitual, cuando no ponía lentamente ante ellos sus impertinentes de oro;

en su madurez arrogante, tenía ese aire de soberbia tristeza de las mujeres que han sido muy bellas y sienten fenecer su belleza en las proximidades de un ocaso sin esperanza;

el arte y los masajes conservaban admirablemente la pureza de sus facciones, y el delicado rostro perfectamente clásico, como nacida en Atenas, y griega como era de varias generaciones, aunque su nariz halconada acusase una ligera mezcla de sangre semita, que le venía sin duda de su padre, rico banquero de Patrás; sabía la elegancia de su talle, y orgullosa de ella, se mantenía erecta, en una actitud de cariátide, sonriendo vagamente a los saludos de unos, a las palabras de otros, al Silencio mismo que a veces se hacía en sus oídos y, parecía decir a su corazón cosas amables.

Sixtina Stolcky, su hija, se le parecía extrañamente, doblando su belleza con el prestigio de su juventud;

alta, delgada, de formas apenas visibles, en una perfecta euritmia de líneas, «slanciatta», como dicen los italianos, su busto parecía tal vez demasiado largo, a causa de esa falta de morbideces, pero eso daba mayor distinción a su figura y, ha-

cía más aristocrático el conjunto de su belleza exquisita y delicada ;

pálida, como su madre, pero, de una palidez menos láctea, suave, como la de una camelia vista a los rayos de la luna ;

su cabellera rubia era tan clara, que tenía reflejos de argento y, para opacarla, la peinaba con mixturas azoadas, que le daba un rubio adorable, como el de los estambres de un lirio ;

sus ojos, de un gris verdoso de malaquita, hacían reflejos cambiantes como los de una agua marina a la sombra apenas visible de las pestañas muy largas, pero del mismo rubio claro de los cabellos, lo cual parecía engrandecerlos desmesuradamente ; la nariz, que en su madre era aquilina, en ella era perfectamente griega, como cumplía a su raza, porque ella también había nacido en Atenas, aunque de un padre escandinavo, la boca, era larga, de labios delgados, de una coloración apenas perceptible de geranios ; un cuello grácil de ánade joven, sobre el cual su cabeza imperiosa se alzaba con un encanto de flor ; el cuerpo todo delgado y, ágil, como el de aquellas ninfas ligeras y, nervudas, que se ven en los frescos de Delfos, siguiendo las carreras de Diana, guiando los canes cenceños y feroces como ellas ; no guardaba las actitudes estatuarias de su madre, pero había en sus gestos algo de hierático, y una como sombra de enigma en el candor de sus ojos claros, que por momentos se hacían tenebrosos, oraculares como los de una Sibila, y quedaban inmóviles como en un gesto de éxtasis ;

el Conde Ornano, que le estaba vecino, y con ella conversaba, era el tipo completo de hombre de mundo, figura central y decorativa de la alta sociedad que frecuentaba ;

elegante, espiritual, discreto, lleno de una vasta y exquisita cultura, dominaba por el atractivo irresistible de su conversación ;

*sportsman* ameritado y cultor férvido de todas las formas de la higiene, conservaba por esto una recia contextura, y grandes apariencias de juventud en ese declinar de su edad madura, ya aledaño a la vejez, pues había cumplido cincuenta y ocho años, apenas disimulados por los afeites y, refinamientos de una sabia *toilette* ;

viudo y sin hijos, había pasado la última veintena de su vida, entregado al placer, al estudio y a los «sports» ; con una gallardía y, un tesón absolutamente juveniles ;

hombre de amor hasta la medula de los huesos ; rico, amable, atrevido y decidor, sus conquistas se habían contado por días, ayudándole a mermar por igual su fortuna y su salud ;

conservaba, sin embargo, restos opulentos de ambas, con los cuales se hacía la ilusión de tenerlas completas ;

como en todo hombre intelectual, la vejez próxima no ultrajaba, sino antes desarrollaba los gérmenes de su vida interior, y, se conformaba de la ausencia del placer, para el cual empezaban a faltarle fuerzas, con el miraje de amores espirituales, que hasta entonces había mirado como engañosas sutilezas del ánimo, y, se había puesto a amar, con un



amor de párvulo a Sixtina Stolcky, que recibía sus homenajes sin entusiasmo, cultivando su trato por el encanto que se desprendía de su conversación ;

y, él, le decía en ese momento, cosas amables y discretas, impregnadas de una vaga poesía ;

hablaban de música, con motivo del charivari polifónico que se oía sonar en la terraza cercana, y el cual llenaba el ambiente de notas gayas y, resonantes que parecían tomar formas tangibles y, enredarse a los árboles como gallardetes multicolores ;

él, era un ferviente de los grandes románticos, de Mozart y de Listz, y hablaba de ellos a Sixtina, queriendo hacerle comprender, cómo el romanticismo era el único remanso de Ensueño, el único refugio de la Belleza viva, la Belleza del alma, ya que el clasicismo no es sino el reflejo de la Belleza muerta, la copia fiel de la Belleza inerme y caduca ;

ella, lo oía con atención ;

aquel hombre tenía el privilegio de encantarla con sus decires, y, llenar de fruiciones su cerebro, dejando quieto su corazón ; sentía que no podría amarle nunca, pero, que lo oiría siempre con delectación ;

y, en ese instante, su voz, tenía para ella el encanto de una partitura musical, de un andante de Hedell, el autor que en esos días se empeñaba en estudiar y en comprender ;

de súbito un ligero temblor la agitó como si una ráfaga de tramontana, hubiese pasado besándola en la nuca desnuda ; sus largas manos pálidas tem-

blaron, y algunas de las rosas que sostenía, turbadas en su quietud se deshojaron, haciendo con sus pétalos, uno como dibujo caprichoso al halda de su traje; sus ojos lagunares se obscurecieron bajo el esplendor de las pestañas de oro y se fijaron tenazmente en el final de la Avenida, por donde empezaban a aparecer, en larga teoría, los alumnos de un Seminario;

dos a dos, avanzaban, erectos en el negro de sus vestiduras y, el púrpura vivo, de las bandas que les ceñían la cintura;

eran casi todos tudescos, holandeses, irlandeses, y algunos, muy pocos, de países escandinavos;

pasaron cerca a la fila de coches sin mirar a nadie, bajos los ojos, en una mentida actitud de casto temor;

ya de los últimos, poco antes de los Rectores, que cerraban el desfile, apareció un mozo alto, delgado, flexible entre el hábito sedoso que lo cubría, larga la rubia melena, con unos enormes ojos verdes, voraces de luz y, una gran boca elocuente y sensual;

llegado frente al coche de la baronesa Stolcky, sonrió cariñoso y saludó;

la baronesa le respondió agitando su mano, que temblaba, y, Sixtina agitó la suya con el ramo de rosas, como si se lo ofreciese.

el conde se descubrió;

la madre y la hija volvieron las rubias cabezas para seguir la marcha del seminarista, que se alejaba;

y, hubo como una feria de ternuras en sus ojos.



—Conrado — dijo el conde, al cual parecía, ser familiar la figura del joven seminarista.

—El pobre... — dijo la baronesa, con trémolos en la voz— ; le falta todavía un mes.

—Este año irá con nosotros a Sorrento—dijo la joven, y, su voz tenía algo de velado y de lejano, como si soñase, y, añadió— : El año pasado no salimos.

—Es verdad — dijo el conde—, la muerte del barón...

y, todos callaron, como si el muerto evocado hubiese alzado entre ellos su augusta sombra pacificadora ;

el desfile de los carruajes principió luego ; y el de casa Stolcky — como dicen en Roma—, se puso lentamente en marcha ;

chasquearon los foetes, en manos de los aurigas ; el conde se destocó, inclinándose reverente, y fué a montar en su caballo, alejándose por los «viales» que van hacia la «Porta Pinciana», mientras el coche que llevaba a Sixtina y su madre descendía lentamente hacia la *Piazza del Popolo* ;

la noche ascendente iba borrando las púrpuras y los cadmios y los cólchicos del cielo...

con un temblor de azogues las estrellas aparecían sobre el límpido azul ;

y, una como sombra de Eternidad, cubría la «Ciudad Eterna».

\*

\* \*

En el pequeño *boudoir*, todo en verde pálido diluyente en amaranto, la luz que entraba por el ancho y largo ventanal, que daba sobre el jardín, un viejo jardín de aspecto conventual, se tamizaba a través de los estores corridos que representaban en sus caprichosos dibujos florentinos, escenas de Boccaccio, ingenuas y malhábiles en su inocente perversidad ;

afuera, la tarde prolongaba mirajes ultradivinos, sobre la serena quietud de unos cielos de moaré ;

a esa luz oblicua y apacible, el mordorado de los árboles se hacía de argento y el ritmo de sus follajes, era como el oscilar de sederías suntuosas y cambiantes en el fondo de oro pálido de aquella agonía solar ;

cantáridas fosforecían entre las frondas, en un noctivagar ignescente ;

palidecían los rosales, bajo un t̄remar de alas errabundas ;

adentro, se movían las magnolias, prisioneras en los suntuosos vasos de Bohemia ;

con los ojos abiertos sobre las perspectivas cuasi acuáticas que los cortinajes, las alfombras, los papeles de los muros y las pesadas tapicerías daban al aposento, Sixtina Stolcky, extendida en un ancho diván, mullido por cojines maravillosos de Oriente, ensoñaba ;

dejaba errar su mirada como una mariposa somnambúlica, por todos los objetos que la rodeaban, sin que ellos dijeran nada profundo ni sensitivo a su corazón de niña mimada, heredera de una gran fortuna, llegada al umbral de una juventud llena de perspectivas fastuosas ;

nada le decían los cuadros voluptuosos de Fragonard, colgados a los muros, ni las escenas picarescas de los gobelinos que servían de «portieres», y, ornaban la primorosa pantalla puesta ante la chimenea, ni el reflejo lactescente que la luz hacía al quebrar sus rayos en las ánforas y frascos, y jaboneras de Baccarat, que sobre una mesa de pórfiro sostenida por dos ciervos de bronce, formaban sus objetos de «toilette» ; ni los bonzos ambiguos y, los crisantemos rituales que decoraban el biombo de laca, que le servía de abrigo ;

esa tarde, había llegado de la «passeggiata», fatigada, enervada, vivamente trabajada por sensaciones extrañas ; con una enorme sed de soledad y de quietud, y como esa noche no esperaban gentes extrañas a cenar, y, una súbita cefalalgia de su madre no les permitía ir al teatro, se había despojado de sus ropas de calle y envuelta en un kimono de seda gris, bordado de grandes lotos de plata, se había acostado en ese diván, dispuesta a ensoñar, a hacer



grandes escapadas al divino país de la Quimera ;  
y, rememoraba ;

no era muy numerosa ni podía ir muy lejos la  
cabalgata de sus reminiscencias ;

añorar es la Voluptuosidad de la vejez ;

la juventud no la tiene ;

es tal vez la única que le falta ;

cuando se tiene veinte años no se tiene un pa-  
sado sentimental ;

o si se tiene, está tan cercano, que forma uno  
solo con el presente ;

así ella ;

nacida en Atenas, donde su padre era Ministro  
Plenipotenciario de un reino ribereño del Báltico,  
traída a Roma, donde éste había sido trasladado  
luego, no había salido del colegio sino para verlo  
morir, el año último ;

y había quedado sola, con su madre, en ese sun-  
toso apartamento de la *Via Quattro Fontane*,  
donde recibían pocas gentes, y ella sufría la corte  
asidua del conde Ornano ;

su tendencia a ensoñar esa tarde, le venía de al-  
go delicioso y muy reciente que acababa de tocar  
su corazón, como el ala de un pájaro-mosca el agua  
de una cisterna muy profunda, en la cual riela el  
resplandor de un lucero ;

todas las tardes hacía con su madre su «passeg-  
giata» en carroza, al estilo romano, por el Corso, y  
luego fuera de alguna de las Puertas que encie-  
rran la Ciudad, hacia los paisajes encantadores de  
las campiñas romanas ;

sólo los jueves iban al «Pincio» a la hora de la



música, ya porque era ésa la moda aristocrática de entonces, ya porque era el único día en la semana, en que los estudiantes del Seminario Tudesco eran llevados allí y podían su madre y, ella, ver a Conrado Muller, el joven seminarista, su pariente, que en aquel Instituto estudiaba ;

ella sabía bien poco de la vida de aquel primo suyo, que no la tenía muy larga, pues apenas de tres años le era mayor ;

sabíalo nacido en Patrás, como toda la familia de su madre, e hijo de una tía carnal de ésta, a la cual había oído nombrar, pero no había conocido ;

de niños no se habían visto nunca, porque ella había residido con sus padres en Roma, y, había sido apenas dos años atrás que él había venido a estudiar a la Ciudad Eterna, traído por su madre, que le costeaba los estudios, y, era entonces que se habían conocido ;

y, sus mejores recuerdos se referían al verano último, cuando él había venido a la casa para pasar allí sus vacaciones ;

ellas, guardaban el luto de su padre, y no habían ido a veranear, circunscribiendo sus paseos al perímetro encerrado entre las Siete Colinas ;

y, él, fué un compañero muy amable y muy útil en esa soledad ;

atento, obsequioso, serio, con esa suntuosidad peculiar a los de su gremio, pero lleno de esa gracia noble que informaba todos sus movimientos ;

muy alto, muy delgado, muy pálido, tenía el aire ascético, pero, al mismo tiempo tan distinguido, que se diría un joven «lord», escapado a «Merton

College», y vestido de abate para jugar alguna farsa de salón ;

sus ojos verdes, de un verde limoso y profundo de aguas estancadas, eran tan tenebrosamente tristes, que atraían con la fascinación de aquella tristeza, semejante a la de las linfas tornasoles de una madrepora ;

el tinte de su cutis era pálido, de una palidez septentrional, pero sana, aunque engrandecida y acentuada por la reclusión ; ojeras profundas hacían enormes sus ojos taciturnos, entre las largas pestañas, que proyectaban una sombra de helechos ; la nariz muy larga, más que borbónica, volteriana, la boca grande de labios voluptuosos, dejando ver unos bellos dientes lobescos, primorosamente cuidados ; las manos largas, tentaculares, de gestos lentos, de esas manos que hacen la impresión de un pulpo de marfil, distendiendo sus tentáculos en actitud de caza ;

sus largos internados le daban un aire claustal, que encuadraba admirablemente en los salones severos y penumbrosos de aquel Palacio, que el barón Stolcky, ya jubilado a causa de su gran edad, había adornado con una regia suntuosidad al estilo de la Roma ochocentista ;

y, en sus recuerdos le parecía ver aún deslizarse la alta silueta magra que en sus negras vestiduras tenía algo de fantasmal, por las opacidades violetas del salón lateral, donde ella solía tocar el piano a la hora siempre sensitiva del crepúsculo, y llegar hasta el biombo que la ocultaba, y, detenerse allí, pidiendo con voz suave el permiso de escucharla ;

y, luego, se colocaba a un lado, absorto, silencioso, con las manos cruzadas sobre el pecho, en un gesto de oración, y, sólo las separaba de esa actitud, para volver las hojas de la música, y entonces sus largos dedos, se hacían como transparentes, y, parecían filamentos de luz, que se proyectasen sobre el marfil cándido ;

otras veces agitaba la diestra, marcando en el aire los lentos y suaves compases de la música, y entonces la mano, reflejándose en los techos, semejaba una araña deslizándose por los frescos bucólicos, que los decoraban ;

apasionado de la música hasta el delirio y virtuoso del violín, se dejaba dominar por su encanto avasallador, seguía anhelante el vuelo y el espíritu de las partituras, y, se inclinaba a veces para leerlas, en los pasajes más difíciles, y, entonces su aliento desfloraba la nuca y las mejillas de ella, que se sentía extrañamente mal ;

el silencio del salón se hacía cómplice ; el biombo con molduras de bronce labrado, y, ricas láminas de marfil, representando escenas de caza, en campos bengalíes, hacía de aquel rincón delicioso de quietud, un reposorio de ensueños, incitativo a todas las caricias ;

cuando ellos se callaban, el silencio se hacía omnipresente y obsesionante en el salón severo, donde los muebles de terciopelo adamascado, con molduras doradas, tenían pompas cardenalicias, como para hacer un marco digno, al retrato de un Cardenal, que había sido Camarlengo en tiempos del Papa Chiaramonti, y pariente próximo de los



Stolcky ; graso, rosado, plácido el Príncipe de la Iglesia, presenciaba esos diálogos sensitivo-musicales, cuasi sonriente, como si entre el blanco de su roquete y, el rojo vivo de su muceta, recordase algunos semejantes habidos en su palacio de *Via Giulia*, cerca a las verdes opacidades del Tíber ;  
la noche venía, y la música cesaba ;

él, volvía como pesaroso y contrariado el botón de la electricidad y bajo las ondas de luz que parecían ahuyentar un vuelo de ensueños, le ayudaba a arreglar los papeles de la música, sobre el *étagère*.

—Gracias, Eminencia—le decía ella que por una burla cariñosa, solía darle ese título, haciendo con eso alusión al pariente purpurado y ya difunto.

—*Pas encore*—respondía él sonriente y mirando el retrato del Cardenal, cual si sintiese ya la caricia de la púrpura sobre sus hombros, y, la orla del birrete rojo, acariciándole las sienes ;

y, se hacía vagamente ensimismado y soñador ;  
y, dialogaban luego, hasta que el fámulo galoneado, venía a llamarlos a la mesa ;

y, ella recordaba con una gran emoción, esas veladas lírico-románticas, cual si sintiese aún la voz cálida del seminarista acariciarle los oídos diciéndole cosas de música y su aliento caliginoso rozarle las mejillas y hacer flotar los rizos locos de su nuca ;

y, se estremecía ahora, como si un verdadero tocamiento material torturase sus carnes ;

de esas conversaciones de Arte, en el cual era muy experto, había surgido la idea de varias visitas a Iglesias y Museos, para admirar obras maes-



tras de pintura y de escultura, que a ella le eran desconocidas ;

habían recorrido galerías, claustros y gliptotecas, admirando cuadros, estatuas, grabados, joyas y gemas mágicas, siempre con el acompañamiento de aquella voz cantante y grave que en los momentos de emoción, tenía trémolos muy bajos, cuasi ahogados, como si la voz se estrangulase, muriendo en la garganta ;

ante los desnudos inmortales, él permanecía o fingía permanecer perplejo, pero, luego, gozaba en explicar hasta en sus más nimios detalles la belleza de ciertas curvas, la perfección de ciertas formas, el encantador juego de claroscuro que la luz hacía sobre ciertas partes del mármol o del lienzo, donde el cincel o la paleta del artista, parecían haber trabajado con más reverente amor para reproducir las formas creadoras de la Belleza y de la Vida ;

el atrevimiento de sus conceptos se suavizaba con las tenuidades de su voz, y el gesto todo pedagógico, con que los emitía, no sin que sus ojos se fijasen tenazmente, en el efecto que ciertas desnudeces hacían en su prima ; y el verde fangoso de sus pupilas, se hacía aún más turbio, al ver agitadas aquellas carnes núbiles por una sensación que no era toda de Arte, y, hacerse rojo el rostro de la virgen, por un carmín que no era el del pudor ;

y, efectivamente, éste no sufría mucho en ella con la crudeza intencionada de ciertas explicaciones, y, hubiera visto caer sin inmutarse, todas las hojas de parra que cubrían el sexo de los Hermes y

Bacos de la antigüedad, ornados sobre sus zócalos, de ese tardío homenaje del pudor oficial ;

erudito, de una verdadera erudición, no baedeke-riana, en cosas del arte cristiano, explicaba a su prima, sapientemente y con pasión, lo más bello de la pintura y la escultura post-greco-romana, y, el simbolismo oculto que forma toda la belleza, exclusivamente esotérica, de las Madonas, sólo visibles en el rostro contemplativo, los Cristos agónicos y contorsionados bajo el dolor, y los mártires, muriendo bajo los suplicios, carentes de toda belleza que no sea la belleza espiritual ;

todo eso la dejaba indiferente ;

le faltaba la Fe, que suele embellecer tanta fealdad ;

ella había oído hablar mucho de aquella famosa estatua de Paolina Bonaparte, hecha por Canova y en la cual, el Vicio desnudo adquiere esplendores de Apoteosis en aquel cuerpo divino, pero no la había visto nunca ;

y, ahora deseaba verla ; verla con él, para someterlo a la misma tortura a que él, la había sometido ante las estatuas de los dioses desnudos ;

y, le dijo un día, ir a la «Villa Borghése», y ver el mármol encantador que yace en el Museo ;

y, fueron ;

era la hora postmeridiana, de un fin de agosto abrumador ;

el Museo, estaba cerrado ;

el guardián somnoleaba en una garita cercana, desde la cual ayudaba a guardar el jardín silencioso, al jardinero dormido ;

ante la negativa de éste a abrir la Galería, que acababa de cerrar por ser la hora reglamentaria en el horario de estío, ella se puso tan triste, y tan contrariada, que él insistió suplicante ;

el guardián, a vista de aquel joven tonsurado que llevaba el traje de un Instituto «nobile», y, por ende debía serlo, y ante la carroza armoriada y el cochero y el lacayo con librea, y más que todo, ante la efigie del «Re Vittorio», grabada en una moneda de oro que se le tendía, se dejó convencer y abrió la puerta vitrada que da acceso al vestíbulo ;

y, ellos entraron solitarios a las grandes salas desiertas, llenas apenas de la belleza de las pinturas y de las estatuas, que parecían complacidas de ver turbada su soledad por aquella bella pareja de jóvenes que ya los miraban con ojos asombrados de amor ;

pasaron anhelosos, sin apercibirse bajo los fragmentos del Arco de Claudio, como si fuese a servir de pórtico a su juventud orgullosa y feliz ;

la soledad los aguijoneaba, como un tábano sagrado que les picase las carnes ;

hollaron indiferentes el mosaico donde combaten los gladiadores y los monstruos ;

y, al fin llegaron a la tercera sala, en cuyo centro, blanca, desnuda, triunfal, se alza, como una gigantesca flor de mármol, entregada a la caricia de los siglos, la hermana incestuosa del César, bajo las facciones de Venus ;

se diría una Amadriade de alabastro, en un jardín de ramajes opalescentes ;



una magnolia de cristal, caída del corazón de una estrella ;

la luz que caía sobre ella sabiamente combinada, parecía aislarla en una bahía de azul, sobre una isla de amor ;

viéndola, sintieron que ante ella, exasperado por su perfección, el artista debió decir, no lo que Miguel Angel, a su Moisés, hiriéndolo en la frente : ¿por qué no hablas?, sino que hiriéndola en los labios debió decirle : ¿por qué no besas?...

tal es el efluvio de sensualidad ardiente, de deliciosa voluptuosidad que se escapa de aquel mármol desnudo, que parece pronto a fundirse, como un metal, al calor de los deseos que inspira...

cogidos de la mano, se acercaron a él, como temerosos de ser devorados por su belleza ;

y, lo contemplaron ávidos ;

ella, no apartaba la vista de la estatua sino para mirar a Conrado, espiando el efecto que la estatua tentadora, podía hacer sobre aquel que en ese momento le estrechaba involuntariamente la mano contagiándola con su calor ;

la mirada de éste, mentirosamente serena, se detuvo primero en la frente bombada, pequeña, como la de una Madre del Amor, en los modelos clásicos ; luego en la garganta columnaria, hecha no para el canto, sino para el suave arrullo colombino a la hora del espasmo en el placer ; y, en los labios entreabiertos de los cuales, como de un divino panal, parece escaparse un enjambre de besos... ;



y, luego se detuvo en los pechos, pequeños, erectos, duros, como dos ánforas de metal.

—Pechos de virgen—dijo con desdén—, pechos que no dicen nada... — y, miró a su prima en los ojos, tenazmente, vorazmente, como si una tiniebla lo cegara, y una infinita sed ardiera sus labios ;

ésta, temblaba, al calor de la mano, que estrechaba la suya hasta hacerla sufrir :

—Pechos sin morbideces — repitió él—, pechos aún no formados, como los tuyos ;

y, así diciendo, había pasado un brazo, por detrás de la cabeza de ella, poniendo la mano sobre uno de sus pechos, apretando con una fuerza inconsciente ;

ella, no se había defendido...

y, entonces él, la besó en los labios, tenazmente, ardientemente, con delectación ;

y, ella, le devolvió los besos ;

el ruido de una tos discreta, los hizo volver en sí ;

¿cómo había logrado entrar hasta allí, aquella vieja inglesa, que ahora los miraba sorprendida, y como ultrajada en su pudor de sarcófago ?

ellos la miraron con cólera ;

dieron una vuelta más por la sala que ya no decía nada a sus corazones tan violentamente agitados ;

y, abandonaron el Museo ;

vueltos a la casa, quedaron aún por muchos días, como cohibidos bajo la impresión de aquella escena ;

en las sesiones de música que siguieron y que eran presididas con una inesperada y tenaz asidui-

dad por la señora Stolcky, fueron sentimentales y románticos, como si una levadura de noble pasión se alzara en sus corazones, floreciendo en besos mudos que morían sobre sus labios, con un temblor de alas ;

así terminaron las vacaciones ;

él, volvió al colegio ;

y, ella, quedó sola ;

entregada a sufrir la corte asidua y sentimental del conde Ornano, que le hablaba de amor, de libros, de modas y de música, encantando su cerebro, pero sin llegar jamás a perturbar su corazón ; ahora miserablemente turbado ;

y, ya se aproximaba el verano ;

y, él saldría de nuevo en vacaciones ;

iría con ellas a pasar el estío en Sorrento, donde tenían ya pedidas habitaciones en un gran hotel ;

y, pensando en eso, se removi6 inquieta en los cojines, como si una fiebre intensa la devorase, y sus labios hechos reseco, se extendían maquinalmente en la sombra, como si buscasen otros labios...

y, todo en el *boudoir*, perfumado y solitario, parecía tener el rumor y la actitud de un beso.

\*

\* \*

La crisis sentimental que había asaltado a Sixtina Stolcky, cuando su primo volvió a encerrarse en los fríos claustros de su colegio, había sido una verdadera languidez moral, que se había disuelto en una tristeza profunda, tan profunda como la soledad en que quedaba sumida, la cual se engrandecía desmesuradamente ;

se sintió sola, tan sola, como si todo lo que antes la rodeaba se hubiese hundido de repente, dejándola a ella, única en pie, en medio de tanta ruina ;

su madre no era un ser apropiado para darle consolaciones ;

demasiado ocupada de sus deberes de gran dama, dada entonces a cultivar su duelo, no se preocupaba sino de las visitas por hacer o recibir, los tes muy íntimos y cuasi familiares a los cuales solían concurrir, o las misas dichas por el alma de su esposo, y, todo eso con una exactitud protocolaria, a la cual la había habituado su larga vida diplomática al lado del fenecido barón ;

así llevaba a su hija de aquí para allá, empeñada siempre en el cumplimiento de alguna elegante futilidad, ora a casa de los grandes costureros, como un bello maniquí para vestir, ora a los salones que frecuentaban, como un bello dije para admirar ;

no se había preocupado jamás de lo que pudiera pasar en el alma de su hija y, apenas si se le había ocurrido la idea de que tuviese una ;

así no había entre ellas, esa comunidad de almas, esa tierna y suave intimidad, tan necesaria a las jóvenes, y, que se extiende como un jirón del velo de su cuna, sostenido sobre ellas por las manos maternales, para protegerlas contra las bruscas intemperies de la vida ;

en la onda de melancolía que cayó sobre su corazón y que parecía ahogarlo, Sixtina Stolcky, no tuvo otro refugio que la música y la lectura, y se refugió en ellas, como en una isla inaccesible para todo lo que no fuera las alas de sus recuerdos que venían a volotear dulcemente sobre su corazón lacerado ;

la música...

era como un rosal lánguido en el cual han muerto todas las rosas...

¿qué era ya la música sin él?... sin sus manos prestigiosas, para volver las páginas de las partituras, reflejándose sobre el teclado como grandes mariposas de nácar ; sin su voz suave repitiendo a veces los adagios más pasionales, los ritornellos más acariciadores, como un suave rumor amado que le besaba castamente las mejillas ; y, sin el encanto tan fatalmente atractivo de aquellos ojos.



de un verde fangoso, sí, porque ella sentía, que tras de aquellas pupilas de candidez mentirosa había todas las corrupciones de un pantano ; y, eso era lo que la seducía, lo que la fascinaba, lo que la impulsaba fatalmente hacia él ;

sus horas de música eran horas de soledad frente a frente a su recuerdo ;... grandes escapadas líricas al país de los ensueños, al dorado país donde florece el loto ;

y, le sucedía que cansada de bogar en la barca de los sueños, que las notas de la música guiaban como una larga teoría de cisnes enigmáticos que cantasen en el corazón de la noche, sus manos se inmovilizaban sin saberlo, los sonidos morían bajo sus largos dedos pálidos, como estrangulados por ellos, quedaba silenciosa, éxtática, como sumida en una divina hipnosis, a la cual hacían corte los budas sonrientes, y las garzas estacionarias que parecían meditar cerca a los esteros de oro, que incrustaban el biombo circuyente, que hacía de su soledad una pagoda destinada al fervoroso culto de un dios lejano ;

sus lecturas la sugestionaban algo más, y le daban una mayor cantidad de encantamiento interior, permitiéndole vivir más violentamente su sueño, al vivir la pasión de los libros que leía ;

debía toda su formación intelectual a su padre, hombre culto y erudito, al cual los deberes de la diplomacia habían apartado un poco de la pasión del Arte, sin impedir que diera al culto de éste, todas las horas de raro vagar, que sus quehaceres oficiales le dejaban ;

el barón era un hombre nórdico, pero todo absorbido y empapado por la cultura occidental, que se había asimilado admirablemente ;

y, fué ésa la que transmitió, a su hija, con su reciente pasión ibseniana, muy de última hora ;

deficiente desde luego esa educación literaria, a causa del romanticismo que fué la pasión del barón y que pareció haber petrificado todos sus gustos ;

a ese respecto, fué, como todos los hombres de su tiempo y de su clase un retrospectivo, y casi podría decirse, que un retardatario ;

en poesía, permanecía fanático incondicional de Lamartine y de Hugo, llegando, en Italia, por concesiones patrióticas, hasta aplaudir los timbales bélicos de Carducci ; el *Himno a Satán*, le parecía insuperable ;

ignoró voluntariamente toda la poesía francesa, que va de Baudelaire a Rostand, y de Verlaine a Regnier ;

y, en Italia, le fueron ignorados Pascoli y Rapisardi, como el entonces muy reciente d'Annunzio, al cual tenía en un despectivo horror ;

en asuntos de novela, era arcaico hasta el remotismo ;

goetiano impenitente, para él, *Werther*, era la Obra Maestra, apenas débilmente emulada, por *Obermann* y *Jacobo Ortis* ; y esas monografías de egotismo romántico, lo seducían hasta el delirio ;

apenas si llegó, por concesión a los medios sociales que frecuentaba y para poder adoctrinar en ellos, a leer algo de Balzac y aun de Stendhal, sin

pasión y sin selección, conservando, como medida de buen tono, un odio agresivo por Zola, y los discípulos del castellano de Medán ;

bien incompleta, por no decir rudimentaria, era pues la cultura literaria de Sixtina Stolcky, a la muerte de su padre, y así habría permanecido o se habría extraviado, si el conde Ornano, no hubiese llegado a tiempo para encauzarla y orientarla ;

él, inclinó su espíritu hacia la modernidad, e hizo de aquel tanque cerrado, donde sólo se reflejaban cielos pretéritos y remotos, una corriente de aguas vivas hecha para correr libremente por campos cultivados, bajo cielos de idealidad ;

como una nube de pájaros de oro sobre el azul de una fuente recién surgida de la sierra, los poetas de Francia y de Italia se inclinaron sobre su corazón, para decirle el inmortal secreto del Amor y la Belleza ;

y otros libros le dijeron en prosas tersas y suaves, otras cosas más profundas, de más profunda pasión ;

ella, no era una sentimental, tocada del morbus enfermizo de la sensiblería, y así, las prosas manidas y los romanticismos paralíticos de Alfonso Daudet y los atáxicos de su escuela, la dejaron indiferente ;

exquisita y refinada, un algo snob, las japone-rías y chinoserías goncurtianas y su orientalismo de salón la divirtieron enormemente, y amó ese asiatismo de miniatura y esa sabia gliptografía que despertaron su gusto por lo exótico ;

pero fueron los grandes y fuertes escritores, los



titánicos, como Zola, Mendes y Mirbeau, los preferidos de sus lecturas ; Paul Bourget tenía para ella el encanto no poco pecaminoso de ciertos objetos de *toilette* íntima, y Pierre Loti, la seducción pictórica de una tetera china, con caprichosos grabados ; el cerebralismo agudo de otras escuelas no la sedujo ; y huyó de ellas como al peligro de una cefalalgia, que pudiera degenerar en meningitis ;

pensaba con amor en el encanto febril, y la divina locura de Guy de Maupassant ;

de los italianos, abandonó a Manzoni, que su padre le había enseñado a admirar como único modelo, y amó el verbo espejeante, la tristeza plenilunar, la profundidad taciturna de Fogazzaro ; un Carducci en prosa, como ella lo llamó ; *Malombra* era la obra que amaba más del gran véneto, y, apenas si fojeó el *Piccolo Mondo Antico*, que dejó sin concluir ;

la fuerza, toda oratoria de Alfredo Oriani, la encantó por su sonoridad, pero fué Giovanni Verga, aquel que mereció todo su fanatismo ; *Eros* la despertó a una nueva vida ; aquella que había ignorado hasta entonces ; y, que no quería nombrar ; que no se atrevía a nombrar ;

los fastos imponderables y las pompas salomónicas, de d'Annunzio la envolvían en una como apoteosis de crepúsculo, y, se dejaba arrebatarse por ellas ;

así, nada tuvo de extraño, que al preparar su viaje a Sorrento, su primera preocupación fuese la de comprar su provisión de libros, y, escogerlos, bajo el mesianismo amable del conde Ornano.



y, fueron esos los que llevó al peñón florecido donde naciera el Tasso, y, los que arregló amorosamente en un anaquel con sus papeles de música, y, lució en sus manos primorosas en los jardines del *Hotel de Europa*, bajo los naranjales olorosos, ante las miradas bovinas de los turistas sajones y tudes-cos, ya llegados a esa playa, que devoraban con los ojos su delicada belleza tan supremamente elegante ;

y, fué con ellos que emprendió hacer la educación literaria de Conrado Muller, reacio a esta especie de lecturas, y virgen de ellas ;

para él, la novela, era hasta entonces, un campo de corrupciones mefíticas, algo inmundo y pestilencial, del cual sus tías, tan piadosas, que lo habían educado de niño, y sus maestros luego, lo habían apartado, con cuidado como de algo irrespirable y fatal ;

no sabía de otras novelas que de aquellas pornográficas, que circulaban clandestinamente en el colegio y, que él había visto ir de mano en mano de sus condiscípulos, y aun había leído a hurtadillas algunos capítulos que le habían producido una extraña sensación de vicio, que había tardado largo tiempo en olvidar ;

así su primera aproximación a los grandes modelos le fué al principio repulsiva, pero, al ir entrando lentamente en su familiaridad espiritual, sintió que entraba en la *Vida Verdadera*, aquella que ignoraba aunque la hubiese sentido amplia y angustiosamente ;

y, amó el soplo de esa vida, que se escapaba de los libros caliginoso y voraz ;

en él dominaba el intelectual, bajo las disciplinas severas que imponía a su espíritu la educación recibida ;

por eso, aunque virgen de toda noción de Estética literaria, la prosa de los grandes estilistas, le produjo la impresión de belleza inexplicable que sólo había sentido hasta entonces, una vez, oyendo los acordes de la *Misa Marcela*, de Palestrina, tocada en el órgano de San Pedro, en un día de fiestas pontificias ;

al inclinarse sobre la vorágine de almas que allí hervía, sintió el vértigo mental ;

y, vió que muchas de aquellas almas eran hermanas suyas, hermanas en un dolor, que ellas ya habían vivido, y que él sin saberlo había deseado vivir : almas de Amor ;

aquel encuentro con las almas desnudas turbó la suya tan trascendentalmente, como había turbado su cuerpo el encuentro con la belleza desnuda, cuando besó en los labios de su prima, los labios de Paulina Bonaparte ;

y, esa misma divina angustia, esa suave turbación, lo hacía temblar cuando de aquellos mismos labios, ya besados por él, oyó decir los primeros versos armoniosos, y, pudo repetir con el poeta, cuyo libro temblaba, entre las manos sensitivas de su prima ; en «il gran meriggio su questa di flutti e di plante verde-azzurrina, conca solitaria», los dísticos apasionados, mientras : «silenti passan le nubi ne la soorana luce dileguandosi» ;

y, sentía que ondas deliciosamente líricas, turbaban su pensamiento, llenándolo de una indecible sensación ;

y, lentamente, como obedeciendo al ritmo del verso :

*Si volsi verso l'ignorato  
dominio de l'Inganno e del Piacere  
...e li tremara il cor ncl petto armato ;*

y, vió surgir de aquel jardín de estrofas como de un jardín de Hespérides triunfales :

*una donna furtiva come un angue,*

*que*

*si compiacque ne l'Adolescente*

*y,*

*eran palesi nel suo corpo le origine divine  
e bestiale ;*

*ne la profundita de le feline  
pupille ;*

*e tutti i filtri di Medéa  
davano ai baci suoi lenti un funesto  
potere :*

*ella evocava ogni piu rea  
memoria di libidini, l'Incesto  
di Mirra, l'onta crética ;*

y, sintió él, también que una ola de extraño calor invadía todo su cuerpo, velaba sus ojos, ahogaba la voz en su garganta, y, ponía en sus labios un largo beso turbador,

el beso de

*la Lussuria Onnipossente  
madre a tutti i misteri e a tutti i sogni;*

y, violento, cuasi furioso, en un gesto solemne extendió la mano hacia el libro, lo arrancó de manos de su prima, y lo arrojó al suelo...

Sixtina lo miró, con ojos asombrados, somnambúlicos, enormemente asombrados por un sueño tenaz, cual si en ellos abriese sus alas membranosas y tentaculares, el terrible vampiro: la Lujuria...

y, ambos callaron;

y, se hicieron soñadores;

bajo el candor de las estrellas, que aparecían como un vuelo de cantáridas sobre el cielo;

y, Venus, como un faleno de amor, surgía en el azur...

triunfalmente.





El Arte no nos revela el Amor, ni nos lo hace sentir ;

en cambio el Amor nos revela el Arte, y, nos lo hace sentir hondamente si llegamos a él, en un momento de exaltación pasional ;

y eso porque el Amor nos hace sensitivos, y, no hay momento más propicio para la comprensión de la Belleza, que aquel en que estamos apasionados por alguien o por algo y nuestros nervios vibran como las cuerdas de una arpa, tocada por manos invisibles ;

nunca las sílabas de una frase ni las palabras de un verso, tienen mayor armonía ni más apasionante musicalidad que cuando las dicen unos labios muy amados, muy líricos, muy trémulos, rojos aún por la impresión de nuestro último beso, y, en los cuales, tiemblan las palabras con el temblor de las alas de un pájaro asustado ;

nunca los cantos de un poema, ni las escenas de una historia de amor, adquieren mayor intensidad

emocional que leídos en conjunto en una soledad amable y culpable, sin otros testigos que las rosas pensativas deshojándose lentamente como en un holocausto ritual, sobre la cabeza adorable que se inclina para leer y quedan prisioneras en la tiniebla de la cabellera que hace negras las páginas al proyectarse en ellas, y, la divina voz tiembla al calor de las palabras que lee y, las lágrimas humedecen el libro al rodar de las pestañas, donde lucieron como gotas de agua en las ramas de un zarzal ;

y, ésa era la emoción que ellos sentían, la fiebre que los asaltaba, cuando bajo las frondas del jardín en el hotel, o, sentados en sendas sillas cerca del alto barandal de la terraza que da al mar, leían ciertos libros bellos y sabios en que el amor aparece cautamente prisionero de la frase como un áspid encerrado en un cristal ;

y, uno como estremecimiento carnal parecía agitar las ramas de los arbustos, y las parásitas como enervadas, despedían un acre vaho afrodisíaco ; y de las viñas exhaustas parecía escaparse un hálito de ebriedad que embriagaba de amor todas las cosas ;

y, ellos se sentían también como prisioneros de aquella ola de fuego envueltos en esos efluvios febricitantes y malsanos, que parecían escaparse del alma soñadora de la tarde, enferma de deseos concupiscentes ;

y, una gran tristeza los invadía ;

la Tristeza de la Voluptuosidad ;

la Tristeza que turba y que acaricia...

y pide un himno de besos...

ardientes, como las llamas que se escapan del penacho flamígero del Sol.

.....  
.....

Y esa tarde leían ;

no en los jardines del hotel, ni en los belvederes umbríos propicios a la ensoñación, sino a pleno sol y pleno aire, en la barca fletada por ellos, y que él había conducido sin barquero y remando solo, aguas afuera, hacia *Prócida*, desde donde se veían apenas diseñadas en perspectiva, la costa bermeja de *Mergellina*, y a la siniestra el *Vesubio*, como un estilista enorme sobre su columna de lavas petrificadas ;

la hora era cándidamente azul, porque todo el oro y el moaré de la tarde se habían extinguido lentamente, cual si se diluyesen en la copa de pórfiro del mar ;

hora sensitiva y apasionada, en que el sol, como un faleno ígneo, escapado a las frondas misteriosas del Deseo, agonizaba sobre los cielos cálidos, prendido al tul de la Noche que surgía ;

el rumor de las olas era tan débil que el golfo se diría extático, en un gesto de adoración ;

en esa inmensidad azul, la minúscula barca parecía un pétalo errante, a merced de la misericordia taciturna de las olas ;

ellos leían ;

el libro, temblaba en las manos de Sixtina, mientras el remo, inmóvil, servía de apoyo a las manos de Conrado Muller, cruzadas sobre él ;



la divina voz de la joven temblaba en el silencio, y vibraba en el aire, que parecía ebrio del azul metalescente de las aguas, que eran a esa hora torna-soles como un vino de Ischia, ofrecido en una copa de esmeralda a los labios sitibundos del sol...

el temblor de aquella voz no venía del corazón, ni era el sollozo empapado de lágrimas, que anuncia la tristeza de las almas ;

no ; era un temblor de la carne, un temblor de voluptuosidad, del cual toda espiritualidad estaba ausente ;

ella, no era una sentimental ;

tenía el horror de lo patético, que es una deformación desmesurada de lo real y, una torturante exasperación del sentimiento, que no tiene poder sobre las almas verdaderamente sensitivas y apasionadas ; las turba sin conmoverlas ;

ella, amaba los autores de prosa musculada y fuerte, los grandes escenógrafos de la pasión, los pintores de frescos, que recuerdan a aquellos de Pompeya y de Herculano, los creadores de voluptuosidad, los evocadores de aquello que vive más fuerte y más profundamente en el alma de los seres y los tortura como una fiebre ;

amaba los grandes sinfonistas de la carne ;

aquellos cuya lectura le producía, la impresión de una caricia sobre sus carnes desnudas.

Zola, era entre todos sus autores, el preferido ;

leerlo le producía la impresión de sentirse brutalmente abrazada y violada por un domador de leones ;



y, era *La Faute de l'Abbé Mouret*, el libro que leían...

llegaban casi a su final ;

al momento decisivo ;

aquel en que el jardín de la Casa Rectoral parecía hacerse obscuro, bajo las negras alas del Pecado, que se abrían sobre él...

y, las rosas acongojadas palidecían, misteriosamente enfermas, con el hálito de la Tentación, que flotaba en la atmósfera ;

y los lirios hermanos se besaban como en un lánguido incesto ;

la hora del beso culpable ;

él, se había inclinado hacia su prima para leer mejor, aquel pasaje en que la Virtud cae vencida por el Amor ;

sus alientos se confundían ;

sus manos temblorosas se tocaban ;

sus almas, como sus ojos, habían perdido el poder de contemplarse ;

y se palpaban.

—No leas más — le dijo él, exasperado, y le quitó el libro de las manos, y lo arrojó al fondo de la barca ;

y, ciñó con su brazo el talle de la virgen...

y, la besó en los ojos ;

y, la besó en los labios ;

y, ella se dobló a sus caricias, como una liana tronchada ;

y, fueron el uno del otro ;

y, el ofertorio de sus cuerpos se cumplió ;

en la paz de la tarde fenecida, en cuyo pórtico

azul, temblaba Véspero, como un claro cirio nupcial.

... ..  
 ... ..

El regreso a la costa fué lento, tapizado de besos, como un sendero procesional tapizado de pétalos y de corolas ;

ambos habían abierto sus ojos sobre la Vida, como sobre un continente virgen que acababan de descubrir, y, la veían diafanizada, hecha espléndida y radiosa por ese algo misterioso de lo cual acababan de desgarrar el velo ;

las languideces del crepúsculo parecían penetrar en sus almas, y, una como invasión de todos los ardores de la tarde les circulaba en la sangre ;

como todos los amantes, hubieran querido hacer eterno aquel minuto de amor ;

pero, la noche que llegaba los obligó imperiosamente a bogar hacia la costa ;

apenas divisaron ésta, momentos antes de tocar en ella, se miraron con desolación, como si fuesen violentamente expulsados de un paraíso apenas entrevisto, del cual sólo les había sido dado probar el fruto embriagante de los pomares florecidos ;

llegados al embarcadero del Hotel, él, entregó la barca, al marinero al cual la había alquilado, dándole una rica propina, con la esperanza de tenerlo grato, para dado el caso de nuevas excursiones ;

les parecía que éste, y, los otros barqueros que sonreían a su paso, leían en sus ojos la última estrofa del Poema, que acababan de vivir ;

tomaron el ascensor que de la playa lleva a los

jardines del Hotel, en los cuales la baronesa Stolcky, los esperaba, rodeada de otras damas, hablando futilidades ;

viéndolos aparecer en la puerta del ascensor, sus ojos y sus labios sonrieron a la vez ;

eran tan bellos ;

él, en su traje de franela a rayas, el cuello de la camisa muy bajo, con corbata a la marinera, cinturón de cuero hebillado en acero oxidado, del cual pendía una cadena de aluminio que sujetaba sin duda un llavero oculto en el bolsillo del pantalón, ceñido al puño diestro un reloj de pulsera, en oro mate ; destocado, trayendo el sombrero de paja en una mano y jugueteando con la otra en la cadena del cinto, era el tipo de un gentlemán de la más selecta *highlife*, haciendo el veraneo en playas de Dover ;

ella, en un traje de satín muy ligero, color crema, carente de todo adorno y ceñido al talle por un cinturón de charol negro con hebilla de nácar, calzaba preciosos zapatos amarillos con medias del mismo color, y, se tocaba con un *canotier* de paja casi igual al de su primo ;

estaba radiosa ;

su belleza se centuplicaba por el color rojo vivo de sus mejillas, que no le era habitual y el brillo extemporáneo de sus pupilas, de ordinario tranquilas y serenas ;

la baronesa sonrió ante tanta belleza que se le aproximaba y los besó a ambos en la frente ;

y apoyada en el brazo de él, se puso en pie ;



y, fueron a cambiarse de trajes, para luego cenar e ir como de hábito al baile del Casino.

... ..  
 ... ..

Desde aquel día, el jardín con sus ramajes oscuros y tembladores donde las gardenias abrían cálices de ámbar, y los geranios eran como pebeteros de cristal saturando el aire de perfumes sutiles; los belvederes umbríos donde las enredaderas tejían mantos de verdura cómplices, y los convólulos les hacían coronas multicolores con el violeta de sus campanillas; las veredas ocultas de los caminos que llevan a *Meta* y a *Castellamare* y, la barca del pescador, que había sido como su lecho nupcial, fletada para tal objeto, fueron los diarios reposorios de su insaciable amor;

se amaban con frenesí, con precipitación desesperada, cual si temiesen que algo imprevisto viniese a sorprenderlos en plena avenida del amor, impidiéndoles continuar el viaje por el feliz jardín de Citerea;

como todos los enamorados jóvenes, perdieron la noción del peligro, y principiaron a olvidar las precauciones;

en el Hotel, se comenzó a rumorear;

el círculo de bañantes, empezó a encontrar excesiva la libertad de que gozaban los jóvenes;

y, la baronesa de Stolcky, advertida tal vez por estos rumores, dejó de lado los periódicos de modas y las interminables novelas de Salgari, únicas que ella leía, y, se creyó en el deber de vigilar un poco, y fué desde entonces como una sombra importuna



que los siguió a todas partes ; al baño en la mañana, al Casino a la hora del aperitivo, al *tennis*, al concierto de la noche ;

entonces ellos, confiaron al silencio y al Misterio, el múltiple encanto de sus besos ;

y, fueron las noches ardorosas, las únicas confidentes, y los únicos testigos de sus largos abrazos de pasión ; y, era en altas horas de ella, que él abandonaba su aposento para ir al de aquella que lo esperaba ;

y, se amaban hasta que la aurora venía con sus besos de luz a poner fin a los besos de sus bocas extasiadas ;

la baronesa, era una dormilona impenitente, mas, sin embargo, resolvió velar ;

y, una noche, ya bien tarde, envuelta en un blanco peinador, en el cual los «alençons», temblaban como nieves recién caídas sobre un rosal, salió al corredor solitario, anduvo en la sombra, apagando el ruido de sus pasos cautelosos por el fieltro de las suelas de sus zapatillas, y, fué al cuarto de Conrado, con el pretexto de pedirle unos sellos que él tenía, contra las neuralgias ;

el lecho estaba vacío...

el corazón le dió un vuelco ;

fué al aposento de su hija ;

los halló allí, juntos, dormidos el uno en brazos del otro, después de largas horas de amor ;

ahogó un grito, llevando a los labios su pañuelo armoriado ;

estupefacta, silenciosa, como un fantasma que llorara, abandonó aquella estancia ;

se deslizó por la sombra de espaldas contra la pared, como temiendo desmayarse ;

entró a su habitación, que estaba vecina ;

sus ojos, desmesuradamente abiertos, como desorbitados de espanto, fulgían en las tinieblas ;

el balcón, que daba sobre el golfo, estaba abierto ;  
salió a él ;

la luna bañó con sus magnificencias aquel fantasma doloroso, que tendía hacia ella los brazos ;

los encajes de la cofia y los del peinador, se hicieron como cristalinos a la luz lunar ;

se inclinó sobre el barandado ;

y, se precipitó en el vacío ;

su cuerpo al caer rebotó sobre la roca, y no alcanzó a caer en el agua ;

y, los rayos de la luna jugaron sobre las nudeces del cuerpo como sobre las alas de un ánade dormido.

\*

\* \*

Cuando Sixtina Stolcky, de vuelta a Roma, y, después de celebrar los funerales de su madre, se refugió en su soledad, replegándose sobre sí misma, su vida le pareció un desierto cuyos límites retrocedían violentamente ante ella, desmesurándose y, haciendo infinito su desamparo ;

la muerte trágica de la baronesa de Stolcky, que había conmovido dolorosamente a la colonia veraniega de Sorrento, había merecido por algunos días los honores de la crónica, en Roma ;

se habló de suicidio y, de accidente casual ;

la primera hipótesis, fué casi generalmente rechazada, por no hallarse razones que la hicieran aceptables ;

rica, bella aún, con una hija adorable, nada podía impulsar a la muerte a aquella mujer encantadora, llena aún de vida y de atractivos, que hasta tarde hora de la misma noche en que feneció había tenido la sociedad del Hotel, bajo el amable encanto de su gracia y de su conversación ;

se convino, pues, en una desgracia, y no se habló más de ello ;

todos acompañaron a la huérfana en su duelo, y, en los primeros días le hicieron compañía ;

pero, poco a poco, los suntuosos salones del Palacio Stolcky, en la *Vía Quattro Fontane*, fueron quedando vacíos ;

el Dolor no tiene cortesanos.

Conrado Muller, aterrado por la desgracia, y, lleno de un terror supersticioso, había ido a encerrarse en los claustros de su colegio, entregándose a prácticas desesperadas de piedad, mientras llegaba el día cercano de su ordenación ;

y, ella, había quedado sola, tan sola, que su propia sombra la espantaba al proyectarse sobre los suelos, o reflejarse en los espejos de sus salones desiertos ;

sólo el conde Ornano no desertó ;

sus asiduidades se hicieron más discretas, porque la soledad de la joven le imponía un mayor respeto, pero, se hicieron más tiernas, más humildes, más imploradoras ;

él, también sufría, el horror de la soledad, y, tenía el miedo de morir en ella ;

solo sobre la tierra, se detenía en el umbral de la vejez, lleno del temible espanto de penetrar solo en la inclemente penumbra...

y, hubiera deseado ofrecer el seno de esa soledad a Sixtina Stolcky, para que lo poblara con sus encantos, para que lo iluminara con el bello fulgor de sus ojos color de algas fosforescentes ;

pero, retrocedía, más que ante la certidumbre,



de no ser amado de la joven, ante la idea, de que se creyese, que deseaba poner la mano sobre la fortuna inmensa que ésta poseía ;

y, su amor crecía en el silencio, absoluto y dominador, esperando la hora de mostrarse y de triunfar...

era su última, su gran pasión, que se arrastraba silenciosa, de rodillas, como hacia el altar de un dios del cual se teme ser rechazado ;

su soledad, confinaba con la soledad de Sixtina Stolcky, y sus dos ensueños tenían un mismo punto de intersección, como las manos de dos náufra-gos tendidas hacia la misma roca ;

ella, sola en los grandes salones de su palacio, donde los muebles, los tapices, las pinturas exquisitas y turbadoras, y todo lo que la rodeaba parecía hablarle de un pasado feliz, ahora desvanecido para siempre...

sí...

para siempre... porque un nuevo dolor, una gran desgracia, tan grande o mayor que la de la muerte de su madre, le amenazaba...

estaba encinta ;

su falta florecía en su vientre ;

al comprenderlo sintió como si la tierra le faltase bajo los pies ;

y, tuvo un deseo loco de morir ;

le faltó valor para ello, y optó por otra forma de sacrificio ;

aceptó la mano del conde Ornano ;

y, se casó con él, para dar un padre al hijo, que empezaba a vivir, en sus entrañas ;

fué valiente y fué audaz, y, se hizo a sí misma la ilusión de que se daba por sacrificio, cuando se entregaba por salvarse ;

a los dos meses justos de la muerte de su madre tuvo lugar su matrimonio, que se celebró en la más estricta intimidad, a causa de su duelo tan reciente ;

y, a causa de éste, se refugiaron en una soledad absoluta ;

esa soledad era muy amada a Sixtina Stolcky, que la buscaba, como un refugio para olvidar ;

¿olvidar qué?...

su loco y desventurado amor, al cual había sacrificado su vida ;

y, trataba de ocultar su tristeza, para no ensombrecer con ella la frente venerable, de aquel que dándole su mano había salvado su honor ;

y, el conde, era feliz, de una felicidad radiosa y noble, la cual subió de punto, llegando casi a la embriaguez de la ventura, cuando ella le anunció, cautamente, tímidamente, como si le confesase un pecado, que se sentía en estado interesante...

él, la abrazó, la besó, la tomó en brazos y, recorrió con ella así, los salones y los aposentos y la depuso al fin sobre un sofá, como si temiese romperla, rompiendo con ella el fruto de su amor ;

y, se arrodilló y, la besó largamente en las manos, en los brazos, en el cuello, y en las mejillas y, se prendió a sus labios, como si quisiese apurar en ellos la vida que ya había dado a otro ser que era una perpetuación del suyo ;

y, bendijo a Dios, a la Naturaleza, a su Médico,

cuyos sabios consejos le habían permitido ese alarde de tardía virilidad, por el cual a su larga edad había podido dar vida a un hijo ;

y, llenó a su mujer de cuidados inverosímiles ;  
al fin llegó el día anhelado ;

una caída, sabiamente simulada por Sixtina, sirvió para explicar lo prematuro del alumbramiento ;

pero, éste fué feliz, y nació un bello niño, fuerte, robusto, con unos divinos ojos lagunares, de una diafanidad verdosa de estero septentrional ;

el conde los halló muy semejantes a los suyos, que no eran verdes, sino azules, de un azul céltico y montaños.

Sixtina sabía bien a cuáles otros ojos se parecían, de cuáles otros ojos, eran reflejo... ;

y, vaciló, no sabiendo si apartar de ellos los labios, o besarlos con pasión ;

\*  
\* \*

Si Sixtina Stolcky, se había sentido feliz de verse libre de los peligros de su alumbramiento, lo había sido, aún más, por poder leer una carta, que adjunta al testamento, y debidamente sellada y lacrada, había dejado su madre, con esta inscripción en el sobre :

«Para mi hija cuando sea esposa y madre. Si ella muere sin serlo, esta carta debe quemarse.»

así, apenas entrada en convalecencia, ansió leer aquella carta, y sola, en su aposento cuidadosamente cerradas las puertas, extrajo del precioso «secretair» de ébano con incrustaciones de marfil, que tenía en su alcoba, la preciosa carta materna ;

rompió temblando el sello de lacre con las armas familiares ;

desgarró el sobre amarillento de fuerte papel sin brillo ;



y, halló las preciosas cuartillas, muy pocas, escritas en una bella letra cuasi varonil, sobre un delicado papel perfumado al heliotropo y del color de esa flor ;

y, la carta decía :

«Hija mía :

»ya eres esposa ; ya eres madre ; todos los secretos del corazón y los del sexo te han sido revelados por el amor ; el único secreto que la vida nos guarda, ya lo sabes ;

»ahora : oye el de tu madre ;

»moriré sin decírtelo ; pero siento que no podría dormir tranquila en mi tumba si no te lo dijera en esta carta ;

»mi espíritu se alza de ella, y va hacia ti, de rodillas como hacia un confesor, y vengo, a decirte mi pecado ; el pecado que abrumó mi vida con su peso ;

»esta confesión es el RESCATE que impongo a mi falta ; esperando que por la vergüenza de esta confesión me será perdonada ;

»menos feliz que tú, yo no llegué pura al lecho conyugal ; un hombre me había poseído antes, un hombre a quien amé con delirio en mis quince años, y que no pudo ser mi esposo ;

»y, fuí madre ;

»y, una hermana de la mía, que me amaba como tal, se deshonoró para salvarme, y pasó por ser la madre de mi hijo, de CONRADO MULLER, a quien tú conoces, a quien te recomiendo amar como a un

hermano y, a quien entregarás veinte mil liras, que por una manda especial, le dejo como dote ;

»te lo digo así desde el fondo de mi tumba ;

»¿me has oído?

»ahora bésame...

»besa mi sombra, hija mía ;

»y, déjame dormir en paz ;

»ya estoy perdonada ;

»esta confesión es mi RESCATE.»

... ..

... ..

Cuando Sixtina Stolcky, acabó de leer esta carta, ahogó un grito que se escapaba de su garganta ;

miró azorada a todas partes, como si temiese que alguien la hubiese visto leer, que alguien hubiese sorprendido su secreto : el secreto de su madre ;

no desgarró la carta con las manos sino con los dientes como si hubiese querido devorarla ; ¡ esa carta que al revelarle la falta de su madre hacía la suya monstruosa, abominable !...

pálida, los ojos desmesuradamente abiertos e ilúcidos de espanto, se puso en pie, anduvo como una somnámbula hasta llegar a la chimenea que ardía, y arrojó a ella, los fragmentos de la carta delatora...

con aire de inconsciencia trágica los miró arder, luego se apresuró a avivar la llama para que no escapase ninguno, como si al quemar los restos delatores de la vergüenza de su madre, quemara su propia vergüenza... ; una vergüenza que era un crimen...

y entonces, comprendiendo claramente por qué había muerto su madre, pensó que ella también de-

bía morir, con el fruto ignominioso de su pecado...

y, con los ojos de demente miró a su hijo, que dormía en la cuna ;

y, se acercó a él... y, lo miró dormir blondo y frágil bajo la naciente corona de sus cabellos rubios, cerrados los divinos ojos de un verde de esmalte que parecía reflejar el verde de esmalte de otros ojos...

y, sintió odio y horror, por ese niño, que era su Pecado, su horrendo Pecado...

y, tuvo un deseo loco de ahogar entre sus manos ese fruto de su Pecado... y, arrojarlo por una de las ventanas al jardín, como si arrojase al viento las cenizas de su Pecado ;

y, se acercó a la cuna ;

y, puso una mano sobre el cuello de su hijo dormido ;

y, ¡ apretó !...

a la presión el niño despertó...

lloró...

ella también despertó de su acceso de locura ; y retiró la mano, temerosa de hacer mal a su hijo que lloraba...

y, lo tomó en sus brazos sin mirarle, cautamente, amorosamente ;

y, lo miró luego alelada...

y, le pareció que el naciente vello rubio que adornaba la pequeña cabeza, claro, como la pelusa de un melocotón, se hacía una melena larga, y fulgente como otra que ella conocía ; luminosa, como un nimbo, y que había reposado tantas veces sobre su corazón ;

y, que los pequeños ojos que se abrían ante ella, como dos esmeraldas en el fondo de un cofre, se hacían grandes, azulosos, luminosos de pasión, como otros ojos ausentes, que ella no podía olvidar ;

y, que los pequeños labios que ahora parecían pedir la caricia de un pezón, se hacían largos, rojos, sensuales, y se le ofrecían como una oblación de besos locos, como otros labios ausentes que la habían enloquecido con sus besos...

y, besó con pasión la cabeza de su Pecado ;

los labios de su Pecado...

los ojos luminosos de su Pecado...

y, sintió correr por todo su cuerpo el estremecimiento de su Pecado.

---



LA GLORIA



# LA GLORIA

---

Era un trinar de pájaros bajo los cielos de oro ;  
paisaje primaticio, lleno de beatitud ;  
el mar, como una copa de añil que desbordara  
sobre las playas de ocre ;

cantaba su canción ;

sonora, polifónica, profana a la armonía, como  
un gran grito lleno de una embriaguez de Sol ;

el beso formidable de la ola con la playa, hacía  
franjas de espuma sobre la arena estéril, dormida  
en la infinita quietud languideciente ;

de la tarde vencida ;

bajo el Arco de Triunfo de la cercana Noche ;

que surgía coronada de ópalos ;

un sol agonizante, palidecido y triste era en los  
altos cielos como un nenúfar muerto, en un des-  
folio lento sobre un campo de azur ;

misterios errabundos perlaban las estrellas, so-  
bre el miosotis lívido de la copa del mar ;

la hora apaciguante, de una molicie tierna, tenía vértigos lentos de voluptuosidades, como un vago deseo, que enfermara las cosas, ávidas de caricias ;

sobre el jardín, la sombra hacía como un remanso en el cólchico ardiente de la tarde estival ;

la casa, blanca, se diría una gardenia enorme caída entre el follaje, que más que verde, con un color de herrumbre aparecía ;

el viento se hacía acariciador en los ramajes y, sobre la tapicería de las gramíneas que eran como un reposorio de paz para los ojos, fatigados de aquel deslumbramiento de olas y de púrpuras ;

rosas como arrancadas a los Misales Góticos, o a viejos Libros de Horas, abrían sus lindos cálices, un poco versallescós, en el verde cambiante de los parterres, que la hora moribunda hacía densos de sombra ;

las unas eran blancas, de una blancura anémica, y, el oro del crepúsculo, nimbaba firmemente su palidez claustral ;

otras, el rojo vivo de pétalos de sangre mostraban orgullosas en actitud triunfal ;

feria de los geranios la fronda se diría ; tanto las bellas flores se abrían a la caricia de la hora sensual ;

a los besos dementes del aire los lirios se doblaban ;

como cuerpos amantes a los besos de amor ;

en formas arácnidas las plantas trepadoras tenían cortinas densas, que la suave cadencia de la tarde hacía musicales ;

las madreselvas, el índigo pálido y el rosa eva-



nescente de sus hojas, abrían en el bruno follaje ;  
como obedeciendo al culto de un rito misterioso  
el múltiple incensario de los bosques cercanos es-  
parcía el olor de sus resinas ;

un surtidor cantaba ;

en el naufragio palideciente de la Tarde ;

cerca a un pretil de piedra, lindero del camino,  
sentados en un banco rústico, dos adolescentes dia-  
logaban en el fasto doliente y los oros extintos de  
la hora vespéral ;

al frente, en perspectiva, una gran roca oscura  
y granítica diseñaba su perfil dentellado, que el  
fondo rojo del crepúsculo hacía trágico ;

el adolescente la contemplaba con ojos pensati-  
vos, brumosos de Ensueños, ávidos de visiones y,  
en los cuales, como un estandarte desplegado, rei-  
naba la sombra de un gran Dolor ;

y, decía, con una voz aun insegura, que parecía  
cautiva de sus emociones internas :

—¿No ves el gesto de la roca ?

la roca ríe ;

¡ qué bella boca desdentada la boca de la roca !  
el cincel de los siglos la ha esculpido así ;

parece un formidable anaglifo tallado por Tita-  
nes en el corazón de la montaña ;

es vieja como la Tierra su madre, de la cual  
surgió forjada así ;

la Belleza de las cosas antiguas es sagrada ;

ella es la Belleza Vencedora ;

ha vencido la Muerte ;

... y, la flor de esa Victoria se llama : el Arte ;

¡ inmarcesible y maravillosa, como esa roca ;

como esa roca, que ahora cambia de expresión y se hace triste bajo el juego de sombras y de luz que hace esa nube negra que se proyecta sobre ella, y, se diría que la hace llorar ;

¿no ves llorar la roca?

esas dos grandes cavernas son sus ojos ; ojos de los cuales la mano brutal de los siglos ha extraído las pupilas ;

esos largos musgos que penden de sus bordes, en los cuales los helechos hacen veces de pestañas, son sus lágrimas ;

es triste ver llorar la roca ;

¿por qué llora la roca?

¿es la tristeza de la Noche esplendente y naciente lo que la hace llorar?...

¿es el recuerdo de las cosas que ha visto en su vida solitaria de siglos?

de los siglos que ha visto morir ;

algo conmueve el alma de la roca ;

porque la roca tiene un alma, como todas las cosas ;

expresar *el alma de las cosas* ;

he ahí el deber del Arte...

he ahí el Dolor del Artista, que no sabe aún encontrar esa expresión ;

y, a quien la forma innata de esa próxima Revelación tortura ;

¿sabes tú lo que es el Dolor del Arte por nacer?

ese que es mi propio Dolor ;

¿lo sabes tú?...

Y, el joven que así hablaba, y que era casi un

niño, volvió a mirar a su bella compañera, a quien interrogaba ;

ésta, indiferente al monólogo declamatorio del joven, o contrariada por él, fingía no oír y se entretenía abstraída en limpiarse y limarse las uñas con un instrumento de manicura, y con las cejas contraídas, inclinaba la cabeza, proyectando la tiniebla profunda de su cabellera, sobre la blancura inmaculada de sus manos ;

el silencio exasperó al joven, que la miró entonces con semblante severo ;

ella, se apercibió por ese silencio, de que el monólogo — que en vano había tratado de ser diálogo—, había cesado, y volviendo a mirar a su interlocutor, le dijo :

—¿Has acabado tu discurso?

razón tienen en el pueblo, de decir que eres loco ;

¿a quién se le ocurre imaginar que esa piedra llora?

sólo tú puedes con esas cosas hacer reír las piedras, y hacerme reír a mí.

Y, así diciendo, ensayó reír, con una risa forzada y en el fondo mala ; risa de mujer celosa ;

¿celosa de qué?

de la roca ;

él, la miró con un desprecio colérico, que no era fingido :

—Tú, no comprenderás nunca nada — le dijo, con una voz en que temblaba el rencor— ;

el Arte, no es tu reino ;

la Incomprensión de las cosas sutilmente bellas, es tu dominio ;

tú tienes el alma del Pueblo, o mejor dicho, de la Parroquia, de esta Parroquia en que nacimos ;  
 alma pequeña, vulgar, enredadora ;

alma bárbara ;

alma de Incomprensión ;

por mucho que quieras distanciarte de las otras mozas de la aldea, vistiéndote a la última moda y, puliéndote las uñas, te conservas al mismo nivel mental de ellas ;

tienes el alma aldeana ;

piensas como la Aldea, y hablas como ella ;

por eso repites sus decires ;

y, los aplaudes ;

¿qué me puede importar lo que este pueblo diga contra mí, si yo estoy espiritualmente lejos de él, y, mi alma no vive en él?

¿qué dice el pueblo contra mí?

¿que soy loco?

¿por qué?

porque soy un solitario, porque no tengo amigos, porque no voy a la taberna y no me embriago como los otros ;

¿solitario? sí ;

pero, no *solo*, porque mis visiones me hacen compañía ;

¿amigos?

tengo mis libros y mis grabados, y los útiles de mi Arte, en cuya compañía, tejo la red luminosa de mis ensueños y me declaro prisionero de ellos ;

¿vino?

el vino que yo cato es el del Ideal, y, me em-



briago, como Noé, a la sombra de sus vides florecidas ;

soy un solitario, porque la Soledad, es la única muralla posible contra la Vulgaridad ;

contra la Vulgaridad, que es el alma de la Aldea ;

contra la Vulgaridad, que me cerca y amenaza ahogarme en su lenta invasión, como las aguas de una marisma mefítica y fatal ;

¿cómo escapar a ella sino aislándome ?

me falta una alma hermana a quien confiar la grandeza y la tristeza de mis sueños ;

sólo el alma de mi Madre, se inclina sobre la mía, para recibir mis confidencias ;

sólo sus divinos ojos ven en el fondo de mi corazón ;

sólo sus labios me dicen palabras de consuelo, y, sólo ellos no ríen de mis gestos extraños ;

sólo mi Madre me ama :

—¿Y, yo? ¿yo no te amo?—dijo ella, como si hubiese sentido un áspid mordién-dole el corazón.

—No se ama lo que no se comprende ;

amar es comprender—replicó él.

La bella niña frunció las cejas coléricas, hondos pliegues surcaron su frente obstinada, y como haciendo un esfuerzo heroico para comprender y para no llorar, dijo :

—¿Comprenderte? ;

si hablaras como todo el mundo, y de las cosas que todo el mundo habla, yo, te comprendería ;

pero, te empeñas en hablar cosas raras y hacer cosas aún más raras que las que dices ;

te aislas de todos, y llamas la atención por tus

extraños vagares en los campos aledaños del pueblo, cargado de libros y de papeles, deteniéndote como alorado, ora ante los acantilados de la montaña, ora en los parajes de la costa, a la hora de la baja marea, leyendo o dibujando y, todo eso con aire tan atontado que hace reír las gentes ;

te empeñas en no tratar a la mayoría de los mozos, con el pretexto de que son zafios y mal hablados, y sólo te reunes de vez en cuando con aquellos de tu edad que te hacen corro, y, ante los cuales tienes palabras anarquizantes que los predisponen a la revuelta, según dice mi padre, que ha oído esos comentarios ;

te andas en las noches por las calles desiertas y los parajes extraviados, mirando el cabrillar de las estrellas, como si fuesen bellos rostros de mujeres, y regresas a tu casa como en volandas, huyendo a los teatros y sitios de recreo donde otros mozos suelen hacer holgorios ; y, tienes el placer de la vagancia ;

abandonaste el taller del Maestro Antonio Fuentes que te había enseñado la talla en madera y del cual eras el más hábil tallista, con el pretexto de que él, no labora sino imágenes de santos, y, tú quieres hacer con tu cincel, otras creaciones ;

todo eso te hace odioso a las gentes del pueblo ; y, ellas dicen que no tienes ni nobleza, ni dinero, ni nada que pueda disculpar tu orgullo descomunal.

Los ojos del joven se hicieron aún más tristes, sin perder la violencia de sus miradas ; su rostro

se melancolizó sin serenarse ; se hizo sombrío, como bajo el vuelo de cosas negras y fatales ;

—Calla—la dijo, sin poder dominar la violencia de su voz— ; calla ;

tú eres la voz del pueblo ;

yo sé todas las cosas infames, que el pueblo dice contra mí ; y de las cuales, las más graves, tú las silencias ;

el pueblo dice que yo, no tengo padre conocido, fingiendo ignorar el matrimonio de mi Madre con aquel que la engañó, y, por eso me llaman, el Santaella, no dándome nunca mi apellido paterno de Carmona ;

dicen que yo soy un vago, que no quiero trabajar, y, vivo de lo que mi Madre borda con sus preciosas manos de Hada ;

yo, sé todo lo que el pueblo dice ; y, desprecio ese pueblo y sus decires ;

es verdad que para sustentáculo de mi orgullo yo no tengo ni la nobleza que impone a los plebeyos, ni la riqueza a la cual todos rinden homenaje, pero tengo algo superior a todo eso, algo que vale más que todo eso ;

tengo... (y apretó los labios como si hubiese querido ahogar y devorar la palabra que iba a decir) ; y continuó : ¿a qué nombrarlo? ¿a qué decir *eso* que me hace superior a los otros?

si el pueblo supiese lo que yo tengo en el cerebro acabaría de odiarme ;

y, tú misma... tú misma... dejarías de amarme ;... si es que me has amado alguna vez.

—¿Que no te he amado?... ¿que no te amo?...



¿y, a quién he amado yo en la vida sino a ti?—dijo la joven; y su voz se hizo sollozante y sus ojos se llenaron de lágrimas:

Sordo a la Piedad, sordo al Amor, absorto en la visión de sus grandes quimeras interiores, bajo las alas de sus sueños desesperantes, Ulises Carmona no ensayó consolar la bella joven que sollozaba a su lado;

y, era bella, en verdad, la adorable criatura, que lloraba;

bella, con sus hermosos ojos de un verde intenso como el del botón de una rosa sin abrirse; su cabellera de un rubio rojo, de oro ardido, y en sortijada, como la melena naciente de un leoncillo; la color exuberante de su rostro; su boca grande y sensual, de labios imperiosos, y dientes de voracidad; era una bella hembra, con algo de felino, y mucho de voluntarioso y de dominador; él, era bello también;

de estatura más que mediana, y, aunque cenceño, musculado; pálido, de una palidez no enfermiza, sino esa noble palidez de las vigiliass mentales que da una como belleza espiritual a aquellos que la poseen; pardos los grandes ojos soñadores que a la sombra de las largas pestañas, eran como estanques taciturnos bajo la caricia de una noche calmada; negro el cabello rebelde que dejaba crecer en melena abundosa artísticamente peinada; imberbe el rostro, sin anuncio de barba, aunque recién salido de la adolescencia; la boca grande y los labios plegados en un gesto habitual de amargo desdén, que dejaba entrever los dientes



admirables y, daba al bello rostro, un aire altanero y grave ;

indiferente a todo, como si no hubiese oído el grito de protesta y, no oyese sollozar la joven al lado suyo, él, continuó en hablar, cual si lo hiciese consigo mismo, en un monólogo lento :

—Yo, hallo razón al odio de la Aldea ;

somos disemejantes ;

¿qué hay de común entre ella y yo?...

nada... ni nuestros sueños ni nuestros gustos, ni nuestras esperanzas...

se nace solo, se vive solo, y, se ha de morir solo, cuando no se tiene el alma colectiva, es decir, el alma vulgar ;

el camino de los sueños que se extiende delante de los ojos de cada hombre, no es el mismo para todos ;

no lo bordean las mismas flores, ni lo encauzan las mismas filas de arbustos olorosos, ni le dan sombra panorámica las ramas de los mismos árboles, ni se extiende a igual distancia ofreciendo las mismas perspectivas, bajo la placidez del mismo cielo ;

cada alma tiene marcada la ruta de sus sueños...

minutos adorables de la vida, son aquellos minutos que ensoñamos ;

¡cómo son intensos para los que llevamos en el alma una partícula de Infinito y de Increado ! ;

ese átomo de azul irreveado, del cual aspiramos con el tiempo a hacer un vasto cielo ;

el nimbo de oro de nuestra Esperanza, lo circunda como un gran incendio...

Calló ;

se diría que el silencio se había hecho algo denso, tangible y se alzaba como un muro entre los dos ;

se sentían como separados, muy lejos el uno del otro, cual si el vuelo de sus almas se orientase hacia opuestas direcciones, bajo un cielo implacable de Fatalidad ;

aunque tan jóvenes sentían algo así como si las alas aciagas y formidables del Destino se abriesen entre ellos, para aventarlos muy lejos, a distancias inconmensurables, de las cuales sus almas no habrían de regresar nunca, y no habrían de unirse jamás...

eso los desolaba ;

y, veían la Vida, la espantosa Vida, abrir ante ellos su esclusa pavorosa, de luchas, de miserias, y de inexorables hostilidades ;

los párpados entrecerrados, sobre las densas pupilas hechas como fosforescentes de rencor, Enriqueta Solá, esquivaba mirar a Ulises Carmona, que había callado y parecía absorto en las beatitudes de un sueño confuso y muy remoto ;

ambos se dirían indiferentes al encanto de la hora, a las bellezas del paisaje que el crepúsculo envolvía en un divino manto de esmeralda, que a trechos semejava bordado de cenizas ;

bajo la placidez grave de los altos cielos ya ilúcidos, las enormes chimeneas de las fábricas eran como lotos gigantescos que tuviesen por pistilos sus columnas de humo que se iban abajando a

medida que se enfriaban las calderas, puestas a media presión por el cese del trabajo ;

largas filas de obreros, se dirigían hacia el pueblo cercano, que la luz muriente parecía inmergir en una dilución de topacios ;

el espejo azul del mar reflejaba la quietud de los altos cerros sobre los cuales granjas agrícolas ofrecían el espectáculo de su serena paz de égloga, proyectándose sobre el humeante esplendor de las fraguas y de las fábricas, hechas ya silenciosas bajo las últimas caricias de sus crineras de humo ;

el hormigueamiento de los obreros se dispersaba lentamente, por veredas y senderos que llevaban hacia las casas dispersas en los campos yecinos ;

íbense, unos, los más viejos, encorvados, taciturnos, como agobiados bajo el peso de la Vida, llevando en las manos algunos útiles de labor como eslabones de una cadena rompida, que al día siguiente deberían soldar ;

eran silenciosos los viejos fantasmales, resignados al peso de su fardo, como pobres bestias domésticas, en marcha hacia la etapa final de su faena, y, no esperando consuelo sino de la única que podía dárselo : la Muerte Libertadora ;

los adolescentes, jugueteaban entre sí, con ardorosa brutalidad, como animales jóvenes en un prado virgen ;

otros, en plena juventud, se detenían para hacer corros, y, discutían acaloradamente ;

niños en aprendizaje de aquella esclavitud, los miraban con grandes ojos sorprendidos, como en



espera de tener tantas fuerzas como ellos para ofrecerlas a la Fábrica, el Minotauro Insaciable, que había devorado a todos sus antecesores, y cuyos últimos rugidos acababan de morir en la tarde silente, como los de una fiera ahita que se duerme con la garra puesta sobre el corazón palpitante de su víctima ;

las gaviotas volaban en grandes giros circulares sobre la mar cetrina, lanzando largos gritos agudos al regresar a los farallones de la costa, felices de abandonar ese mar, hecha dolorosa bajo el vuelo de todos los crepúsculos...

como si hiciese un esfuerzo para descender de las estériles alturas de su silencio, que Ulises no se empeñaba en violar, Enriqueta, dijo con una voz velada en que temblaban todos los rencores :

—¿Ves?—y extendió su mano blanca como diafanizada por la luz de las estrellas surgentes, hacia las teorías de obreros que allá abajo se perdían en las bifurcaciones de los senderos y la bahía azulosa de la Noche—¿ves? éstos son felices ; ellos han trabajado ; ellos han ganado el pan con el sudor de su frente, como dice mi padre, y, van a descansar ; ellos no tienen sueños insensatos como tú, viven su vida y cumplen su deber ;  
mientras tú...

Haciendo un gesto violento, como si triturase el desprecio con sus dientes para hablar, él, la interrumpió brutalmente para decirle :

—¿Cómo sabes tú que son felices? ¿has visto el fondo de su corazón? ¿has sufrido con ellos?



¿has llorado con ellos? ¿qué sabes tú de su miserable vida?

esos viejos que van vencidos y dolorosos, por los senderos de esos campos tan mentirosamente pacíficos, y marchan agobiados por la carga de tantos años de trabajos forzados en la Fábrica, son los galeotes de esas viejas galeras que ahora arrojan el vaho de sus máquinas por el cráter de sus chimeneas, erectas como torreones invencibles bajo la complicidad de esos cielos sin misericordia; esos son los obreros de ayer embrutecidos y pasivos, sin otra ambición que la de trabajar para enriquecer a los otros, y, morir en la miseria después de una tan larga vida sin ventura;

¿sabes tú los sueños de rencor que pueden pasar por aquellas almas tan brutal y tan definitivamente vencidas?...

¿sabes tú algo de las lágrimas que habrán quemado aquellos ojos prontos a cerrarse para siempre, sin haber visto nunca alzarse ante ellos la visión de la Victoria?...

y, esos hombres jóvenes, que ahora discuten con tanto calor, hablan sin duda de los problemas del Trabajo, saben la miseria de su vida, pero están dispuestos a mejorarla, comprenden el peso de su cadena, pero sus manos fuertes ensayan ya el gesto de romperla; en sus ojos no hay la mansedumbre de antilope de los ojos de sus antecesores, porque ellos interrogan ya el horizonte, y ven brillar tras la tiniebla espesa, una lejana sucesión de auroras;

¿sabes tú los sueños de Revancha que bullen

en los cerebros de esas miriadas de vencidos, que no quieren resignarse a su vencimiento?...

¡ah! si lo supieras, tal vez temblarías por tu padre, por ti, por todo lo que nos rodea;

y, esas turbas de niños, flores de inocencia que el aire de las Fábricas enferma y el contacto con los otros corrompe, y que ahora miran atónitos discutir a sus mayores, ¿sabes tú toda la sal de rencores que han bebido en los pechos de sus madres, cuasi exhaustos, y, en las lágrimas de sus padres, que lloraban al besarlos?...

bajo el límpido candor de esas almas está la tempestad;

ellos serán los vengadores de mañana.

Y, así diciendo, la faz de Ulises Carmona se hizo hosca, el bermellón de la cólera empurpuró su rostro, sus ojos soñadores se hicieron sombríos, como si el horror de las tragedias futuras entenebreciese sus pupilas, y su voz temblaba bajo el arco triunfal de las estrellas que aparecían en el cielo, como una floración de nenúfares maravillosos en un lago de azur.

—Vengarse... ¿de qué?... ¿de quién?...—dijo ella visiblemente contrariada, frunciendo el ceño y con un tremor de cólera en la voz—; ¿de mi padre? ¿qué les ha hecho él, que ha sido uno verdadero para todos sus operarios?; sin su Fábrica muchos de ellos morirían de hambre.

—No sigas, no sigas, no repitas los necios discursos que aprendes a la estupidez agresiva de tu padre — dijo él con brusquedad tan impetuosa que ella, ofendida, echó hacia atrás el busto y alzó

la cabeza orgullosa, como para repeler el insulto, apoyando en el pomo de su sombrilla la mano diáfana que parecía brillar como una gema bajo el cielo, hecho de un índigo profundo; y con voz llena de una sombría cólera, le dijo: — ¿Por qué odias tú a mi padre?

no ha sido él quien te ha despedido de la Fábrica;

eres tú quien la ha abandonado por tus diferencias con el Encargado, en quien mi padre ha puesto toda su confianza, y a quien tú odias tanto;

eres tú quien no ha querido trabajar según los modelos que se te daban, sino imponer los tuyos;

y, últimamente, cuando se trató del monumento al poeta Ugo León, que se hace en casa, no sólo te negaste a trabajar en él, porque no se aceptaban tus diseños, sino que faltaste al respeto a mi padre, y dejaste la casa con violencia; ¡ay, tú rompes así su más bella combinación...!

—Sí, la conozco, la conozco — dijo él, con una sonrisa agresiva, que era como la culminación de todos sus desdenes—, yo, sé bien de esa combinación;...

hacer de mí el obrero modelo que él sueña, sumiso a sus caprichos, atento a sus quereres, sin voluntad propia, sin iniciativa ninguna, dedicado a adularlo y a cortejarlo, y, todo eso para casarme contigo y dejarme dueño de la Fábrica; hacer de mí, otro él, otro don Abundio Solá...



no... no... gracias, gracias ; mi Ideal es otro ;  
otro es mi Ensueño...

—¡ Ah ! tú no me amas, Ulises ;

tú no me amas ;

si me amaras no dirías eso ; no harías eso ;...

el que ama verdaderamente, lo sacrifica todo  
por su amor, y se sacrifica a él — dijo la joven  
con un acento tan triste que parecía fundir en sí  
todas las tristezas y los ecos dolorosos de las co-  
sas que morían en el corazón obscuro del cre-  
púsculo.

—Amarte, sí que te amo — dijo él, ya sin acritudes en la voz — pero amo más la *Gloria* ; el sueño de *Gloria*, que me he forjado ;

tu padre exige que yo sacrifique ese sueño a tu amor ;

no, yo no lo haré ;

ese sueño es mi Vida toda, y sin él siento que no podría vivir ;

no sacrificaré tampoco el sueño de tu amor ;

yo, los haré vivir ambos de una misma vida ardiente y tenaz ;

realizaré el sueño de mi *Gloria*, y, ofreceré mi *Gloria* a tu amor ;

yo seré el artista que he soñado ser ; y ese artista será el que ha de casarse contigo, no el patrón espeso y brutal que tu padre quiere hacer de mí ;

yo, haré mi camino solo, no tengo necesidad de que nadie me lo haga ;

no necesito de la mano de tu padre para andar hacia mi Destino ;



mis sueños no andan, ellos vuelan ;

y, yo vuelo con mis sueños...

es verdad que yo dejé la Fábrica con el pretexto de que no se aceptaban mis modelos para el monumento de Ugo León, pero esa no es la razón verdadera de mi retiro ;

es que yo no quiero seguir siendo una máquina pensante, trabajando bajo el dictado de los otros ;

yo, no quiero copiar ;

yo quiero crear ;

yo siento que algo irrevelado vive en mí, y quiero dar forma tangible a esos ensueños...

para eso necesito libertarme ; irme...

aquí me asfixio...

aquí me ahogo ;

aquí me muero...

necesito irme...

emprender la marcha por la Avenida luminosa...

la ruta azul abierta ante mis ojos, y, a cuyo fin está el fantasma de la *Gloria*...

Y, así diciendo, dobló la cabeza y la ocultó entre sus manos, como si hubiese tenido necesidad de sostenerla, para que no cayese, como guillotizada por una hacha invisible :

—¿Irte?... ¿dejarme? — gimió la joven, cuyo rostro estaba todo en la sombra y parecía hacerse aún más doloroso en la obscuridad a donde sólo sus ojos brillaban como dos moluscos fosforescentes, y su voz era triste, de una tristeza de lamentación ;

él, se inclinó hacia ella, con una ternura de la cual momentos antes no se le hubiera creído ca-

paz, y le dijo, intentando consolarla :

—Eso será por poco tiempo ;

yo, volveré vencedor ;

y, te ofreceré mi Victoria como un trofeo...

Y, le tomó una de las manos ; y la estrechó con pasión ;

y, trajo su preciosa cabeza contra su corazón...

y, la besó luego en los labios largamente, apasionadamente... cual si bebiese con voluptuosidad la sal de las lágrimas que habían rodado por sus mejillas...

el alma de todo amor es la crueldad...

... ..

Un importuno grupo de obreros jóvenes que venían por el camino y llegaban en ese momento bajo el pretil, en el cual, sentados los dos jóvenes, habían dialogado, al escuchar el susurro de las voces, alzaron a mirar, y, adivinando más que viendo a Ulises Carmona, lo llamaron ;

Enriqueta escapó azorada, perdiéndose entre los ramajes de los arbustos circundantes, y, él, acudió al reclamo de sus amigos, y se mezcló a ellos ;

la alegría de los obreros se atemperó, y hablaron gravemente, porque estaban habituados a oír de labios de Ulises Carmona, cosas raras y profundas, que abrían en sus espíritus turbados vagos senderos de luz ;

y, el grupo se alejó y se perdió en el corazón de la Noche Silente, a la cual el cercano mar cantaba su canción sin palabras, llena de cosas eternas ;

en la miseria de la Tarde vencida ;

majestuosamente,

\*

\* \*

Finida su cotidiana labor, Agueda Santaella, recogió los menudos objetos que dispersos estaban en torno de ella, plegó telas y arregló madejas de hilos multicolores y apoyadas las bellas manos fatigadas sobre el bastidor en el cual había trabajado hasta ese momento y que le estaba cercano, permaneció así, en una actitud, de contemplación y, de meditación que parecía destacarla de las cosas circunyacentes en un vuelo de alma hacia horizontes muy lejanos donde yaciesen aglomeradas las cenizas de muchos sueños pretéritos, en una quietud de cenotafio ;

enmarcábanla en su actitud, festones de enredaderas, y otras le hacían dosel abriendo sobre ella la policromía de su flora caprichosa, en una armonía decorativa, a la cual los últimos clarores de la tarde extinta daban como perspectivas de un miraje acuático ;

frontero al mar añilino, ya arrebujaado en el manto de la Noche, parecía empeñado en adorme-

cerla, diciéndole viejas añoranzas con su grave voz de conseja ;

y, era bella aún, muy bella, llena de gracia frágil, en ese límite de su juventud finida ;

entraba en la edad madura con algo de solteril y de puro, que la rodeaba de una como aureola mística y le daba un vago esplendor claustral ;

la maternidad no había ajado nada en su cuerpo ni en su alma, que parecían prolongar el encanto de una larga y apacible virginidad ;

alta, erecta, con una esbeltez de nínfeo, conservaba las formas gráciles de una *Ninfa* de Julio Romano, y la pureza de líneas de una de esas corsas talladas por Benvenuto, para motivo de un vaso en la colección de argentería de los Médicis, en el *Palacio Pitti*, de Florencia ;

el óvalo del rostro alargado hacia los maxilares, como una señal de decisión y de fuerza espiritual, pálido, con una palidez de cerámica, en el cual los ojos lagunares, de un gris metalecente, se dirían lagos mercuriales, en un desierto de nieve ;

la nariz aguileña, la boca larga y sinuosa de labios delgados, la frente comba y los cabellos oscuros, peinados en bandas cayéndole sobre las sienes hasta cubrir el lóbulo de las orejas, le daban un aspecto de medalla, extrañamente imponente y grave ;

los senos improtuberantes, como si a nadie hubiesen lactado, y las caderas sin morbideces como si nunca hubiesen sido laceradas por los dolores de un alumbramiento ;

las manos extrañamente largas, en las cuales,



los dedos semejaban estambres de una flor de nácar ; desnudos de toda alhaja ;

los pies primorosamente calzados ;

el traje severo y sin adornos ;

de toda ella se exhalaba uno como hálito de aristocracia intelectual, y de distinción moral, que imponían el respeto ;

hija única de don Juan de Santaella y de Torrijos, antiguo Profesor de Dibujo y de Matemáticas en la Universidad Industrial de la gran ciudad cercana, y, venido en aras de una pasión romántica, a aquel pueblo, donde quedó residente, estableciéndose como profesor libre de esas asignaturas, ella había nacido allí, y había crecido bajo la mirada austera de su padre, y, el amor de su madre, un ser todo pasividad y mansedumbre ;

así había llegado hasta los diez y seis años, en que arribó al pueblo, Pedro Carmona, un joven ingeniero de la Corte, que al viejo Profesor venía recomendado ;

admitido a visitas en el hidalgo hogar, halló de tal manera deslumbradora la belleza de Agueda, que se rindió ante ella ;

y, después de pocos días de cortejarla, la pidió en matrimonio ;

y, concedida que le fué su mano, tuvo lugar el enlace ;

mayor érale el marido, en algo más de diez años a la edad que ella contaba ;

pero, de tal manera garrido y decidior era éste, que ella, como otro de su edad lo tomó, y, tuvieron una luna de miel, de envidiable ventura ;

tres meses de ella llevaban, cuando un mensajero del mejor hotel del pueblo, vino un día en busca del joven ;

fuese éste, dócil al llamamiento, y, regresó mohino y, taciturno ;

desde aquel día nublóse la ventura del hogar y, la paz y la alegría huyeron rápidamente de él.

Pedro, hizo largas ausencias, que inquietaron a su esposa ;

pasábase muchas horas del día fuera de su casa, y al volver, una gran preocupación lo poseía ;

aunque muy joven, Agueda se apercibió del cambio súbito, e interrogó a su esposo ;

éste se disculpó, diciendo que eran los negocios, los que le tenían fuera, y, el fracaso de muchos de ellos, lo que ocasionaba su disgusto ;

no es posible el largo misterio en un pueblo pequeño, y, éralo menos en aquél, dado violentamente a la murmuración y al chismorreó ;

el alma piadosa no faltó, que viniera a decir a Agueda las razones de la ausencia de su esposo, y, por ende, las de su humor exasperado ;

así supo que una dama había llegado al pueblo y hospedábase en el hotel al cual Pedro Carmona había sido llamado, y, a donde desde entonces concurría diariamente ;

interrogado éste, no negó, diciendo que era una prima suya muy enferma que de paso hallábase allí ;

pero, la mentira vino al suelo, por la presencia de la dama misma en casa de Agueda, la cual acompañada de tres niños de baja edad que eran

sus hijos e hijos de Pedro Carmona, llegó a exponer sus cuitas haciéndole saber cómo ella era la querida de éste y aquéllos los frutos de ese concubinato ;

aterrada e indignada Agueda, no supo qué hacer ante la querida de su esposo, que así le demandaba piedad ;

el viejo Maestro, indignado, exigió la remisión de la querida a la capital o la expulsión del adúltero, de aquel hogar que mancillaba.

Pedro Carmona, no se lo hizo repetir dos veces ;

huyó con su querida y con sus hijos, abandonando su esposa, y, el fruto que ya llevaba en sus entrañas ;

ni ella ni su padre, persiguieron al adúltero, a quien hubieran podido enjuiciar como los letrados aconsejaban ;

tenían demasiado orgullo para eso ;

el viejo hidalgo se aisló más en sus matemáticas, como en un refugio, y Agueda en su soledad como en un claustro...

el pueblo, respetuoso ante tanto dolor, acalló sus murmuraciones ;

y, el Silencio se hizo ;

un Silencio que tomó con el tiempo las proporciones del Olvido ;...

... ..

dominada esa gran crisis sentimental de su vida, Agueda Santaella, entró definitivamente en su Reino Interior, en el dominio de su Yo Integral, aceptando su Destino con una tan altiva Resig-



nación, que tenía las apariencias de una Apoteosis de su Orgullo ;

nada quiso saber y nada inquirir de aquel que había sido su esposo, no lo amortajó, ni lo sepultó siquiera en el fondo de su corazón ; lo arrojó desnudo como el cadáver de un esclavo en las gemonías del Desprecio ;

su nombre fué proscrito de sus labios, como de los de todos aquellos que la rodeaban, en los cuales el odio al fugitivo tenía los caracteres de una pasión dominante, y, su recuerdo era algo infecto que todos arrojaban de sí...

al término reglamentario de su preñez dió a luz, un bello niño, en un alumbramiento feliz, como si la Naturaleza hubiese querido desagrararla de los otros dolores, que la Vida le causaba ;

el nacimiento de su hijo vino a dar nuevas orientaciones a su espíritu y, fijó definitivamente su Destino ;

fué ese algo extrahumano, en que la Mujer, deja de ser la Mujer y, se hace : la Madre ;

ese ser divino, que está por encima de todos los amores, y, el elogio de todas las lenguas ;

y, ella fué eso : una Madre ;

y, se puso a amar con delirio a esa entraña suya, que era su hijo ;

y, éste, un encanto de criatura, creció, peregrinando de sus brazos a los de su abuelo, porque el viejo Maestro se sintió renacer en aquella perpetuación de su sangre y, casi agradeció al intruso, que, dándole el más grande dolor de su



Vida, le había dado el más grande placer de su ancianidad ;

y el anciano y la joven fueron como dos piras de adoración, consumiéndose ante aquella estrella aparecida sobre el cielo de su vida para embellecerla y para consolarla ;

clásico infatigable, y, homerista homerizante, espíritu poco o nada religioso, no amando el perfume equívoco de las flores de santidad que llenan el calendario, escogió para su nieto un nombre aventurero y de leyenda, el más amado por él entre los nebulosos por pretéritos héroes helénicos, y le hizo imponer el de Ulises ;

el viejo Maestro se constituyó en tal, para su retoño y fué sobre sus rodillas que éste aprendió a leer y sobre ellas que hojeó los grandes libros de imágenes que abrieron ante sus ojos el horizonte asombrador de las leyendas ;

el viejo le contaba historias deslumbrantes y consejas agoreras que el niño oía embebecido ;

antes de saber muchas otras cosas, supo de las leyendas a las cuales debía su nombre, y, las aventuras de Ulises en la *Odisea*, le fueron familiares ;

y, tuvo la visión de países remotos, de viajes, de carabelas y de islas alucinantes situadas más allá de los mares visibles en los horizontes prismatizados por los esplendores de la Fábula ;

los dominios de la Historia le fueron revelados y descritos, por los labios seniles, hechos musicales al evocar las cosas antiguas, y recordar los parajes primitivos, más allá de los cuales, se es-

conden en el misterio los yacimientos vírgenes del mundo ;

todas esas nociones de cosas retrospectivas y, grandiosas, hicieron en su espíritu una como superposición de pórticos maravillosos, engrandeciéndose y sucediéndose hasta perderse en los mirajes brumosos donde principia la zona tentacular y luminosa del Ensueño ;

y, el niño se hizo ensoñador, grave y meditativo, amando con pasión la soledad y, el aislamiento ;

aprendió de su abuelo las matemáticas y el dibujo, no alcanzando a encontrar en las primeras el sentido musical que les hallaba Pascal, y, apasionándose por el segundo de tal manera, que en poco tiempo llegó a ser el primero de los discípulos con que el viejo profesor contaba...

como no había concurrido a ninguna escuela ni sufrido las promiscuidades, de los internados, se conservó puro de alma y de cuerpo, ajeno a las corrupciones prematuras que ajan la niñez y mancillan la adolescencia de muchas generaciones de educandos ;

doce años contaba cuando el primer gran dolor de su Vida vino a visitarlo ;

un ataque de apoplejía fulminante, mató a su abuelo, que murió en sus brazos, en un prado cercano al pueblo, por el cual solían pasear todas las tardes ;

le tocó presidir el duelo ; y grave y adolorado, acompañó hasta el sepulcro a aquel que había sido el primero y el único amigo de su corazón ;

quedados solos en aquella gran desolación, su madre y él, unieron aún más sus almas, y se abrazaron ante las inclemencias crecientes de la Vida, como dos náufragos en una playa desierta, ante la invasión lenta y amenazante de la Noche ;

como con la muerte del viejo profesor, los recursos pecuniarios de la casa disminuían en mucho, Agueda Santaella se puso a intensificar sus tareas de bordados, en los cuales era afamada y meritísima, y, el niño entró como dibujante, y, aprendiz de tallador, en casa de un escultor de imágenes en madera ;

se le remuneraba miserablemente, no teniendo en cuenta sus conocimientos, sino su edad, y, sufrió todas las peripecias de esa torpe explotación de la infancia, que se llama el trabajo de los niños ;

aunque se le agobiaba de labor, una labor superior a sus fuerzas, hallaba, sin embargo, tiempo para entregarse a la lectura, que era su pasión favorita, y, perfeccionándose en el dibujo, ideando modelos de estatuaria, y forjando motivos monumentales de ornamentaciones raras y caprichosas ;

y, los mostraba a su madre, que conmovida y meditativa, se inclinaba sobre ellos, encantada de su belleza, y, adivinando — como sólo adivina el corazón profético de las madres—, el *quid divinum*, que había tras de la pálida frente de su hijo, que ella besaba con amor ;

así llegó éste a la adolescencia, sano y fuerte a pesar de las apariencias de debilidad de su cuerpo delgado, y de su palidez natural, que se empurpuraba fácilmente a la menor emoción del ánimo ;



fatigado del estéril trabajo que ejercía, tan inferior a su inteligencia y a sus conocimientos, pidió y obtuvo colocación, en una gran casa de fundición de hierro, donde se hacían muchos trabajos artísticos, y era ya notable por los monumentos y decoraciones que había elaborado ;

se le admitió no sólo sin dificultad, sino con placer, porque se sabía ya mucho de él, de su talento raro y de sus más raras aptitudes para la escultura y el arte decorativo ;

además, la sombra venerable de su abuelo, cuya memoria era sagrada en el pueblo, lo protegía como una égida ;

don Abundio Solá, que era el dueño de la fundición, tenía como el más grande honor de su vida el haber sido amigo de don Juan Santaella, y, fiel a ese sentimiento, ensayó para con el nieto cuidados paternales ;

lo introdujo en su casa, en la cual nadie entraba, porque era celoso como un jaguar de su hija, huérfana de madre, y apenas de un año mayor que Ulises Carmona ;

éste y, la niña, se vieron y se amaron ;

los ojos complacientes del padre, vieron el nacimiento del idilio sin que hiciera nada para contrariarlo, porque en el fondo habría sido la realización de un sueño suyo, ver mezclarse su sangre a la de los Santaella, a quienes él, sabía de puro linaje y vieja estirpe señorial ;

no era el alma de Ulises Carmona, una alma de amor ;

si se hubiese suprimido aquel que profesaba a



su madre, y que superaba a todos, porque era una adoración, se hubiera dicho que era insensible a esa pasión ;

estaba demasiado lleno de Sí Mismo, de su Yo Espiritual, demasiado dado a escuchar despeñarse dentro de sí la catarata de sus sueños, para ser absorbido por otro amor ;

aislado, solitario, sin colindar con otra alma que no fuera la de su Madre, no vivía, otra Vida que la Vida de su espíritu, una Vida quimérica y audaz, que era como un viaje desesperado a través de todos los espejismos ;

era un inadaptado y, un inadaptable ;

el sentido de la Vida, era en él *ideal*, y, no *real* ;

los hechos y las cosas sucedidas o vividas, al reflejarse en su mundo psíquico, se desorbitaban y perdían las proporciones reales, desmesurándose y desvaneciéndose en un horizonte de visiones suprasensibles, sitas aún más allá de toda Idealidad ;

esa hiperestesia de su visión interior lo hacía naturalmente inhábil y casi ciego — como a todo espíritu superior — para la contemplación y la apreciación real, de los fenómenos ambientes, que se le aparecían enormes e insolubles y lo torturaban llenándolo de terror ;

en cambio para la visión de cosas espirituales, esa oscilación ascensional se equilibraba en las cimas de su mentalidad, en una armonía perfecta ; podría decirse que la comprensión lo pacificaba ; y su Intelectualidad, moldeando su Sensibilidad, lo serenaba ;

sufría, sí, sufría enormemente, a causa de ese estado absolutamente anímico que lo aislaba de todo, creándole una especie de intemperie moral, que lo exasperaba hasta la neurosis ;

la sed de *crear*, que es la sed inagotable de todo Genio, lo torturaba hasta la desesperación ;

pasaba noches de insomnio y de lágrimas en esta lucha tenaz por revelarse ;

a todo pedía inspiración, a la Vida y a la Muerte, para juntarlas, para fundirlas, para revelarlas y hacerlas visibles en ese algo *inmortal*, que se llama una OBRA MAESTRA ;

él, sabía que el Pasado no es la Muerte, que el Pasado es la Vida, para el Artista que tiene el deber de evocarlo, de modelarlo a su manera insuflándole su alma, haciendo de esas cenizas, el mármol o el metal imperecederos, en los cuales ha de revelar al Mundo su Sueño de Belleza, hecho palpitante y vivo en una *Obra de Arte* ;

y, sus largas manos tentaculares, se extendían en la sombra como para levantar la punta de ese sutil velo de Misterio que se llama la Vida, tras del cual presentía oculto y esculpido por él mismo, el rostro inefable de la Visión que torturaba su Vida : LA GLORIA...

así creció, así pasó las fronteras de la adolescencia, y así se preparaba a entrar en la juventud, pletórico de ensueños y de quimeras, cuando la llegada de un nuevo Director Artístico a la Fundación de don Abundio Solá, vino a cambiar bruscamente el curso de su vida ;

era éste un operario adocenado, pero de locas

pretensiones, y apto en el manejo de las intrigas, y por las de la política había llegado a tener concomitancias con el Ayuntamiento del pueblo, uno de cuyos concejales, muy amigo del dueño de la Casa Solá, le recomendó a él ;

don Abundio, como todos los *parvenus* de la riqueza, tenía la adoración de las cosas oficiales y, aquella recomendación fué para él, como una orden que se apresuró a cumplir, no sin disculparse antes con Ulises Carmona, de no darle, a causa de su joven edad, aquel puesto que de derecho le correspondía ;

el nuevo Director, que no era sino un artesano empeñado en ser tomado por un artista en el difícil Arte de la Ornamentación monumental, tropezó pronto con el mérito indiscutible de *el Santaella*, como llamaban en el pueblo al nieto del Maestro venerable, y, sintió por él la sorda envidia, que todos los mediocres profesan a las almas culminantes y superiores, y, no tardó en principiar a hostilizarlo, haciéndole sentir su autoridad, de la cual el joven reía, abrumando con el sarcasmo de sus frases, al jefe que le habían dado ;

éste, sufría de aquel orgullo insolente, pero sufría aún más de la persistencia cuasi diaria con que le hacía notar su ignorancia técnica y científica, en el arte que decía poseer ;

estas humillaciones lo exacerbaban y, declaró la más ruda hostilidad a todo lo que de su joven rival venía ;

bastaba que el diseño de un modelo fuese dado



por éste, para que aquél lo rechazase, sin alegar otro motivo ;

calcos absurdos y ornamentaciones lamentables suplieron a los severos y elegantes motivos artísticos que Ulises Carmona daba para ornar frisos y monumentos — sin que el dueño de la Fundición, lego en asuntos de Arte, se apercibiera de la decadencia estética que empezaba a deshonorar su producción ;

este antagonismo llegó al colmo, cuando se encargó a la Casa Solá, la construcción del Monumento, que al Poeta Ugo León, iban a erigir sus admiradores, en la gran ciudad vecina ;

los dos bocetos ideados y presentados por Ulises Carmona, verdaderos modelos de sabia elegancia de líneas, y sobria ornamentación, habrían sin duda triunfado en el concurso, si el Director no hubiese optado por la vil táctica de ocultarlos, no presentando a la Comisión Organizadora de la Apoteosis, sino un burdo dibujo suyo, copia cínica y malaventurada del busto de Alfred de Musset, erecto en la *Place de la Comédie Française*, el cual hubo de ser aceptado a falta de otro mejor ;

la alevosa mixtificación levantó un gran rumor de protesta entre los operarios de la Fundición, conscientes de la clamorosa Injusticia y ocasionó una escena de violencia inenarrable entre Ulises Carmona y el detentor de sus dibujos, escena que terminó por la brusca retirada de aquél, que abandonó la Casa Solá, para no volver a entrar a ella jamás ;

y, se refugió en el silencio de su casa, en la



soledad de su casa, feliz de no ver y de no tratar a nadie, entregándose al estudio y a la práctica del Arte, con una pasión de cenobita ;

el asunto de los bocetos para el monumento de Ugo León, que había apasionado a los operarios de la Fundición, y a los del pueblo todo, trascendió a la ciudad vecina, en la cual los periódicos hablaron y, la Comisión gestora, apercebida del truco audaz de que había sido víctima, retiró a la Casa Solá el pedido que le había hecho, sin que ésta nada pudiese reclamar, porque el contrato aún no había sido formalizado ;

todo esto, dió al nombre de Ulises Carmona, cierta resonancia, que llegó hasta los diarios de la Capital.

Pedro Carmona, que por éstos supo de las aptitudes artísticas de su hijo, se sintió entonces padre, y como era arquitecto y contratista de Obras Públicas, pensó que podría explotar esas aptitudes, para el decorado y ornamentación de ciertos edificios cuyos contratos de construcción tenía ya en ciernes ;

y, escribió a su hijo, ofreciéndosele para costear el fin de su educación, inscribiéndolo en la Escuela de Bellas Artes de la Capital, e instándolo a venir a ella, donde nada habría de faltarle.

Ulises Carmona, sintió un sordo rencor al recibir de aquella carta ;

él, profesaba a su padre un odio ciego, basado en el largo calvario de abandono que había sufrido su Madre ;

y, resolvió no contestar siquiera la carta ;

pero, entonces, fué Agueda Santaella, quien vino a su hijo, con el corazón en la mano, ofreciéndoselo como una flor, ese corazón de sacrificio que es el corazón de una Madre, y lo instó a que reflexionara, a que mirara el porvenir, a que perdonara...

¿qué sería de él, ahora, sin colocación, sin trabajo, sin recursos, con el desconocimiento, el abandono y la miseria en perspectiva?

¿qué iba a ser de su talento, murado en aquel pueblo hostil, donde la gente empezaba ya a sospecharlo de díscolo y de vago?...

¿qué sería de su porvenir?

¿qué sería de su *Gloria*?

esta palabra, dicha por los labios suaves de su Madre, tuvo a sus oídos una repercusión extraña de canto guerrero, fué una como consigna de Inmortalidad, y le pareció que todas las trompetas de la Victoria, sonaban a lo lejos, en un clamor de Apoteosis ;

y, se abrazó a su Madre sollozando, y diciendo muy paso :

—La *Gloria*... la *Gloria*... la *Gloria*...

... ..

la lucha fué corta, pero violenta en su espíritu... siempre bajo el dominio cariñoso de su Madre, que todo lo perdonaba por salvarlo, escribió a su padre aceptando ;

y, se preparó a partir ;

y, esperaba la carta que debía marcarle la fecha de aquel rompimiento de su corazón ;

a su novia, acababa de anunciarle la probabilidad de su viaje ;

su seguridad no ;

¿para qué?

su incomprensión era una muralla alzada ante su cariño ;

pensando en eso, regresaba a su casa, con el grupo de obreros amigos a los cuales acababa de unirse...

su Madre lo esperaba ;

inmóvil y augusta en las beatitudes del crepúsculo que la circuían como una aureola ;

cuando el hijo traspuso la puerta del pequeño jardín que separaba la casa del camino, la Madre se puso de pie y vino a su encuentro...

y, se abrazaron sobre el último peldaño de la escalera a la cual el corredor servía de vestíbulo...

y, un silencio de angustia los poseyó...

los oprimía como la piedra de un sepulcro puesta sobre sus corazones...

al fin, la Madre, más valerosa — como todas las madres siempre que de sacrificarse por sus hijos se trata — dijo con una voz triste, que quería ser tranquila :

—Ya vino la carta.

—¿Ya? — murmuró él, como si hubiese visto el mundo todo, hundirse ante sus ojos...

nada más se dijeron...

y, entraron a la casa, que a esa hora tenía la quietud siniestra de una tumba...

\*  
\* \*

Ulises Carmona, había dejado su hogar, en el amanecer de un día muy triste, en que los cielos y el mar parecían unirse en un lento consorcio de sombras y de clamores...

casi hasta clarear el alba había llorado y sollozado en brazos de su Madre, los cuales había abandonado para partir ;

solo, había ido a la Estación, y solo, había tomado el tren que debía conducirlo a la ciudad vecina, en la cual debía tomar el gran *Express* que lo llevara a la Capital ;

de aquel pueblo que se hundía en la bruma y, las chimeneas de cuyas fábricas se alzaban al cielo en un gesto hostil de brazos agresivos, no sentía sino su Madre ;

era todo su corazón que quedaba allí prisionero de aquellos brazos que el Dolor parecía romper al estrecharlo, era su alma que había quedado allí pendiente de aquellos labios que el llanto había hecho amargos al besarlo, como si fuesen una pla-



ya salitrosa y, los cuales habían tenido la expresión dolorosa de una herida que se desgarraba, cuando se habían abierto para decirle : Adiós...

y, pensando en eso lloraba...

y, la gente que lo veía llorar, sabía por qué lloraba ;

y, no ensayaban consolarlo...

eran en su mayoría pescadores y mercaderes de otras clases, que venían a la ciudad a traer sus mercancías ;

una mujer que le estaba cercana, dijo con una angustia suprema :

— ¡ Pobre doña Agueda ! — y, en aquella exclamación pareció como si vertiese toda su alma ;

él, la miró y, a través de sus lágrimas, le pareció bella, como las palabras de piedad que habían dicho sus labios ;

la reconoció ;

era la Madre de un Obrero amigo suyo, el cual hacía poco había partido para hacer su servicio militar ;

y, comprendió que aquella mujer había hablado por los labios de su herida ;

y, pensando en la de su Madre, lloró aún más violentamente, ocultando su rostro entre las manos para que no lo viesen llorar y ahogando sus sollozos, para que otros no lo oyeran sollozar...

la noche que pasó en el *Express*, fué desesperante, como una pesadilla, y, cuando entre los esplendores de la mañana vió el panorama de la Capital alzarse ante sus ojos, apenas si pudo con-

templarlo, porque los cegaban aún el velo de las lágrimas ;

su padre lo esperaba en el andén de la Estación, y, como no lo conocía, lo llamó por su nombre ;

cuando fué hacia él, lo abrazó y lo besó...

le devolvió penosamente el beso, porque le parecía una traición a su Madre, besar a aquel que había sido el Verdugo de su Vida, con los mismos labios que acababan de ser ungidos por el aroma de los suyos ;

y, vió que su padre era un hombre alto, obeso, al cual la obesidad quitaba toda elegancia, tenía las facciones abotargadas de un viejo *noceur*, teñidos el bigote y los cabellos, éstos ya muy escasos, los ojos picarescos, y, en todo él se notaba esa tendencia a luchar contra la vejez, que es la última y conmovedora actitud de los hombres y las mujeres que han hecho del Amor, el objeto primordial de su vida ;

éste, encontró a su hijo, fuerte y, bello, muy distinguido ; distinción de aire y de maneras que le venía sin duda de la raza afinada y toda espiritual de los Santaellas, y sólo encontró manera de decir alguna frase cariñosamente equívoca sobre la palidez del joven, que juzgando por sí mismo, atribuía sin duda, a excesos a los cuales Ulises Carmona era absolutamente ajeno, y, bromeó cautamente, sobre la longitud de la melena, que calificó de decadente, vocablo muy en boga entonces entre los acerebrados de la Corte, para burlar o deprimir a los hombres de talento, que la tenían de moda ;

el joven no puso mientes en las palabras de su padre absorbido como estaba por su dolor, en esa hora que él creía de absoluta orfandad, y, se conformó con sonreír, ausente como estaba su espíritu en la contemplación de los parajes lejanos en cuyo fondo ocre y azul de olas y de playas, la imagen de su Madre, se alzaba como en el oro mórbido de las iluminaciones de un Misal.

Pedro Carmona, ocupaba un bello apartamento, en uno de los barrios nuevos de la ciudad donde las casas modernas se erigían llenas del más refinado *confort*;

podía hacerlo, porque era uno de los arquitectos más reputados de la Corte, y, empresario afortunado de grandes contratos de Obras Públicas, que eran grandes prebendas oficiales;

la habitación preparada para Ulises, era pequeña pero elegante y llena de aire y de luz:

—Aquí podrás leer y estudiar a tus anchas, que para trabajar están la Academia, y la Escuela de Bellas Artes, donde tendrás bellos modelos a granel;—y, guiñó un ojo en un gesto de malicia, al cual el joven permaneció indiferente;

y, luego le presentó a la Señora, encargada del manejo de la casa;

era ésta, una mujer ya rayana sin duda en los cuarenta años, aunque muy disimulados por un sabio *maquillaje*, y una elegancia refinada en la *toilette*;

era ópima de formas; de un caderamen monumental, apenas domado, como los senos enormes por los rigores estilizados del corsé;



debía haber sido soberanamente bella, y lo era aún, con sus ojos bovinos dilatados por la atropina, y, engrandecidos por un cerco trazado al esfumino ;

tenía la boca grande y sensual, y, la cabellera rubia, teñida al *Henne* ; unas manos primorosas, y brazos esculturales ;

sólo la voz no era bella ;

era una voz agria, ronca, como la de los ebrios, que piden una limosna, tambaleándose insolentes en el fondo de un *carrefour* ;

a la naturaleza tan delicadamente estética de Ulises Carmona, a la cual la disonancia de los colores y de los sonidos lo lastimaban hasta el dolor, aquella voz gutural y como avinada, le fué insupportable, y hubiera querido taparse los oídos para no escucharla ;

sin embargo, ella continuaba en decir, fingiendo una desilusión, y como si esperase un niño, sobre el cual soñaba ejercer funciones maternas :

—Pero, si es un hombre...

Y, lo detallaba con una mirada golosa, hallando sin duda muy bello aquel mancebo sobre cuya belleza delicada, el reciente dolor arrojaba un leve manto de tristeza, que era como un nuevo encanto ;

grave y pensativo, con la boca amargamente plegada, como rebelde a dejar evaporar el encanto de los lejanos besos recibidos, o cual si temiese perder el perfume de ellos, Ulises, agradeció tantas amabilidades, y, fué feliz cuando quedó solo



y, pudo entregarse al dolor consciente y amable de rememorar ;

y, el panorama de su vida toda, se alzó ante él, como en un miraje turbador y profundo, un miraje de lagunas dormidas bajo la noche y en cuyo azul mordorado de estrellas, nínfeos, muy blancos, se adormecían bajo la caricia de una luna muy lejana...

y, el rostro de su madre dominaba el fondo de esos recuerdos con el divino prestigio de su belleza insuperable ;

y, un acceso de ternura retrospectiva lo poseyó de nuevo, tan fuerte, que rompió a llorar como un niño, y, extrajo de su cartera el retrato de su Madre, y lo cubrió de besos, lo puso sobre la mesa y se postró ante él, y cruzó las manos ;

y, lo adoró...

y, le pareció que aquel rostro amado, se alzaba coronado de aureolas como un sol, y, llenaba de claridades infinitas, el seno tenebroso de su Soledad.

\*

\* \*

La vida en la Capital, fué para Ulises Carmona, calmada y grave, como una bahía silenciosa, sobre la cual el tumulto de las olas no lanza su turbado clamor de maretazos ;

no renunció a su tristeza, la tristeza de la ausencia materna, y antes bien la cultivó como una flor cuyo perfume reminiscente, embalsamaba suavemente su corazón ;

diariamente escribía a su Madre una larga carta, rosal de confidencias, en la cual, cantaba su alma, como un pájaro batiendo las alas ante el resplandor de una estrella lejana...

en esas cartas vertía toda su alma, y en las de su Madre — que tenían para él, la seducción extraña de una melodía — agotaba la fuerza y la ternura que emanaban de los consejos maternos, como de una fuente incontaminada, en cuya serena belleza se retratará el áureo follaje de los laureles inmortales, y, cuyo lejano murmurio le decía palabras de *Gloria*, de la *Gloria*, que era su

sueño, de la *Gloria*, que había venido a buscar a esa ciudad lejana, lejos de aquello que amaba más que la *Gloria* misma : los besos de su Madre ;

su padre era para él, cariñoso sin ternuras, casi podría decirse que no era sino amablemente atento como quien cumple un deber o cultiva un designio largamente meditado ;

él, no amaba a su padre, no podía amarlo ; largos años de abandono los separaban como una marisma inclemente ; y la sombra de su Madre se alzaba entre los dos como la imagen de una diosa ultrajada, pidiendo cuenta de su profanación ;

el Ídolo los separaba ;

además, él, había descubierto algo que no podía ser un secreto para nadie, y que lo lastimaba en su dignidad ;

la mujer que allí vivía, la señorita Silvia, como ella se hacía llamar, era la querida de su padre ;

si en los primeros días habían guardado cierta reserva, cierto decoro, que los más elementales deberes de educación les imponían, prescindieron bien pronto de ellos, arrojaron la máscara y, fueron atrevidos hasta el descaro ;

se abrazaban y se besaban en todas partes y a propósito de todo ;

sus conversaciones en la mesa, eran de una libertad rayana en el libertinaje ;

ningún velo de pudor cubría la licencia desenfundada de los gestos y de las palabras ;

la obscenidad de las conversaciones de su padre era revoltante, y la de su compañera no le iba en zaga ;

y, porque él guardaba silencio ante la inmundicia de ciertas frases, de las cuales no comprendía el sentido, reían de él ;

y, porque enrojecía ante ciertos tocamientos cuyo impudor lo indignaba, su padre lo cubría de menudos sarcasmos, en los cuales ponía en duda su virilidad ;

la señorita Silvia, que era una vieja cocota francesa, hecha querida de Pedro Carmona, en uno de los viajes de éste a París, extremaba la befa tratándolo como un niño ;

lo llamaba : *le petit* ; y, no le dirigía nunca la palabra sino diciéndole : *mon cher enfant* ;

lo cual no impedía que en la intimidad de la casa extremara sus *déshabillés*, hasta las más atrevidas desnudeces por el solo placer de verlo enrojecer, entre las carcajadas de Pedro Carmona, que había tomado como un *sport* doméstico, esto de burlarse del pudor de su hijo ;

éste no se indignaba tanto ante los sarcasmos, como ante la vergüenza de verse obligado a sentarse a la mesa, y a convivir con la querida de su padre ;

eso le parecía una profanación a su Madre, a la Ausente, a la Santa, que era toda la Adoración de su Alma ;

y, se vengaba con la acritud despreciativa de sus palabras y la acerbidad terrible de sus frases ;

la hora de las comidas llegó a hacerse un campo de duelo verbal entre él y su padre ;

éste, de una vulgaridad desbordante, no tenía la agilidad de espíritu ni de lenguaje, que eran



habituales a su hijo y, degeneraba pronto en la diatriba, mientras éste se mantenía en las regiones del sarcasmo, ligero y zumbón, como un tábano picando el testuz de un toro enfurecido.

Pedro Carmona, audaz, como todos los ignorantes, solía opinar, y sentenciar, *ex cátedra*, en asuntos de Arte, tratando de imponer su criterio a su hijo, que en eso, como en todas las cosas mentales y culturales, le era muy superior ;

y, éste, no se recataba para hacerle sentir esa superioridad :

—Tú no eres un Artista, eres un Artesano, no ejerces un Arte, sino un oficio... — le había dicho un día que discutían, sobre el diseño de un Cenotafio que el Municipio de la Ciudad pensaba erigir en honor de un Concejal difunto, que no había tenido otro que ser un Héroe del Peculado, muerto al pie de las arcas públicas, que habían sido el campo de todas sus victorias, y cuyo monumento Pedro Carmona pensaba contratar :

—Yo soy un Arquitecto de Obras públicas — había dicho éste, inflado de orgullo.

—Un albañil con levita — le había dicho su hijo, desdeñosamente ;

la señorita Silvia, solía terciar en esos diálogos, para mitigar su acritud, siempre que no fueran, en la comida de la noche, y, finida ésta, porque a esa hora el vino había hecho ya estragos en la vieja cocota, y no se sentía ya ésta con ánimos de mediadora ;

de todas estas tristezas nada contaba él, en sus cartas, a su madre, porque la sola idea de hacerle

verter una lágrima le habría hecho la vida intolerable ;

al contrario, contábale cosas agradables de sus estudios, de sus amigos en la Escuela de Bellas Artes, los cuales empezaban ya a estimarlo mucho ; de sus trabajos en la Academia, cuyo Director, un gran Artista ya consagrado por la Gloria, había sido discípulo de don Pablo Santaella, cuando éste ejercía su profesorado en la Corte, antes de que lo asaltara la romántica pasión, que, truncando su carrera, había de llevarlo al lejano pueblo donde se confinó, entre el respeto de los unos y el olvido de los otros, y había tomado grande afición al nieto en el cual veía con el alma maravillosamente romántica del abuelo, surgir una chispa de genio, llamado tal vez a grandes resonancias ;

decíale también en esas confidencias cotidianas muchas cosas de su Vida Interior, incorruptible e inaccesible, como un despertar de aurora ;

no nombraba nunca a su padre, como si un tático acuerdo hubiese condenado al exilio el nombre de aquel que ninguno de los dos amaba.

Pedro Carmona no hizo nada por conquistar aquel corazón que el amor de la Gran Abandonada, llenaba con el fervor y la violencia de un culto, y no amaba tampoco a aquel en el cual adivinaba una despreciativa hostilidad, que tenía toda la magnitud de un perenne Reproche ;

ante las rehusas repetidas del joven de prostituir su talento en ornamentaciones banales, para edificios de un gusto deplorable que él levantaba,

tuvo el pesar de haberle traído, y, se arrepintió de ello ;

lo hubiera enviado de nuevo al pueblo, arrojándolo de su casa, como había arrojado a los hijos de su antigua querida, después de la muerte de ésta, si no hubiese temido acarrear comentarios desfavorables a sus negocios, por algunos de sus amigos, y muchos artistas que veían ya en el talento innegable de Ulises Carmona, el germen de una futura gloria nacional ;

y, lo toleraba, no pudiendo amarlo ;

y, hacía ese sacrificio a su Vanidad, ya que era incapaz de alzarse hasta el Orgullo.

\*  
\* \*

Noche de Primavera ;  
azul difuso el cielo violetizante, parecía bajo el  
blanco fulgor de las estrellas, un enorme tapiz  
seminado de lirios ;

impoluta la luna en creciente, como una flor de  
cera aparecía ;

y, era como el rictus de una boca en silencio  
sobre la faz taciturna de la Noche ;

la ciudad arcaica y feudal parecía dormirse so-  
bre las cenizas de su antiguo poderío ;

la urbanización reciente, modernizándola, des-  
virtuaba su grandeza, esa grandeza histórica que  
se perdía en un miraje de siglos ;

guerrera y monacal, había creído inmortalizar  
sus conquistas y su fe, perpetuándolas en pala-  
cios y templos, que nuevas construcciones de un  
atrevimiento exótico habían reducido a propor-  
ciones humillantes, sin otro prestigio que el de su  
pasado histórico ;

en la calma opiacente de esa noche, la ciudad  
vetusta y heroica, dormía a la sombra de sus nue-  
vos palacios, que eran como una insolente flora-  
ción de mármoles.



Ulises Carmona había vagado a la aventura, por las calles llenas de luz y las plazas tumultuosas, y, regresó a su casa conquistado por el encanto de los serenos cielos, apaciguado su ánimo por el letárgico silencio de los barrios aristocráticos y solitarios, que le había tocado atravesar para ganar su hogar ;

y, entró a él, con una muelle fatiga física, que le venía más que de su largo ejercicio a pie, de su estado moral, peligrosamente turbado de emociones ;

al entrar, vió que, a pesar de la hora tarda, había luz en el comedor, y, oyó la voz gutural y repugnante de la señorita Silvia, que disputaba, sin duda, con alguien del servicio ;

con el deseo de pasar desapercibido, anduvo de puntas de pies, y, entró a su aposento, cerrando suavemente la puerta, mas sin dar vuelta a la llave ;

se despojó de sus ropas de calle, vistióse aquellas de dormir, y se disponía a entrar en el lecho, cuando la señorita Silvia, abriendo bruscamente la puerta, entró en la habitación ;

cubríala apenas en parte, un peinador de encajes, de tal manera transparente, que más servía para mostrar que para ocultar sus carnes ; carente de mangas, dejaba ver hasta las axilas, donde cabrilleaban rizos locos ; traía las piernas y los pies desnudos, prisioneros estos últimos, en unas babuchas rojas, que se dirían dos ababoles en flor ; desgreñados los cabellos, como en una cabeza de Medusa ; los ojos turbios e insolentes ; la lengua

torpe y el andar incierto ; ignominiosamente ebria ; como todas las noches ; y, aquella más que las otras ;

fué hacia él, tambaleante, la mirada lúbrica, el aire todo de un cinismo repugnante, y le dijo con su frase sacramental :

—Mi querido niño ; ¿estás enfermo? he visto luz y he venido ; ¿por qué en pie ya tan tarde?

Y así diciendo, se le acercó más, le acarició la cabeza rozándole las mejillas con los senos descubiertos ;

el joven se puso en pie ;

entonces ella lo abrazó con los brazos desnudos, lo atrajo contra el seno y el cuerpo, ya desnudos también, y lo besó en los labios, sin que él pudiera defenderse ;

le decía frases ignominiosas de lascivia haciéndole el ofrecimiento de su belleza fatal ;

el joven, indignado, la rechazó tan brutalmente, que ella cayó de espaldas en el suelo, mostrando todas las ignominias de su cuerpo ;

él, azorado, volvió el rostro, apartando los ojos del innoble espectáculo ;

y, cuando después, volvió a mirarla, la ebria, ya puesta en pie, venía sobre él amenazante, con los puños airados y diciéndole improperios ;

tuvo que tomarla fuertemente por las muñecas, reduciéndola a la impotencia ;

entonces, se dió a gritar desafortadamente, en demanda de auxilio...

y, cuando las sirvientas vinieron, escapó, diciendo que el joven había querido violarla, y, ro-

barle los pendientes de brillantes que ornaban sus orejas.

Ulises Carmona, quedó de pie, en el centro de su aposento, desconcertado, indignado y, oyó el ruido de las vajillas al romperse, en el comedor cercano; y los gritos de la señorita Silvia, que, presa de un acceso de furor alcohólico, rompía todo lo que estaba al alcance de sus manos;

entonces, empezó serenamente a vestirse, con el mismo traje con que había llegado a la Capital, dejando colgados al ropero; los dos nuevos, que su padre le había hecho hacer en casa de un sastre afamado;

guardó en una pequeña maleta, sus ropas interiores, sus papeles, sus libros, sus dibujos, ya que todos sus esbozos en yeso los tenía en la Academia;

guardó las cartas y, el retrato de su Madre en el bolsillo, al lado de su cartera;

y, esperó...

el ruido cesó poco a poco en la casa, y, sólo se escuchaban a intervalos, los sollozos de la señorita Silvia, que lloraba, o fingía llorar;

su padre no tardó en llegar;

lo sintió cerrar por dentro la puerta, atravesar cautamente el pasillo, y, entrar al cuarto de su querida;

los oyó hablar, y disputar largo rato;

y, luego, sintió los pasos de su padre, que venía;

rojo de cólera, trémulo de rabia, el rostro descompuesto, y en ademán airado, Pedro Carmona



abrió la puerta del aposento de su hijo y entró en él ;

éste se puso en pie :

—¡ Miserable !—rugió el padre— ; ¿ es así como respetas mi hogar, y, pagas mi hospitalidad, tratando de violar a la santa y noble mujer que me acompaña, maltratándola porque no se presta a tus designios?... ¡ Cobarde !

Y, diciendo así, se abalanzó hacia él, con el puño levantado :

—Ten cuidado — dijo el hijo, retrocediendo, para evitar el golpe...

y, miró con tal fiereza a su padre, que éste se detuvo, bajó el brazo, y, quedó inmóvil, como esperando que su hijo hablara ;

éste hubiera podido defenderse, decir la verdad, acusar a la querida de su padre, pero, halló que delatar a una mujer, cualquiera que ella sea, es siempre una vileza ; él, no lo haría ;

y, guardó silencio :

—Vete — gritó Pedro Carmona, señalando a su hijo la puerta de la casa—, vete de este hogar hospitalario, que has querido deshonar ; vuelve a casa de tu madre :

—No la nombres, no la nombres — gritó Ulises, saltando sobre su padre, con los brazos levantados, y, la ira de una tigresa a la cual le tocan el cachorro...

Pedro Carmona retrocedió asustado ;

y, ya en las sombras del corredor, dijo a su hijo con voz insegura :

—Vete...



Este, quiso coger su maleta, que había puesto sobre el lecho :

—No te la lleves ; es necesario que yo la vea antes, para ver si te llevas algo, así como has querido robar sus pendientes a la señorita Silvia...

—Mientes — gritó el joven, dejando la maleta en su puesto ;

y, se alejó, porque una nube roja le cegaba los ojos, y sintió que iba a estrangular a su padre ;

se puso el abrigo y el sombrero, que había dejado colgados al ropero del recibidor ;

y, salió...

ya en la calle, tuvo unas ganas enormes de llorar ;

la cólera impotente le hacía un nudo en la garganta, y quería gritar ;

anduvo como un somnábulo ;

¿a dónde ir?

hubiera querido refugiarse en un café, para pasar el resto de la noche ;

pero no tenía dinero ;

se encaminó hacia una de las grandes avenidas, que llevaban a los jardines públicos ;

allí, se sentó en un banco, al cual el follaje de los grandes árboles hacía techumbre...

de los jardines cercanos, se escapaba el perfume penetrante de los magnoleros en flor ;

gentes del hampa, circulaban por entre los senderos, en actitudes equívocas...

todo eso se fué borrando poco a poco ante sus ojos, como envolviéndose en una niebla opalescente ;

y, se quedó dormido...

... ..  
 ... ..

clareaba el alba, una alba hecha toda de azules pálidos y oros delicuescentes, cuando despertó bajo la presión de una mano brutal que se posaba sobre su hombro, y, oyó una voz imperativa que le decía :

—¡ Vamos ! ¡ vamos !...

Abrió los ojos ;

dos hombres se inclinaban sobre él, asiéndole por los brazos y sujetándolo fuertemente ;

eran dos agentes de policía ;

no hizo resistencia ;

se dejó atar y se dejó llevar ;

¿ a dónde ?

los escasos transeuntes que circulaban a esa hora, lo miraban compadecidos de su juventud ;

bien pronto llegaron al cuartelillo de la Delegación ;

lo empujaron en un calabozo, y, cerraron la puerta ;

dos ebrios dormían cerca de él, y, un pilluelo zarrapastroso lo miraba con asombro ;

intentó recordar...

toda su Vida se alzó ante él, tan desolada y triste, que tuvo el deseo de llorar...

se contuvo, porque los ojos del niño lo miraban ;

y, vió con horror esta hora miserable, que manchaba su juventud inmaculada con aquellas promiscuidades degradantes...

¿ por qué estaba allí ?

sentía necesidad del aire y de la luz, como de una purificación...

¿a quién pedirlo?

el único ser que lo amaba estaba lejos, tal vez a esta hora abría los ojos en su lecho, sin pensar que su hijo estaba en prisión...

y, el horrible vocablo se alzó ante él, convertido en esa cosa real, que ahora lo devoraba ;

transcurridas largas horas de esa angustia innarrable, la puerta del calabozo se abrió ;

y, fué llevado a fuera con los dos ebrios, que apenas podían tenerse en pie, y, el niño vagabundo, que se acercaba a él, como pidiéndole protección ;

lo llevaron ante un juez ;

entre las gentes miserables o siniestras que llenaban el pretorio, él, llamó la atención, por su aire distinguido, por algo raro, que emanaba de toda su persona, como un efluvio espiritual ;

el juez que lo interrogó, hábil en el conocimiento de las almas, adivinó la inocencia tras esa mirada límpida, que semejaba un cielo sobre el cual no apareciera ni la sombra de una nube ;

y, cuando interrogándolo, llegó a decirle :

—¿Y por qué tomó usted los mil francos, y la cartera de su padre, que le fueron encontrados?

—¿Yo? — dijo él, con tal acento de extrañeza que conmovió a todos.

—Sí ; usted...

—Yo los hallé en el bolsillo de su abrigo — dijo el policía incivil, que lo había cacheado antes de despertarlo en el banco del Paseo...

—¿Yo? ¿yo? — repetía él, y miraba como hebetado el fajo de billetes, que en una cartera estaba sobre la mesa del juez...

—Sí, tú — oyó que le gritaba su padre desde la barra de los testigos, y lo oyó repetir la historia de la tentativa de violación y, el pretendido robo de los pendientes...

entonces, habló, y habló como acusador, no como acusado ;

contó del abandono de su Madre y de su infancia dolorosa ; de sus sueños de Arte, de la llamada de su padre, y relató la escena de embriaguez y lujuria que había ocasionado su expulsión de la casa paterna ;

y, lo dijo con tal acento de sinceridad y de elocuencia, que el juez mismo, viéndolo llorar, le dijo :

—No llores así, hijo mío, que tu padre te perdonará ;

y, volviéndose a Pedro Carmona, que, avergonzado y colérico ante aquellas revelaciones empezaba a arrepentirse de haber denunciado a su hijo, el Magistrado le insinuó, con algo de desprecio en la voz, que, según el Código, un padre, no podía ser aceptado como acusador de su hijo, y, que, aun aceptando la culpabilidad de éste, no podía ser puesto en prisión, sino entregado a su padre, para que lo pusiese en una casa de corrección hasta su mayor edad, visto que aun era menor de ella ;

un largo rumor y un revuelo entre las gentes de la barra interrumpieron las palabras del Ma-



gistrado, que volvió a mirar hacia el público con el ceño fruncido, el rostro autoritario ;

dos mujeres, con sendas cestas en los brazos, pugnaban por abrirse paso ;

menuda, tímida, casi una niña, era la una ;

alta, gruesa y de ademanes resueltos, aquella que la seguía, diciéndole :

—Anda, anda y, declara ; di la Verdad...

y, la pequeña avanzó casi hasta el juez, que le dijo :

—¿Qué quieres ?

—Declarar, señor ; decir que este señorito no ha robado la cartera con los billetes ; que yo se la puse en el bolsillo del abrigo por orden de la señorita Silvia, que me dijo que eran de él.

—Sí, señor, y, como estaba borracha — dijo la otra — acusó al pobre niño de las porquerías que ella quería hacer con él...

—Basta, basta — dijo el juez, bastante enterado ya del asunto, y deseando cortar el escándalo.

—Yo, retiro la acusación — dijo mohino Pedro Carmona, que casi sudaba sangre.

—No hay necesidad — dijo el juez—, este joven queda en libertad — y, volviéndose hacia Ulises Carmona, le dijo con ternura—. Vaya usted con Dios...

e hizo seña con la mano a Pedro Carmona, para que se retirara también ;

las gentes abrieron paso al padre y al hijo ;

ya en la puerta del Juzgado, Pedro Carmona dijo a su hijo :

—Tú no querrás ir a casa ; toma ese dinero para buscarte alojamiento — y le extendió la cartera acusadora, repleta de billetes.

Ulises Carmona, la tomó con mano trémula, la agitó en el aire, como la piedra de una honda, y la lanzó al rostro de su padre, con tal fuerza, que éste vaciló del golpe, y, se llevó la mano a uno de los ojos, creyendo que se lo había saltado ;

después recogió la cartera sin ensayar nada contra su hijo ;

y, los dos hombres partieron en diversas direcciones.

Ulises Carmona llegó a la Academia, cuando era ya pasado el mediodía ;

sintió que la cabeza le giraba ;

vacilaba sobre sus piernas ;

estaba en ayunas ;

no tenía siquiera un céntimo en el bolsillo ;

haciendo un esfuerzo para subir la escalera, llegó hasta el pequeño gabinete donde modelaba ;

con la intención de trabajar, descubrió el busto de su Madre : *la Abnegación*, en el cual trabajaba con tanto amor, y, ensayó a dar principio a su tarea ;

le faltaron las fuerzas ;

y, rodó desplomado al suelo ;

sus condiscípulos vinieron en su ayuda ;

y, ensayaron reanimarlo ;

los últimos llegados, habían traído los rumores de lo acaecido en el Juzgado y, la actitud del joven artista despertaba entre ellos enormes simpatías ;

le aplicaron cordiales ;

el Director, que llegó en aquellos momentos, y, se informó de todo, acudió con solicitud conmovedora a su joven discípulo, le hizo dar reconfortantes, y, lo llevó a su casa, en su propio coche, y, lo sentó a su mesa, presentándolo a su familia ;

terminada la comida, le dijo paternalmente :

—Hay en el piso último del edificio de la Academia, unas pequeñas habitaciones, cuasi buhardillas, que antes ocupaban artistas pensionados, y, ahora están vacías, puede usted ocupar una de ellas ; hay vacante una plaza de celador, que tiene un sueldo exiguo, yo se lo ofrezco ; usted no tiene otro deber que dormir allí, en la noche.

Ulises Carmona aceptó agradecido ;

ocupó la buhardilla, que amuebló con una cama y un lavabo que la familia del Director le envió ; subió a ella el busto de su Madre, y los otros esbozos de obras suyas, y, se instaló allí, libre y feliz, en pleno dominio de su Arte, que era su Vida ;

cuando envió por su maleta a casa de su padre, le enviaron los trajes, las botas y los sombreros nuevos, que éste le había comprado ;

los devolvió inmediatamente ;

y, no conservó sino lo suyo ;

aquello que había traído de su pueblo y, que le parecía tener uno como prestigio sagrado, y, algo como el lejano perfume de las manos de su Madre.

\*

\* \*

La vida de Ulises Carmona, después de la ruptura violenta con su padre, fué como la vida de un cenobita laico, locamente enamorado del Arte y del Ideal ;

se enclaustró en la Academia, e hizo de su buhardilla una celda para el estudio, la meditación y el aislamiento ;

fué austero, más allá de toda austeridad, y duro consigo mismo, como conviene a esos grandes domadores del Yo, que son los únicos verdaderos vencedores de la Vida ;

se impuso una disciplina férrea que modeló su espíritu en los troqueles de los grandes caracteres, tan raros y tan preciosos, en la época corrompida y voluptuosa en que le había tocado vivir ;

la gran ciudad no lo contaminó con su aliento, no lo contagió de sus vicios, no devoró su genio en flor, como había devorado el de tantos otros, ahogados en el tembloroso lodazal de la bohemia, seducidos por el miraje tornasol de sus miasmas en fermento ;



no tuvo más amor que el de su Madre, porque el de su novia había naufragado, en el inseguro mar de la Calumnia cuando sus olas amenazaron devorarlo ;

el día que su padre lo llevó al Juzgado, acusándolo de robo, los diarios hablaron de eso ;

y, por ellos la noticia fué a la aldea lejana, rencorosa y, cruel ;

los ojos fatigados y ya casi ciegos de Agueda Santaella, no pudieron, a causa de la sombra creciente en sus pupilas, leer la deshonra de su hijo ;

esa angustia le fué ahorrada por su infortunio ;

pero los diarios fueron leídos por Ábundio Solá, a quien el encargado de la Fábrica se encargó de mostrarlos con largos comentarios sobre el hecho delictuoso ;

y, el padre, fingiendo una indignación que no sentía, los hizo leer a su hija ordenándole cesar toda correspondencia epistolar con un hombre que así se había deshonrado, y haciéndole escribir el mismo día para pedirle la inmediata devolución de todas sus cartas ;

la joven obedeció.

Ulises Carmona, en quien el orgullo herido mató definitivamente ese débil germen de pasión parasitaria, se apresuró a la devolución, sin una sola letra remisoria o explicativa ;

y, las cartas llegaron al pueblo con los periódicos que volvían el honor al joven, explicando el incidente, en términos terriblemente condenatorios para el miserable delator.

Abundio Solá, escribió a Ulises Carmona, ex-

cusándose de su ligereza, e hizo que su hija hiciera otro tanto ;

ambos recibieron el Silencio por única respuesta ; cesando en esa correspondencia, Ulises Carmo-  
na, no expulsó ningún gran amor de su corazón ; no hizo sino cesar en una habitud sentimental en la cual ponía bien poca cosa de su alma ;

y, libre y solo, se entregó con más pasión que nunca a sus estudios y a sus trabajos ;

se inclinó sobre los libros, especialmente sobre aquellos que venían de la remota antigüedad, con una pasión de explorador, cual si fuesen grandes ríos de saber, venidos de las cabeceras primitivas del Arte y de la Historia, y, se dispuso a agotarlos, feliz de ver retratarse su imagen juvenil sobre el turbio caudal de aquellas linfas provectas ;

la antigüedad le fué familiar ;

la Biblioteca de la Academia y la de la Escuela de Bellas Artes, fueron veneros inagotables para su pasión de saber y, se hundió en sus archivos con una consagración de benedictino ;

ya no salió de esas bibliotecas y de su buhardi-  
lla, de la cual había hecho su taller de artista ;

allí trabajaba con una pasión que era una fiebre ;  
creyendo haber vencido la Vida...

vencedor como el Arcángel, con el Monstruo domado bajo sus pies ;

habiendo puesto el férreo talón sobre la cabeza de la Serpiente que había devorado tantos corazones, y no había podido devorar el suyo...

\*

\* \*

La Noche ;

una tragedia de nubes sobre el cielo...

el horizontè negro, bituminoso, se diría una mar sembrada de naufragios ;

las nubes, como enormes olas de fango, parecían lanzarse al asalto de farallones invisibles ;

otras se dirían buques fantasmas, cuyas quillas fugitivas hacían en el espacio la visión de un archipiélago siniestro ;

parecía que la tempestad que acababa de pasar hubiese hecho una acumulación de escombros sobre el cielo removido y convulso, que guardaba una actitud de cataclismo ;

cuando Ulises Carmona abrió las puertas del café, para salir, una ráfaga de aire helado le dió en el rostro, y lo hizo retroceder ;

se subió el cuello del gabán, abotonó éste bien y se lanzó a la calle ;

la ciudad toda parecía tiritar de frío, bajo la inclemencia del aire, que bajaba de la sierra cercana en ráfagas asesinas ;



los reverberos del gas temblaban como mendigos desnudos ante la impetuosidad del viento que los azotaba ;

los fanales de la luz eléctrica languidecían, hechos turbios sus cristales por las nieblas húmedas que los envolvían ;

la actividad vertiginosa del aire, hacía chirriar las veletas de los templos y vacilar las chimeneas prontas a desplomarse ;

las redes metálicas del alumbrado vibraban como enormes instrumentos de cuerdas, tocados por manos invisibles y exasperadas ;

las escasas personas que transitaban a esa hora, iban ligeras, arrebujaadas en sus abrigo, al asalto de los últimos tranvías ;

las calles convertidas en arroyos arrastraban aguas infectas y rebasaban en parte sobre las aceras, cubriéndolas de lodo.

Ulises Carmona apresuró el paso para llegar a su casa ;

al volver de una esquina sobre una plaza que, hundida en la sombra, era como un pozo de tinieblas, una forma pequeña, cuasi imprecisa en la obscuridad, le salió al encuentro, diciéndole con una voz muy suave, pero como tartamuda por el frío :

—El «Diario», señorito, el «Diario» ; cómpreme usted el «Diario» ;

el joven, tocado de piedad, por aquella voz humilde y musical, quiso comprar el periódico, pero ante la idea de abrirse el gabán para encontrar la



pequeña moneda que necesitaba, vaciló y siguió su camino ;

la forma humana lo siguió, diciéndole con voz cada vez más lamentable y al mismo tiempo más acariciadora :

—El «Diario», señorito ; es el último que me queda.

Ulises contempló, a la intermitente luz de los reverberos, el ser que le ofrecía el periódico ;  
era una niña ;

menuda, delgada, envuelta en un chal de color indescrptible, tocada de un pañuelo rojo, debajo el cual se escapaban rizos locos ;

sus ojos parecían lucir en la obscuridad como los de un felino, y, sin embargo, sus enormes pupilas ambaradas, tenían, entre las negras y largas pestañas, mansedumbres de antílope ;

los seres muy castigados por la vida, tienen ese mirar extraño, que parece cruel y, no es en el fondo sino la suma de todos los temores ;

la niña, perseguida por el frío, se le acercaba, como buscando el calor de sus abrigos y lo frotaba con su cuerpo frágil, que parecía un junco húmedo, empujado hacia él, por las ráfagas recias.

—Tengo hambre, señorito, cómpreme el «Diario» — continuaba en decir la niña, con voz cada vez más incitativa y acercándosele como para barrerle el paso ;

llegados frente a un bar, él entró para cambiar un duro, y poder comprar el periódico ;

la niña, para esperarlo, se acercó a las vidrieras

del aparador y aplicó el rostro a ellas, como ávida de devorar los manjares que allí había ;

cuando salió, el joven la miró así, a plena luz y, la halló bella, con una belleza rara de andrógino ;

y, pensó en ciertos dibujos de Beardsley, cuya pureza de líneas lo había obsesionado en esos días en que ojeaba cierto álbum suyo ;

y, sus ojos de artista contemplaron con fruición aquella cabeza núbil que parecía una figulina, escapada al manerismo primitivo de un alfarero persa ;

la niña se le acercó de nuevo y lo miraba encantada, con ojos precoces y ávidos ;

sin duda lo hallaba bello, con sus grandes ojos abismales y soñadores, su palidez marmórea, que el aire frío de la noche coloreaba ligeramente, el gesto de su boca, imperativo y despectivo a la vez, sus largas melenas que el viento hacía ondular y, sus finas manos blancas, que había desguantado para contar las monedas ;

éste, la pagó y tomó el «Diario» ;

la niña lo siguió, mirándolo como alelada :

—¿Dónde vives? — le preguntó él, viendo que iba en su misma dirección ;

ella dijo el nombre de un barrio lejano, muy mal afamado, refugio de chulos y gitanos, y, de deshechos del hampa :

—Vete, que tu madre te espera — dijo él, queriendo alejarla.

—Yo, no tengo madre — dijo ella, con una voz muy triste, como si la confesión de su orfandad

la hubiese traído de súbito a la triste realidad de su vida.

—Y, ¿con quién vives? — preguntó él; ya interesado por aquel jirón de vida sin rumbo, que pasaba así cerca de él, como un harapo llevado por el viento.

—Con mi padrino, pero ahora estoy sola — y dijo esto último con una inflexión de voz, que era como una oferta y una seguridad.

—Y, ¿él? — murmuró el joven;

la niña vaciló en responder, como temerosa, y luego dijo, bajando cautamente los ojos y la voz:

—Está en la cárcel.

—¿Por qué?

—Por cosas del oficio.

—Y, ¿cuál es su oficio?

—Es descuidero, lo llaman: el Palanca;

y, dijo eso con un orgullo infantil, como si hubiese dicho el nombre de un político o un artista o de un hombre de cualquiera manera célebre, que todo el mundo tuviera el deber de conocer.

Ulises, conocía ese nombre de *descuidero*, dado a cierta clase de ladrones, pero no conocía sin duda al tío Palanca, ni lo había oído nombrar jamás;

sonrió ante este orgullo impudoroso, que en el fondo era una inocencia, y, compadecido, le preguntó:

—Y, ¿con quién vives ahora?

—Sola... la casa está cerrada...

—¿Dónde duermes?...

la niña calló;

sin duda le dió pena decir que dormía bajo los umbrales de las puertas de los edificios públicos en vergonzoso hacinamiento con otros golfos de su edad, castigados por la misma suerte ;

conversando así habían llegado a la puerta lateral de la Academia, de la cual Ulises tenía la llave ;

éste abrió, y, entró ;

la niña quedó en pie, sobre la acera, tiritando ;

al ver que el joven cerraba la puerta, la niña gimió :

—Tengo frío ;

¿fué piedad?

¿fué curiosidad?

¿fué deseo?

¿fué el corazón que habló en él?

¿fué su sexo?

ello fué que Ulises volvió a abrir la puerta que tenía entornada, y dijo :

—Entra ;

y, la niña entró, deslizándose por entre las dos batientes entreabiertas ;

él, cerró, dando doble vuelta a la llave ;

y, subieron la escalera ;

al llegar a su buhardilla, Ulises entró el primero, e hizo luz ;

la niña quedó en pie, en el umbral de la puerta, sorprendida y confusa.

—Entra — le dijo el joven ;

y cerró tras ella ;

hasta entonces ningún mal pensamiento lo asaltaba ;



creía hacer un acto de caridad recogiendo bajo su techo aquel ser que temblaba de frío y, que era tan bello ;

le parecía proteger una Obra de Arte, que iba a perecer en la intemperie ;

la tomó de la mano y la llevó hasta ponerla cerca al brasero que calentaba la habitación ;

ella, se puso en cuclillas cerca al fuego, calentó sus manos amoratadas y se apelotonaba con la voluptuosidad de un gato friolento que busca el calor del hogar ;

él, extrajo de un pequeño armario, su cena frugalísima, y la compartió con su compañera, que lo miraba alelada, y, sonreía ;

viéndola comer, la halló muy bella, con una belleza delicada, de niño más que de mujer, y, con la prontitud de su sentido artístico, comprendió que sería un bello modelo para el «Mercurio», que había soñado hacer en bronce, y la interrogó ;

y, supo que ella no tenía padre, ni madre, ni otro pariente que aquel padrino que la explotaba y que ahora en prisión la había dejado sola y sin albergue, porque no se atrevía a ir al tugurio en que vivían, por miedo de ser atrapada por los agentes de policía, que vigilaban la morada del viejo ladrón.

—¿De qué vives? — le preguntó él.

—De los periódicos.

—¿Cuánto ganas al día?

—Una peseta.

—Yo, te daré dos, si quieres servirme de modelo.

—¿Qué es eso?

él, le explicó ;

ella aceptó gustosa, hecha aún más parlanchina por los escasos sorbos de vino que había bebido ;

él, con una inquietud absolutamente artística, quiso ver el desnudo de aquélla cuyo cuerpo iba tal vez a immortalizar, con el prestigio de sus manos y el poder de su genio ;

despojado de sus harapos, el cuerpo adolescente apareció en el encanto de sus líneas, en la euritmia perfecta de sus formas, con tal armonía de proporciones, que era como una música suave, que se escapara de aquella lira desnuda ;

parecía un trébol de oro temblando bajo la luz ;

el cuello alargado, magro, sobre el cual la cabeza pequeña se alzaba con una gracia de flor, como agobiada bajo el peso de la cabellera indomable, desmadejada en un tumulto de zarzal ;

en el seno liso, cuasi insexual, las dos pomas de nácar de los senos, apenas si hacían una ondulación visible ;

las piernas delgadas de adolescente másculo tenían las líneas inacentuadas de las de una cierva tallada en cristal para una salera hábilmente laborada a la manera de los artistas de Luis XV ;

era exquisita y turbadora ;

tenía la armonía de una estrofa perfecta ;

él, temblaba mirándola ;

era la primera vez que veía desnudo un cuerpo de mujer, porque aunque a la Academia iban muchos modelos, y, fuera de la clase general, cada artista tenía el suyo, según la naturaleza de su

estudio, él no había querido aún buscar uno, retardando, como si lo temiese, el encuentro del Enigma, sin velos ;

comprendiendo que el hálito de aquella desnudez, profanaba la atmósfera, hasta entonces tan pura, en la cual irradiaba como un astro, el mármol que reproducía las facciones de su Madre, se acercó al busto de la *Abnegación*, y lo cubrió con un largo velo, hasta abajo del pedestal ;

se acercó a la niña desnuda y palpó sus formas con avidez, preguntándole :

—¿Qué edad tienes ?

—Quince años...

la pulpa roja de los labios lo atrajo ;

y, la besó y la mordió golosamente ;

sus veinte años gritaron en él, con el grito genésico que hace vivir la Vida ;

tomó la niña desnuda entre sus brazos, y la llevó hasta el lecho ;

y, extinguió la luz ;

y, conoció el Amor...

\*

\* \*

Cuando al día siguiente, después de haber partido su compañera fortuita, con la promesa formal de venir todas las tardes de tres a cinco para hacer la *pose* como modelo, Ulises Carmona comprendió que su vida había ganado un nuevo desencanto ;

el velo de lo desconocido había sido desgarrado por él, y de ese acto no le quedaba sino una vaga y deliciosa fatiga ;

si eso era el Amor, era bien poca cosa ;

pero, no, él comprendía bien que lo que había conocido era el placer y no el amor ;

su corazón estaba más alto que su sexo ;

y su cerebro parecía ignorar esta hora genésica de su Vida ;

había conocido la Voluptuosidad, que es la madre del Hastío ;

pero, no había conocido aún el Amor, que es el padre de todas las tristezas ;

su corazón permanecía aún virgen ;



sus labios tenían un sabor de miel, lo cual probaba que no había amado aún, pues que la amargura de las lágrimas no los hacían salobres ;

el estremecimiento de la Voluptuosidad que había probado, era una sensación exclusivamente animal, a la cual todas las partes nobles de su ser, habían permanecido absolutamente extrañas ;

esa sensación no había cambiado ni mancillado nada de su Vida Espiritual, que continuaba en ser una línea ascensional, inmutable hacia la Idealidad ;

el beso definitivo no había ajado en su corazón ningún pasado sentimental ;

no lo tenía ;

el olor de los azahares era ajeno a su corazón ;  
su Pasado...

estaba tan cerca de él ;... era tan corto y tan puro, como un arroyuelo, apenas desprendido del manantial y salido a la linde de la montaña, camino del valle, virginal como sus aguas ;

su vida sensual había sido hasta entonces un paraje quieto, algo inmóvil y, sagrado, que el Deseo, apenas había desflorado con sus alas, como una gaviota matinal toca con el extremo de las suyas el pálido cristal de un lago quieto, donde flota aún el cadáver de la luna ;

vida pasional no había tenido ;

sus nervios y su corazón, no habían vibrado sino por el Arte y para las sensaciones del Arte, con la pureza de un órgano tocado por las manos de una novicia soñadora, en el Silencio de una capilla conventual ;

otros jóvenes, a su edad, tenían un pasado de amores que referir; habían vivido su Vida en otras vidas; su corazón había palpitado en otros corazones; habían dado a beber el filtro del Amor, y, lo habían bebido en otros labios;

él, no;

su Pasado, era un prado virgen, en el cual no había crecido sino un lirio solitario: el Amor de su Madre; y, ese lirio solitario había saturado su Vida, de un perfume tan penetrante, que todos los aromas del Jardín del Amor, se desvanecerían dominados por él;

ahora comprendía más claramente que no había amado nunca a Enriqueta Solá, pues que no la había deseado jamás; y el Deseo es el alma del Amor;

y, pensaba que lo que había perdido aquella noche no valía la pena de recordarlo;

en cambio, lo que había ganado era una experiencia definitiva para su Destino;

ya conocía el Escollo...

el terrible Escollo contra el cual se rompían tantas naves que partían orgullosas a la conquista de la Vida;

él, había hecho anclar la suya entre esos arrecifes, había desembarcado en la Isla peligrosa y fatal, había dormido en brazos de la Terrible Deidad, que reinaba en ella, y, se había alzado más fuerte, más audaz, y, ¡oh ventura!, más libre...

libre del Amor...

y, temblaba pensando en la pasión fatal, como si pensase en su propia muerte;

y, reflexionando en los naufragios, en las asechanzas, en los escollos, de que el Amor siembra la Vida, instintivamente pensó en su abuelo y en el fracaso de aquella vida tan noble que el Amor había hecho naufragar en las playas del Deber, porque era uno de esos hombres que habían creído en el Honor, y lo llevaban en el alma, como un dios, y no en los labios como una mueca ;

y, la figura del viejo, blanco y austero, se alzó en el horizonte de sus recuerdos fantasmal y augusta, entre las púrpuras de las tardes vencidas cuando paseaban en los prados cercanos al pueblo, frente al mar taciturno y cambiante, cuyos espejismos de oros mórbidos parecían un reto a las concupiscencias del crepúsculo, y, el viejo aparecía aureolado por las llamas del Sol, como si él, también fuese un astro que tardaba en morir ;

y, a través de los años creía oír la grave voz del viejo, en la cual parecían temblar todos los crepúsculos ;

voz que, sin nombrarlo, le hablaba contra el Amor...

contra el Amor que había devorado su Vida...

la bestia hirsuta, cuyos ojos sanguinolentos acechan en las tinieblas...

y, juró a la sombra de su abuelo, ser fuerte contra el Amor...

el Amor mata la Soledad ;

y, sólo en la Soledad, florece el Genio.

\*

\* \*

La preciosa niña que había revelado el placer a la larga continencia de Ulises Carmona, tenía un nombre de flor ; se llamaba : Margarita ;

y, fiel a su promesa, concurrió desde el día siguiente a la cita convenida, en casa del Artista ;

a las tres de la tarde estaba ya en el Estudio, dispuesta a su tarea de modelo, y, desnudaba su cuerpo cuasi impúbero, en el cual, el sol, ya declinante, ponía blondeces de oro, como sobre un bello marfil pálido ;

y, él, apaciguada después de los primeros días su sed de goces, se dió con pasión a copiar la maravilla de ese cuerpo grácil y, mórbido, con una deleitación de artista verdadero, en el cual, la Belleza pierde todo prestigio que no sea el de su esencia, pura e inmortal ;

ninguna belleza llegaba a la altura de su ensueño, pero gozaba en copiar aquella preciosa miniatura de carnes, en la cual las líneas tenían tal delicadeza, que se dirían intangibles ;

la niña era inquieta, turbulenta, y terriblemente indócil ;

la inmovilidad la fatigaba ;



cuando hacía ya más de una hora que estaba en pie, casqueada la cabeza, alados los pies, y los brazos alzados sosteniendo el caduceo, empezaba a impacientarse dando señales de fatiga, y, terminaba por sentarse, rebelde a continuar el trabajo ;

en vano él, le hacía ver que las dos pesetas que la Academia asignaba a sus modelos, eran por dos horas de *pose* ;

ella no quería oír hablar nada de eso, se enfadaba, murmuraba, y terminaba por llorar, diciendo :

—Yo, no vengo por las dos pesetas ; vengo por ti ; por verte ; porque sé que esto te da placer ;

y, se le prendía al cuello, y lo besaba apasionada y largamente ;

y, escapaba ;

era como un gorrión enjaulado, esperando la hora de salir y de volar ;

voluntariosa, salvaje, absolutamente primitiva, era un tipo no raro en la golfemia de esa gran ciudad donde hay toda una población extraña, especie de tribu autóctona, que se mantiene al margen de la Civilización urbana sin entrar en ella, y, no conoce de la Sociedad sino la Ley que la castiga ;

los artistas amigos de Ulises Carmona, que vieron su modelo, lo hallaron primoroso, y, tuvieron por muy lógico, que aquella *flor del hampa*, como la llamó el más poeta de todos ellos, fuera la querida del joven solitario ;

ésta, no perdió nada de su rudeza y de su vulgaridad nativas, y por su aire montaraz, y, la

brusquedad con que se defendía de ciertas caricias, la llamaron la *gata*;

y, con tal apodo fué conocida entre ellos;

y, la *gata* fué una especie de camarada más, que los jóvenes artistas gozaban en exasperar por oír su verbo callejero, su vocabulario crudo y rico, en los más pintorescos giros de esa especie de *patois*, que hablaban las gentes de su clase;

como todo artista nato, Ulises Carmona, conservaba fuera de todo contagio, la aristocracia de su Pensamiento; el vaho de la vulgaridad ambiente no llegaba hasta él; cualesquiera que fuesen los gestos de su animalidad, su Vida Interior, es decir, su Vida Espiritual, se mantenía incontaminada, y sus visiones de Arte, tenían en ella la pureza y la transparencia de una flora vitrificada;

así la grosería de su modelo lo dejaba indiferente y antes bien solía divertirlo por lo cómico de sus actitudes y lo pintoresco de su lenguaje; era un bello animal salvaje, cuyo almizcle era un incentivo a la pasión; y, sus abrazos con ella, eran como uno de esos baños de fango ardiente, que nos devuelven la salud en los casos agudos de artritis;

no amaba de ella sino su cuerpo, su precioso cuerpo *mignon*, que en el lecho tenía contracciones de serpiente, y a la hora del trabajo en el *atelier* revelaba perfecciones de estatua;

la *gata* amaba al joven con una pasión toda animal, en cuyo fondo turbio, aparecían a veces rayos de alma dándole el encanto de ternuras inusitadas;

y, entonces, se ponía en sus ojos un poco de bruma sentimental que los hacía aún más bellos ;

pero la libertad era el alma de aquella criatura extraña, a la cual todo, hasta el amor, le parecía una prisión ;

la calle le atraía con sus ruidos y sus tumultos, con los espejismos de su lodo, con el olor de sus vicios, de los cuales ella no ignoraba ninguno ;

había nacido en el arroyo, y, todas las corrupciones del arroyo le eran familiares y, la atraían con una fuerza raizal ;

eso evitó a Ulises Carmona, las vergüenzas de una vida *en menage*, como la que llevaban otros artistas amigos suyos, que vivían con sus modelos.

Margarita, que le dedicaba todas las tardes las dos horas convenidas, como modelo, no le dedicaba sino dos noches de la semana, como amante, alegando para ello fútiles pretextos ;

celosa como el felino, cuyo nombre le habían dado, seguía a su amante por las calles, pegada a los muros, ocultándose de él, espiándolo a distancia, siempre en acecho ;

lo ojeaba a través de los cristales de los cafés a los cuales solía concurrir, y las noches que no subía con él a su habitación, lo acompañaba hasta la puerta de su casa y no se marchaba hasta que éste había cerrado la puerta ;

muchas veces esperaba algún tiempo, temerosa de que volviese a salir de nuevo ;

su bestia negra era *la rusa*, como ella llamaba a una modelo valaca, excéntrica y bella, que frecuentaba los estudios de los artistas y los cafés



donde ellos concurrían, y, la cual parecía tener extrañas preferencias por Ulises Carmona ;

con tal motivo solía darle grandes escenas de celos durante las horas de *pose*, que solía abreviar con tal pretexto, marchándose enfadada, lo cual no impedía que la terracota, empezase ya a reproducir sus formas admirables ;

al conjuro del artista, Mercurio surgía, de la arcilla inerte, plantalado, ligero, esbelto, con algo de pájaro y de flor ;

reproducía bien el cuerpo de la adolescente, al cual sólo faltaban el tumulto de la cabellera bohemía, y, el iris de los ojos enormes y lascivos.

Ulises Carmona estaba encantado de su trabajo ;

su escultura empezaba a surgir como una expresión de fuerza combinada más que como un fruto de sensibilidad expresada ;

era una obra de intelectualidad pura, en la cual su corazón no había hecho temblar la mano cuando laboraba con su buril la inerte materia de la cual hacía surgir la Vida ;

era bello el «Mercurio» con sus formas andróginas como las de ciertas Dianas, en las péndulas que atestiguan el gusto de María Antonieta en el Trianón, y, estilizadas como las de las figuras de la *Danza*, de Carpeaux ;

sólo faltaban unos pequeños toques para entregar la figulina a los que debieran vaciarla en metal, cuando el joven artista notó con sorpresa, que su modelo espaciaba sus visitas al mismo tiempo que casi desertaba de su lecho ;



su primera impresión fué de disgusto ; luego una gran tristeza lo poseyó ; la tristeza de la carne, aquella que, según San Agustín, agobia el espíritu hasta la fatiga ;

la niña hizo aún furtivas apariciones, en horas intempestivas, que no eran las de la *pose*, sin tiempo para desnudarse, se abrazaba a él temblando, lo besaba con una loca pasión y se le entregaba delirante, y escapaba como si temiese que alguien viniese a buscarla y a arrancarla de aquel lecho, que había sido su único refugio en noches de abandono, y en el cual, más que su pobre cuerpo, ávido de caricias, entregaba su alma, toda su alma ávida de Amor ;

en vano él la interrogaba sobre el motivo de sus largas ausencias, culpándola del fracaso de su Obra.

—Ven — le decía—, ven, aunque sean dos sesiones más, lo bastante para los últimos toques.

—No puedo, no puedo — decía ella, y, lloraba tanto al decirlo, que él la dejaba partir, compadecido de su innombrable dolor...

al fin, un día, en que él, autoritario y violento, le cerró la puerta y la obligó a desnudarse, para poder dar un último toque a su obra, retrocedió conmovido ante el doloroso espectáculo ;

todo el precioso cuerpo estaba lacerado, lleno de verdugones, con las huellas de los más innobles ultrajes.

—¿Y, esto? — preguntó él, conmovido y asombrado...

entonces ella contó la terrible verdad ;

su padrino había salido de prisión, y, había vuelto a explotarla, obligándola a los peores menesteres de la mendicidad y de la prostitución, y, porque ella se rebelaba, la golpeaba sin piedad; habiendo sabido que hacía de modelo le había prohibido volver a casa del escultor, amenazando con hacer un escándalo si la encontraba allí; y, como el *Palanca*, era capaz de todo, ella temía, no por su vida, sino por la de él, el único ser que adoraba sobre la tierra;

y, calló lo peor y lo más vergonzoso; que el Faustino, un golfo ex presidiario, que su padrino le había impuesto por querido y en compañía del cual la usufructuaba, la había amenazado con darle una puñalada al *señorito*, si la veía conversando con él.

—Yo, te arreglaré la cuenta a ti, y al mono que te echaste de querido mientras yo estaba en prisión — le decía todas las noches, cuando la ponía a hacer la carrera, como llamaban en el inmundo argot, la innoble profesión del *racolage*;

y, ella temblaba por su amor; temblaba y huía de él para salvarlo;

desde el día de aquella dolorosa confesión, Margarita no volvió más al estudio del artista;

en vano, éste la buscó por todas partes, se diría que la hubiese tragado la tierra;

el «Mercurio», cuasi concluído, parecía llorar la ausencia de aquella de la cual reproducía las formas admirables;

el artista no se acercaba a su obra, como si sintiera un verdadero dolor físico al tocarla, como si

fuese una entraña suya, puesta desnuda sobre ese zócalo, expuesto a todas las intemperies ;

un hálito de tristeza parecía escaparse de la figulina inconclusa, y extenderse por el *atelier* como una atmósfera, en la cual temblaran muchas lágrimas ;

los amigos del joven escultor, que tenían la certidumbre y la admiración de su talento prodigioso, y habían visto entusiasmados la preciosa terracota, lamentaban la deserción de la *gata*, y hacían comentarios sobre ella ;

sólo Demetrio Campos, un *dilettante* en escultura, que mediante un escandaloso reclamo de Prensa, se hacía pasar por artista, fué feliz de este fracaso, porque soñando hacer competencia al «Mercurio» de Ulises Carmona, del cual se hablaba ya mucho entré los artistas, había empezado a trabajar en un *Perseo*, para servir de modelo al cual, había querido en vano atraer a Margarita con los más ricos ofrecimientos, y, había tenido que conformarse con copiar las formas de un golfo vicioso, modelo profesional, cuya belleza ambigua lo atraía.

Demetrio Campos, era como todos los mediocres, un poseso de la envidia, y empleaba ésta en envidiar tenazmente el talento, las maneras, y hasta las excentricidades de Ulises Carmona ; era el mono de éste, y, copiarlo parecía su sola misión sobre la tierra ; tenía sobre éste la irritante pero indiscutible superioridad del dinero ; hijo de campesinos ricos, había heredado una gran fortuna, y tocado de la manía del arte, que en él, era una



*marotte*, se había dado a estudiar con volubilidades de maniaco, ora la pintura, ora el grabado, ora la escultura, habiéndose detenido en esta última, creyendo triunfar en ella ;

con el dinero no se compra el talento, pero se compra la reputación de tenerlo, cosa fácil en todas partes, pero más fácil en aquella ciudad, donde el Hambre era la diosa sentada en el vestíbulo de la Prensa, y, los cronistas profesionales solían tener algo más vacío que sus cerebros, y era sus vientres.

Demetrio Campos, compró su reputación, y, gozaba de ella, fuera del círculo de los artistas, que lo despreciaban sinceramente ;

su *atelier*, era un modelo de lujo y de elegancias cosmopolitas ; habiendo viajado mucho y vagado por museos y gliptotecas, comprando copias preciosas de los mejores maestros, poseía una admirable colección de cuadros, estatuas, tapices, y aun especímenes de glíptica admirables ;

su vivienda era suntuosa, y en ella tenía una mesa opípara a la cual gustaba en sentar artistas de paso y escritores prontos al deslumbramiento y hábiles para el reclamo ;

era de una sociabilidad melosa como un jarabe y puntual como un cronómetro ; apuntaba en su *carnet*, las horas y los días, de visitas que debía hacer, y no faltaba nunca a ellas ;

estaba atento al nacer de todas las reputaciones para cortejarlas ;

así, cuando empezó a alborear la de Ulises Car-



mona, no faltó a sus hábitos y, lo visitó y lo aduló, y quiso entrar en su intimidad ;

el joven solitario permaneció inaccesible a las sollicitaciones de aquel *caracol de oro empeñado en mancillar con su baba las Obras de arte*, según él, lo había definido cuando supo algo de su historia ;

¿la crueldad de la frase llegó hasta los oídos de Demetrio Campos?

tal vez, pero haciendo a su sensibilidad una co-  
raza como la del crustáceo con el cual lo había comparado el joven escultor, se acercó más a éste, con intención de desarmarlo, y, fiel a su teoría de que, el hombre tiene el alma en el vientre, lo invitó a comer.

Ulises rehusó.

—Quiero presentarle algunos amigos.

—Yo, no tengo más amistades que aquellas que no puedo evitar.

Demetrio Campos no se dió por vencido, y con el pretexto de hacerle admirar el esbozo de una *Driada*, hecho por Thomas Woolner, único escultor del grupo prerrafaelista, por el cual empezaba ya a tener el joven artista una apasionada admiración, organizó un *lunch* en su honor, para el cual invitó a varios cronistas, advirtiéndoles que les iba a presentar un monstruo de vanidad y de extravagancias, y, poniéndolos en guardia contra las paradojas que pudieran oírle decir.

Ulises Carmona se contrarió ante la reunión, pero no se amilanó, conservando toda su indiferencia y, el gesto de su orgullo inabordable ;

como todo solitario, él, era un silencioso, y hablar fuera de la intimidad le parecía una dispersión de las semillas de su genio, arrojadas lejos hacia terrenos estériles ;

escuchaba con el alma inclinada sobre ese abismo que es el alma de los otros, seguro de que los hombres en su conversación no se revelan, y aquel que se revela se traiciona.

—Maestro — le dijo un cronista locuaz, después de haber dado el mismo epíteto a Demetrio Campos.

—¿Maestro yo? — dijo Ulises, frunciendo el ceño— ; no he tenido aún tiempo para hacerme una reputación, ni dinero para comprármela ; aquí no hay más maestro que el señor — y señaló al anfitrión ;

el dardo vibró en el aire.

Demetrio Campos guardaba, pues, todo su rencor cuando supo la deserción de *la gata*, de la cual conocía la triste historia, por relatos del golfo que le servía de modelo para su *Perseo* ;

susultó de alegría ;

y, fué a visitar a Ulises Carmona ;

y, tuvo ocasión de admirar el «Mercurio» al cual faltaba bien poca cosa para ser concluído, y, que se alzaba en su belleza indemne, aéreo, ligero, como un dardo de oro disparado hacia el cielo, por las manos de un dios, trémulo de inspiración ;

por mucha que fuera su envidia no fué bastante a ahogar su admiración, y exclamó :

—¡Qué bello!... ¡qué pureza de dibujo! ¡qué

gracia de expresión!; ¿qué pensáis hacer ahora para concluirlo?... sin *la gata*...

—No necesito ya modelo; la obra está concluída; unos ligeros toques — dijo Ulises, feliz de ver la confusión pintada en el rostro del rico *dilettante*.

—¿Y, expondréis la Obra?

—No sé...

—Y, ¿pensáis venderla luego?

—Tal vez.

—En ese caso, no os olvidéis de mí; ya sabéis que yo colecciono Obras Maestras...

—*Merci* — dijo Ulises, sonriendo ante la intempestiva calificación de aquel postor de su futura gloria...

y, cuando éste hubo partido miró con una gran tristeza la pequeña estatua, que en su actitud de ímpetu, parecía querer desprenderse de su pedestal para venir hacia él, y consolarlo y acariciarlo, con esas pequeñas manos, que eran apenas un reflejo de aquellas que le habían enseñado las grandes caricias y los supremos gestos en la hora de las definitivas revelaciones...

y, sintió un grande amor por la ausente;... y la nostalgia de sus besos, lo poseyó...

y, comprendió que no podría olvidarla nunca, porque ninguna otra mujer podría ser ya lo que ella había sido;

la Unica;

la Iniciadora.

\*

\* \*

Ulises Carmona, que tenía un alma exquisita y sensitiva, en la cual los matices de las sensaciones se acusaban claros y netos como los colores en una tela virgen, sintió, con la desaparición de su modelo, una especie de vacío artístico, una orfandad de Belleza, que lo hacía vagamente soñador ante su «Mercurio» inconcluso, pero, no sintió el dolor, el hondo dolor que deja al ausentarse, un amor, por pequeño que sea, con tal que haya poseído, siquiera sea un instante, nuestro corazón ;

una piedad, una suave y triste piedad lo asaltaba ante la suerte de la pobre y desventurada criatura que había embellecido por un momento su vida con los rayos de su belleza naciente, como una débil lámpara de arcilla que hubiese esparcido sus rayos en las tristezas de sus largas noches invernales ; aquel pobre ser desvalido y ultrajado por la Vida, le había abierto con sus manos de miseria las puertas del Paraíso Inolvidable ; ¡ la



generosa Samaritana, que había acercado a sus labios vírgenes, el cántaro repleto de la única agua que embriaga: el agua extraída al Pozo de la Vida;

y, una gratitud fraternal y, vehemente se escapaba de su corazón como un perfume hacia aquel ser que se alejaba y se perdía, en una sombra hostil, sin que él pudiera salvarlo;

unido a este sentimiento todo espiritual, sintió crecer y envolverlo como una llama, un vaho todo animal que lo torturaba y, hacía insoportable la tristeza de sus noches; y, conoció el dolor de una soledad que ignoraba, él, que era como la suma de todas las soledades: la soledad del lecho;

y, esta soledad lo torturaba como una sed, violenta como la sed de un joven tigre, que sueña, sobre la inclemencia de una roca, en los manantiales lejanos, que corren en los valles florecidos;

para aplacar esa sed, hecha intolerable, aceptó, más que buscó, los favores de Elena Dobiesky, la modelo extravagante, que Margarita había llamado *la rusa*, y que por ser valaca, los artistas llamaban *la vaca*, ora por corromper la palabra deformándola, en la necesidad de apodos, común a los medios artísticos, ora para hacer alusión a su riqueza de carnes, y, a la prominencia de sus senos exuberantes como dos ubres;

estrafalaria, exótica y misteriosa, esta belleza eslava había aparecido un día en aquella ciudad, y, en aquellos medios artísticos, como caída de las estrellas; nadie sabía ni de dónde ni cómo había surgido con sus *toilettes tapageuses*, sus joyas

arcaicas, sus perfumes orientales, y sus divinos ojos de miosotis ;

unos, los más fantásticos, la suponían escapada a un harem, otros a un circo foráneo, y, otros aseguraban haberla visto actuar como *écuyère* en una compañía de variedades ;

ello es que una leyenda la circuía, leyenda que divertía sin interesar a la gente desprevenida y privada de escrúpulos entre la cual vivía ; gente de *atelier* y *cabarets*, a la cual importaba bien poco el pasado, de sus personajes, con tal que tuviesen algo de pintoresco, y trajesen una nota gayá al tablado policromo de sus arlequinadas ;

fantástica hasta la locura, maníaca de todas las excentricidades, cultora de los paraísos artificiales, Elena Dobiesky, recién llegada a aquella ciudad, materialista y viejo estilo, no había encontrado acólitos para las misas negras de sus fantasías, teniendo que reducir éstas, a los límites del vicio ordinario, ardiente y primitivo como el sol que decoraba el cielo y el vino delicioso que se vertía de sus lagares ;

se dió a recorrer estudios de pintores ofreciéndose como modelo, con el solo fin de reclutar amantes, entre los más viciosos o los más inexpertos de los jóvenes artistas ;

no era el medro, lo que la llevaba a estas excursiones por los *ateliers*, porque tenía rentas de qué vivir, era el vicio, un vicio enfermizo, exasperado por todas las neurosis ;

todos los que la pintaron la poseyeron, y se apartaron de ella fatigados de su voracidad ;

el desnudo de su cuerpo, no valía la pena de copiarse, porque, deformado por la grasa, apenas habría servido de modelo para una Venus Calipigia ;

lo que tenía verdaderamente admirable y, que todos se empeñaban en copiar, era la cabeza ;

una cabeza de efigie imperial, arrogante y soñadora ; cabeza de reina que hubiese sido cortesana, ceñida de un halo ambiguo, como de una niña escapada a los jardines de Lesbos ; cabeza de medalla trágica, mezcla de Teodora y Salomé, hecha para recibir todos los besos, y ceñir todas las diademas ;

ella estaba orgullosa de su cabeza y de sus manos, en las cuales, nadie ponía atención y, ella creía perfectas ; y, sostenía que el artista que copiara fielmente aquellos dos lirios de carne, se haría inmortal ; no había encontrado aún candidatos a esa inmortalidad, y todos se habían conformado con copiar su cabeza, única cosa que tenía adorable ;

el único *atelier* que no había logrado frecuentar era el de Ulises Carmona, y tal vez a causa de eso se había tomado por el joven escultor de uno de aquellos caprichos, que en ella eran imperiosos y tiránicos ;

no pudiendo abordarlo en su estudio se había hecho presentar a él, en un café frecuentado por artistas, y, lo había perseguido desde entonces con sus asiduidades ;

como pasaba por ser la querida de Demetrio Campos, Ulises no hizo atención a ella, porque



todo lo que se refería a aquel joven *snob*, le era especialmente antipático ;

él, no tenía su sensibilidad a flor de piel, para que las miradas de una mujer pudiesen alterarla ;

había conocido tarde el amor de la carne, y, eso que sirve para gastar otras naturalezas había madurado la suya ;

no era un voluptuoso de esos que parecen derretirse y licuarse cuando dos ojos de mujer los miran ;

había adivinado vagamente que el Amor, es la *lucha de dos sexos*, y que en esa lucha, es necesario ser el más fuerte, para ser el vencedor ;

y, el más fuerte es aquel que no es vencido por el deseo ;

esquivo, orgulloso, ensimismado en sus visiones interiores, había permanecido indiferente a los avances de Elena Dobiesky, hasta el día en que fugitiva su modelo, presa de una infinita melancolía, y de un gran deseo de amar, se dejó vencer, y, fué suyo, en aquel mismo lecho en que había conocido el amor en las formas gráciles de la mendiga adolescente, cuyo recuerdo parecía saturar de una tristeza amarga los besos que daba y los que recibía ;

pasada la emoción de los primeros abrazos, empezó a encontrar grasas y sin belleza las formas opulentas de aquella nueva compañera de lecho, que se había deslizado en él, furtivamente y por violencia ;

casi no hallaba bello ni la cabeza imperial, cuyo perfil violento le disgustaba ;



y, sólo el río meloso de la cabellera castaña, que cubría hasta la mitad del lecho, le fué agradable ;

apartó con desdén la vista de aquellos senos exuberantes que le hacían sentir la ausencia de aquellas dos azucenas de cristal, que había estrechado tantas veces entre sus manos, cuasi temeroso de romperlas.

Elena Dobiesky no pudo sentirse orgullosa de su victoria...

desde el primer momento comprendió que no había hecho y no haría la conquista de aquel corazón rebelde ;

y, él mismo se lo hizo comprender, poniéndole días fijos para sus entrevistas, y negándose a toda exhibición con ella en calles y cafés ;

soberbia y dominante, la esclava sufría de esta esquivez, pero, no cejaba en su empeño, porque estaba tomada de un violento capricho por el joven escultor ;

en vano él, le cerró su puerta en horas diarias, y, el portero de la Academia, le impidió subir en horas de estudio ;

ella lo buscó en la calle y, en los cafés, tratando de hacerle escenas que él rechazó con una violencia tan agresiva que la impuso...

comprendiendo que él, no era hombre de dejarse intimidar, Elena cambió de rumbo, y, apeló a la ternura y a las lágrimas en busca de una mayor intimidad ;

todo fué inútil ;

fatigado de esa insistencia por llegar a su co-

razón, resolvió expulsar también de su lecho, aquella intrusa que, con sus violencias, amenazaba la paz de su vida ;

y, le prohibió volver, y, le cerró los brazos, y, trajo a sabiendas de ella, nuevos amores mercenarios a su lecho ;

eso la exasperó hasta la locura ;

una mañana, sobornado o descuidado el portero, ella logró subir, y llegó hasta la buhardilla del Artista ;

entró a ella humilde, llorosa, dispuesta a conquistar aquel corazón esquivo ;

él, la miró entrar, más que indiferente, contrariado por su llegada ;

se ocupaba en ese momento de pulir cuidadosamente su «Mercurio», al cual daba los últimos toques para enviarlo a la fundición, y su pensamiento seguía amorosamente el vuelo retrospectivo de los días, en que «Mercurio» vivo se alzaba ante él en las formas tan deliciosamente frágiles y, cuasi infantiles de su modelo, y, parecía que una ronda de besos armoniosos, fatigados de buscar la niña ausente, se arremolinaran en torno a la admirable y diminuta estatua, que el sol pálido, parecía hacer luminosa, con la luminosidad azul de una llama de alcohol ;

ante la acogida más que fría, hostil, del joven artista, Elena se hizo agresiva y tumultuosa ; violenta, como todas las eterómanas, se entregó a una verdadera crisis de nervios, que era casi una locura ;

él, la miraba y la escuchaba, altivo y frío, dis-

puesto a dominarla y, aun a castigarla si pasaba los límites de la palabra hacia los hechos ;

había dejado de trabajar y, cruzados los brazos, oía sin inmutarse el tropel de injurias y de injustos reproches que aquella histérica enfurecida lanzaba sobre él ;

el «Mercurio», radioso entre los dos, parecía temblar en su pedestal bajo aquel huracán de insultos, y las dos serpientes de su caduceo, parecían animarse lentamente y, hacerse furiosas, prontas a silbar con un silbido de odio ;

dispuesto a acabar aquella escena bochornosa, haciendo expulsar por el portero a la que así la provocaba, se apartó un momento para tocar el timbre ;

no había llegado a él, cuando se volvió quedando estupefacto.

Elena, había cogido el «Mercurio» tirándolo al suelo y gritando :

—Por esta golfa tísica me desprecias ; ya no tendrás su imagen ;

él, no tuvo tiempo de impedirlo...

la preciosa estatua se estrelló contra las losas del suelo y se hizo añicos ;

la energúmena acabó de hacerla polvo con los pies...

Ulises Carmona quedó anonadado... estupefacto...

un velo de sangre se extendió ante sus ojos ;

¿qué hacer?

¿matarla?



sí, matarla así, de pie sobre los restos de su victoria infame ;

se abalanzó sobre una panoplia que guarnecía el muro y descolgó un alfanje corvo que había servido a anteriores artistas, habitantes de esa buhardilla para pintar cuadros orientales ;

cuando volvió, *la vaca* había desaparecido, dejando sobre una silla, sombrero y, guantes y pieles ;

la sintió bajar por la escalera y, fué en su seguimiento ;

le habría dado alcance y la habría ultimado si el ruido de gentes que subían a otros pisos, no lo hubiera llamado a la razón ;

regresó a su estancia, cerró por dentro la puerta, recogió los restos del «Mercurio» roto, que eran fragmentos dispersos de su genio, y los tomó entre sus manos, y los puso sobre su corazón, y los cubrió de besos...

y, lloró sobre ellos...

... ..

... ..

bien pronto el asunto del «Mercurio» fué conocido en todos los círculos artísticos, apasionándolos grandemente ;

y, hubo en torno del artista infortunado un verdadero homenaje de admiración y simpatía ;

se dieron al hecho muchas versiones, pero, la que más se acentuó por ser la más malévola, fué la de que la querida de Demetrio Campos, instigada por éste, había hecho eso, para que, destruido el precioso «Mercurio» de Ulises Carmona,



triunfase sólo el «Perseo» del *dilettante* millonario ;

muchos aconsejaron al artista llevar el asunto a los tribunales...

pero él no quiso oír nada, y, se refugió en el Silencio, que era el único nimbo que él deseaba para su naciente Gloria...

\*  
\* \*

Sin ser un alma religiosa, Ulises Carmona tenía el amor de lo sobrenatural ;

como todo Solitario, era un Místico ;

es decir : un Enamorado del Misterio ;

gustaba de poner oído atento a su Soledad, como si quisiese auscultar en ella el corazón de lo Desconocido ;

la entraña formidable lo atraía con sus latidos ;

amaba el alma de lo Irrevelado y, le parecía escucharla en las noches, balbucearle los terribles oráculos de su Vida Infortunada ;

y, se esforzaba por leer, en la Tiniebla Impenetrable, los signos cabalísticos de su Destino ;

y, vagamente, confusamente, veía dibujarse sobre el muro tenebroso de su Vida, el rostro imperioso de la Fatalidad ;

ella parecía haber regulado sus facciones, desde que se agitó por primera vez con señales de vida en el vientre de su Madre ;

ella había puesto su sello trágico y definitivo

en su cerebro, al hacer nacer en él esa forma luminosa del Infortunio, que se llama : el Genio ;

esa palabra no la decía él, pero la presentía y, no la articulaba por miedo de atraer sobre sí, la cólera de los dioses ;

el Genio, es una forma de la Divinidad, y, ella se encarga de castigar esta forma de Usurpación ;

y, temblaba ante la Fatalidad, que parecía presidir su Vida...

ahora, acababa de besar la Fatalidad, en los labios de la Mujer ;

de la Mujer, que es : la Fatalidad ;

la Desgracia vive en ella, fluye de ella, se escapa de ella, como una alma, como un néctar, como un perfume, para embriagar y castigar al Hombre ;

de su vientre nació el Dolor ; y, no hay dolor, que no venga de ella ;

todo encuentro con la Mujer, es un encuentro con la Fatalidad...

y, él había tenido ya ese encuentro trágico...

en los labios fatales había bebido el Dolor que no se agota, aquel que nos deja para siempre en los labios el amargo sabor de las lágrimas ;

sí ; el más grande dolor de su vida, eran las manos de una mujer las que lo habían causado, destruyendo la obra de su genio, ese átomo de Inmortalidad que él había creído ver vagar sobre su frente, como un anuncio de las victorias futuras...

y, pensando en eso, miraba con ojos húmedos de llanto las losas desnudas donde le parecía ver

flotar el polvo luminoso de su «Mercurio» como átomo de oro danzando en los rayos de la tarde, en ronda armoniosa, llevados por un viento suave hacia los horizontes diáfanos de colores violescentes, como esos velos de danzarinas que los artistas japoneses gustan de hacer flotar, en los *motivos* con que decoran las tumbas de sus héroes más gloriosos ;

y, sentía que algo muy precioso de su propia vida, huía, se alejaba, se perdía, en la ronda loca de esos átomos fugitivos ;

mucho habían llorado sus ojos ante la laceración de ese pedazo de su alma, hecho polvo por el delirio de unas manos profanas y brutales ;

pero, como todo hombre de gran fuerza espiritual, era pudoroso de sus lágrimas, y, había buscado el seno de la Soledad, para llorar en ella ;

la Soledad, es la única amante que no nos traiciona nunca, que no nos delata jamás, que guarda siempre el secreto sagrado de nuestras lágrimas, sin revelarlo a nadie, porque sus labios mudos son los únicos que no nos traicionan al besarnos ;

y, sufrió tanto, lloró tanto, que cayó enfermo ;

y, conoció las noches sin sueño, las alucinaciones de la fiebre, los mirajes de la sed...

solo... solo... solo...

como pertenecía a la escasa minoría de aquellos que tienen genio, pertenecía por ende, a la de aquellos que no tienen amigos ;

y, la Amistad, no deshonró su Soledad ;

en las raras apariciones que hicieron sus compañeros de Arte cerca de su lecho, se habló de



hacer venir a su madre, o de llevarlo al hospital, siempre con el pretexto de que estuviera mejor cuidado ;

él, se opuso enérgicamente a eso, y, cuando se veía ya libre de sus visitantes, hacía esfuerzos increíbles por incorporarse ; dominaba la agitación de su pulso, y escribía a su Madre, largas cartas incoherentes, llenas de exaltaciones, pero hablándole siempre de su salud óptima, de sus trabajos, de sus triunfos cercanos, de su futura Gloria ;

entregada su carta al portero, para que la llevase al correo, sentía la reacción de su inútil esfuerzo, cerraba su puerta por dentro, entraba de nuevo y, se dejaba devorar por la fiebre lenta ;...

al fin su juventud triunfó ; su fortaleza fué su mejor médico ; vencida la enfermedad, pudo levantarse, y abrir sus ventanas que daban sobre los techos, y, recibir los besos del Sol, y, aspirar el aire puro, que venía embalsamado de un penetrante olor de lilas que se escapaba de los jardines cercanos ;

y, desde la cumbre radiosa de sus veinte años, contempló con fervor la Vida, y la amó de nuevo con pasión ; y, se dispuso a conquistarla y, a vencerla ;

y, las visiones de su Arte, volvieron a surgir en su cerebro, raras y, atronadoras, como un vuelo de victorias bajo los cielos vírgenes ;

y, volvió al trabajo ;

después de haber hecho que el aire y la luz purificaran por varios días la atmósfera de esa habitación donde él, había depositado tantos besos

impuros, se acercó al busto de su Madre, que yacía cubierto con los largos velos en que él lo había envuelto el día en que su primera modelo entró allí, y lo descubrió cautamente, piadosamente, devotamente, agitado por un religioso temblor, como el de un joven levita que descorre los velos del Sagrario ;

y, el busto apenas esbozado apareció magnífico ; blanco como una Hostia enorme, surgiendo del pedestal, como de un cáliz de bronce toscamente cincelado ;

y, él, cruzó las manos sobre el pecho, como si fuese a orar, y, miró el rostro aun intallado, con un fervor de cenobita ante un Cristo yacente, y, acarició los cabellos aun sin pulir y el rostro ya bello en su tosquedad, y la garganta informe, y, el seno apenas surgente, y, besó la frente casta, dulcemente, suavemente, como un niño en la cuna besa el rostro de la Madre que se inclina sobre él ;

y, como siempre, hizo a la suya ausente, el ofertorio de su recuerdo y de su corazón ;

y, desde el aclarar del día siguiente, se dió con pasión a esculpir, a pulir, a perfeccionar el rostro amado ;

lo hacía en un gesto de Adoración, como aquel en que pintan a Fray Angélico esbozando sus frescos primitivos ;

el busto de su Madre, *la Abnegación*, surgía de entre sus manos, como una Obra Maestra, maravillosa y completa ;

aquellos que la veían, hablaban ya de ella, con

tales elogios, que trascendieron a la Prensa y llegaron hasta el público ;

hubo visitantes al *atelier*, las Revistas ilustradas, publicaron copias de la Obra inconclusa, y retratos de Ulises Santaella, como se hacía él llamar después de la violenta ruptura con su padre ;

y, la imagen del joven artista, empezó a ser ya familiar al público, deseoso de consagrarlo ;

llegada la época de una Exposición de Arte, que el país celebraba en cierta fecha fija, sus amigos le indicaron la conveniencia de concurrir a ella, y, el Director, le pidió que enviara su mármol : la *Abnegación*, que ya estaba concluída ;

y, lo envió ;

fué un día de orfandad, para él, aquel en que el mármol amado dejó la fría buhardilla y fué a llevar a otros ojos el esplendor de su belleza perfecta ;

le pareció que era su Madre en persona quien había salido de allí, dejándolo huérfano de sus besos ;

y, esa noche durmió más triste, sintiéndose más solo que nunca, lejos de aquella cabeza adorable en que sus manos habían reproducido la de la Santa, la de la Mártir lejana, y le pareció enorme su desamparo, cuando ya no lo miraron aquellos ojos sin pupilas que tanto se parecían a aquellos ojos, lagunares, que empezaban a cegar sin que lo supiera aquel que había bebido tantas veces en ellos el raudal de las lágrimas ;

el mármol triunfó ;

la *Abnegación* de Santaella fué el *clou* de aque-



lla Exposición, según el lenguaje consagrado por los artistas ;

no obtuvo el Primer Premio, porque el favor oficial le faltó ;

la Prensa toda gritó contra la clamorosa Injusticia ;

él, oyó su triunfo, pero no pudo verlo ;

no se atrevió a frecuentar la Exposición, porque el estado de su indumentaria no se lo permitía ; tenía roto el calzado, y el traje raído hasta la usura ;

se conformó con esperar en la miseria, el regreso de la *Vencedora* ;

el mármol volvió...

y, la *Abnegación* entró triunfadora a la buhardilla miserable ;

el hijo limitó ese día su ración de pan, para comprar flores, muchas flores, con las cuales quería adornar el busto de la Bien Amada ;

y, le hizo un pedestal de flores, rojas, gualda, multicolores y perfumadas ;

coronó de rosas la divina cabeza, le hizo cintillas de violetas y cota de claveles...

y la *Abnegación*, parecía sonreír bajo el homenaje ;

esa noche el hijo prendió cirios ante ella ;

y, durmió feliz bajo el patrocinio de aquella faz tan bella, y, de aquellos ojos ausentes, sobre los cuales el Artista, había bajado los párpados en un gesto de Mansedumbre ;

la emoción lo hizo despertar varias veces ;

y, entonces viendo el busto reverberar bajo los



cirios, le parecía que tomaba formas vivas y, avanzaba hacia él, por sobre aquel tapiz de rosas, en el fondo de ese paisaje de orografía...

... ..

... ..

... .. como si la Fortuna hubiese querido entrar con el busto de la Madre a la buhardilla del hijo, al día siguiente, un rico *amateur* extranjero, vino a proponer al artista la compra de su mármol, ofreciéndole una suma que lo habría sacado de la miseria, ya que su nombre acababa de salir de la Obscuridad ;

el joven rehusó ;

vender el busto de su Madre, le parecía que era vender su Madre misma ;

no ; él no lo haría...

no habría miseria en el mundo capaz de obligarlo a deshacerse de ese mármol en el cual sus manos habían logrado reproducir y evocar a la vida las serenas facciones de la Ausente, de aquella ante la cual estaba siempre su alma en muda plegaria ;

y, cuando se sentían aún los pasos del *amateur* licenciado bajando la escalera de la buhardilla, Ulises se volvió hacia el busto de su Madre, que no había querido vender y, se acercó a él con respeto, y le arregló su tocado de flores, y las rosas que coronaban la cabeza pensativa, y, lo palpó, suavemente, cariñosamente, con la unción de un sacerdote que toca la hostia extraída del copón ;

y, se postró ante el Mármol Sagrado ;

y, lo adoró.

\*

\* \*

Si el genio de Ulises Carmona, por auténtico, no tuvo la consagración de los premios oficiales, tuvo, en cambio, los de la admiración pública, y la *Elite* de los espíritus artísticos se empeñó y buscó la forma de ofrecerle una revancha ;

así, cuando el Municipio de la Capital, decretó la erección de un gran monumento para perpetuar el recuerdo de alguna lejana hazaña pretérita, vivida por ese pueblo, al sacar a concurso el plan de la Obra, todos pensaron en el autor de *la Abnegación* para que concurriera al Certamen ;

y, fué invitado a ello ;

y, concurrió con el esquema de una de las tres estatuas monumentales que debían ornar el monumento : la de la *Gloria* ;

la *Gloria*...

la *Gloria*... ¿no era ése el sueño perenne, y el largo clamor, y la sola aspiración de su Vida?...

sin necesidad de influencias ningunas, el dibujo fué aceptado y se le confió la fabricación de la estatua ;

eso era la Fortuna, y la Consagración de su nombre ;

se puso al trabajo con pasión ;

se rodeó de libros, de estampas, de cartonajes...

se muró en su soledad...

se aisló, no comunicándose sino con su Madre, en largas epístolas amatorias, en las cuales le hacía las confidencias de sus sueños desorbitados, condensados todos en el nombre de su futura estatua. *La GLORIA*...

y, esa palabra llenaba sus cartas todas, como llenaba su Vida...

la estatua fué surgiendo poco a poco de entre sus manos prodigiosas...

el mármol tomó lentamente formas, como si fuese una cera virgen moldeada al calor de la Inspiración ;

la Vida, surgía de la piedra inerte, como la flor del capullo que se rompe...

la Diosa se erguía sobre el zócalo rudo, poniendo apenas en él la punta de un pie como segura de su fuerza, que radicaba toda en la potencia de sus alas, que surgían de los hombros desnudos, como un desafío a todos los seres ápteros de la Tierra ;

la pierna que no reposaba sobre el zócalo estaba recogida, avanzando la rodilla hacia afuera, en la actitud que los frescos atenienses presta a los adolescentes prontos a emprender la carrera en los juegos olímpicos ;

delgada, fina, desnuda — porque la túnica aparecía levantada por el ímpetu del viento—, la ro-

dilla completamente curvada era puntiaguda como la lanza bifácea de un estradiote ;

un ritmo de fuerza reinaba en los miembros todos de la estatua, que parecía agitada por el soplo y la embriaguez del vuelo ;

antes de salir del taller del Artista, la *Gloria* de Santaella, era ya célebre por las crónicas de la Prensa y los públicos decires, que la confirmaban ya la *Obra Maestra*, la Obra definitiva, del joven estatuario, hecho ya célebre y empezando a ser glorioso...

... ..

El día de la Exposición de las estatuas llegó ; la *Gloria* de Ulises Santaella — como él se llamaba ya — había sido conducida, de noche, para evitar la expectación pública, en un gran carrutón, desde la morada del Artista, hasta el Palacio de Bellas Artes, en uno de cuyos salones debía ser exhibida ;

por varios días el joven artista, con una verdadera tropa de operarios a sus órdenes, había presidido la colocación de su estatua, buscando todas las reglas de la perspectiva, y, el mejor juego de sombras y de luces ;

el maderamen sobre el cual reposaba la Obra, parecía bastante sólido para resistir el peso de la estatua colosal.

Ulises había logrado convencer a su Madre, de que viniera para concurrir a la Inauguración de la Exposición, que era la consagración definitiva de su *Gloria* ;



y, para eso, haciendo enormes sacrificios le había enviado la tela de seda negra y los adornos para el traje con que debía concurrir a la fiesta ;

y, Agueda Santaella había prometido asistir, feliz de ver y abrazar a su hijo, en ese albor de su *Gloria* ;

y, ese día, Ulises había esperado a su Madre, hasta bien tarde, en el Hotel, en el cual había buscado alojamiento para ella ;

pero, viendo que se acercaba la hora de la ceremonia y no había venido, le dejó unas palabras escritas, diciendo donde la esperaba, y fué al Palacio de Bellas Artes, para dar los últimos toques a la colocación de su estatua...

... ..

Las puertas del gran salón de la Exposición estaban cerradas...

adentro se oía el ruido de carpinteros y albañiles que trabajaban y limpiaban de instrumentos el recinto ;

afuera, en el corredor, la concurrencia esperaba ;

el Ministro de Instrucción Pública, que debía presidir la ceremonia, en nombre del Gobierno, había llegado...

de súbito, un rumor corrió de boca en boca :  
—La madre de Santaella ;... la *Abnegación* ;

de tal manera se parecía al busto triunfador, que todos la reconocieron ;

venía guiada de la mano por una vieja sirvienta, porque sus bellos ojos enfermos veían ya bien poco

y parecían no esperar sino ver el triunfo de su hijo, para cerrarse definitivamente ;

el Ministro, sabiendo que era la Madre del Joven Maestro, vino galantemente hacia ella, y, le ofreció el brazo...

avanzaban hacia la puerta, cuando sonó un ruido atronador, y ésta se abrió con estrépito...

los operarios y los artistas corrían como enloquecidos en busca de auxilios...

el siniestro rumor circuló entonces...

la estatua monumental de la *Gloria*, había caído sobre su autor y lo había aplastado, hundiéndole en el pecho la rodilla, rompiéndole el corazón...

Ulises Santaella, agonizaba prisionero de su Obra...

un grito desesperado dominó todos los ruidos ; era una voz lamentable que gritaba :

—¡ Hijo mío ! ¡ mi hijo !...

Y, se vió a Agueda Santaella, desprenderse del brazo del Ministro y avanzar a tientas hacia la sala, y, como si el corazón le sirviese de ojos, buscar y hallar el cuerpo de su hijo, arrastrándose bajo una de las alas de la estatua, medio rota en la caída, y buscar el rostro y prenderse a los labios del moribundo, gritándole :

—¡ Hijo mío !... ¡ hijo mío !...

Ulises Santaella abrió los ojos, sonrió tristemente y expiró...

había muerto bajo el peso de su GLORIA.

---

LA SEMBRADORA DEL MAL





# LA SEMBRADORA DEL MAL

---

Cielos mirobolantes ;  
de cadmio y de cobalto fulgente lejanía ;  
en lánguidos celajes de amaranto, el crepúsculo gris palidecía ;  
como una perla enferma se moría : el Sol ;  
engarzado en el oro mórbido del Poniente, como en un broche puesto sobre el cándido seno de la Noche ;

la playa coruscante ;  
se diría sembrada de miriópodos lucientes ;  
reverberaba ;  
los bañantes extendidos sobre la arena semejabán innúmeros cetáceos con escamas de vívidos colores ;

los nadadores lejanos, se hacían diminutos en la turquesa líquida del mar, y, sus brazos, levantados a veces, hacían un amplio gesto de vuelo hacia los cielos diáfanos ;

en la terraza del Casino, y, los corredores adyacentes, el público hormigueaba y, rumoreaba, con un rumor de río ;

mujeres en *toilettes* de estío se dirían flores vivas que andúviesen y parlasen ;

la caricia del Sol hacía transparentes las gasas, y, la ligereza de las telas las mostraba casi desnudas, a los ojos de los hombres, que las contemplaban con una avidez bestial ;

un largo aliento de lujuria pasaba por aquellos cuerpos que se creían vestidos, y, era el mismo que agitaba las desnudeces de los bañantes extendidos sobre la arena en actitudes turbadoras, o flotando sobre el agua, en posturas provocativas de una desbordante sensualidad ;

la multitud heteróclita de las grandes playas de mar en plena *season* pululaban allí con los especímenes más característicos de su fauna ;

se charlaba, es decir, se murmuraba ;

y, detrás de los abanicos que en vuelos lentos y suaves, marcaban ritmos candentes las palabras volaban, como avispa venenosas, alzadas de entre las hojas de un rosal ;

una mujer apareció entonces en el extremo de la terraza, saliendo del *Bar*, y, avanzó por entre sillas y veladores hacia la gradería que, del peristilo, bajaba hacia el mar ;

todos volvieron a mirarla, y, un nombre circuló de boca en boca :

—La Witowska, la Witowska...

ni alta ni baja, cenceña y musculada al mismo tiempo, con una proporción de líneas y de con-

tornos, y, tal euritmia de formas, que era como un poema de armonía plástica, la grande arpista avanzó por entre aquel cortejo de miradas, que eran como flechas de envidia, de admiración, de hostilidad, y de deseo ;

en aquel desconcierto de telas claras, vaporosas, multicolores, de tonos tan vivos que hacían aparecer a las mujeres como flores de un prado versicolor y abigarrado, su *toilette* obscura, de una refinada elegancia, arrojaba una nota grave y aristocrática de distinción señorial ;

llevaba como adherida al cuerpo, modelando sus formas, cual si saliese del baño, una túnica de color violeta obscuro, con dibujos de argento que semejaban grandes lises acuáticos ajados ; el cinabrio denso de la falda interior, hacía resaltar aquella flora exótica como si flotase lenta y cadenciosa ;

no llevaba sombrero ; se tocaba con una banda de tul, del mismo color del traje, atada en forma extraña, para proteger sus cabellos de los embates del viento, y sujeta a uno de los lados del rostro, por un broche en esmaltes representando un pájaro-mosca, el tornasol de cuyas alas brillaba al sol como si fuese vivo ;

ese tocado dejaba en descubierto su rostro ;

se diría un camafeo pintado en dos tonos : blanco y negro ; blanca la tez, de una blancura mate de cerámica, pero aterciopelada y, como obscurecida por súbitas oleadas de fuego interior ; negros los ojos, grandes, lucientes, llenos de una expresión salvaje : ojos de bohemia trashumante ; la



cabellera enmarañada tumultuosa, a pesar de los ungüentos y cuidados de tocador, un poco áspera, cambiante, a trechos de un tono negro-rojizo, como la piel de los chacales; las cejas se juntaban sobre la nariz, casi hasta hacer una sola línea, tupida y suave, cual si fuese un gusano sedoso, extendido sobre la frente, como una ínfula negra, adornando la cabeza de un joven coribante; circundando los ojos y agrandando éstos, y, la sombra de las pestañas hasta desmesurarlos, unas ojeras, las más enormes ojeras, que hayan decorado jamás un rostro humano; azulosas como teñidas al añil, se extendían casi hasta los pómulos, haciendo brillar aún más las pupilas que se hacían lejanas y misteriosas, como las de las pitonisas; en esa palidez y, esas negruras, los labios parecían más rojos de lo que eran y los dientes brillaban en su nítida blancura; como los de una puma joven, soñando con la presa;

la inquietante figura, había apenas desaparecido del peristilo, bajando hacia la playa, cuando las conversaciones tomaron de nuevo todo su vuelo, las murmuraciones batieron el campo y la maledicencia fué tras de la ausente como el tábano sagrado tras de la hija de Inacus, para clavarle el aguijón;

y, en verdad que la rara criatura merecía bien los honores de la leyenda;

su vida era misteriosa y turbadora como su belleza;

era en el verano pasado que había hecho su aparición en la *Rivière*, en unión de un violinista



húngaro muy joven y muy bello, que la acompañaba en sus conciertos de arpa ;

ella se decía polaca ;

pero, la maledicencia se empeñaba en hacerla bohemia, y, aun gitana, leyenda que su belleza morena y extraña favorecía ;

en las bicromías que decoraban los anuncios de sus conciertos, aparecía de pie, sosteniendo el arpa con una mano, levantando el arco en la otra en una actitud triunfal, parecía un David adolescente, dispuesto a disipar con los sonidos de su instrumento las visiones del viejo rey agobiado por el remordimiento de sus crímenes ;

y, a ese respecto, algunas versiones, la hacían aparecer como escapada al harem donde distraía los ocios de un sultán ;

otros la decían, recién expulsada de una corte balcánica, de la cual quiso arrebatarse un príncipe casi niño, locamente enamorado de su trágica belleza ;

todas esas leyendas favorecían enormemente su fama de artista, y el público acudía a oírla para contemplar de cerca la mujer que tales decires inspiraba ;

no que careciese de mérito en su arte, en el cual tenía fuego, inspiración y, maestría ; era soberbia en manejar el indócil y arcaico instrumento en cuyo cordamen, sus largas manos tentaculares, parecían garras de águilas marinas, empeñadas en destrozar el cordaje de una barca ;

los últimos acontecimientos no habían hecho sino espesar la leyenda en torno de ella ;

el niño músico que la acompañaba, y que se decía escapado de un Conservatorio de Budapest, había muerto en circunstancias extrañas ;

una tisis galopante, surgida a raíz de una pulmonía fulmínea, lo habían arrebatado en pocas semanas ;

y, cuando todos esperaban prodigios de anbegación de aquella mujer, a la cual él adoraba, de la cual era celoso como un lobo, y que, al decir de muchos lo maltrataba, se la vió huir a Monte Carlo con pretexto de organizar unos conciertos, y, el pobre violinista quedó en el Hospital, a donde murió solo, abandonado de aquella que lo había arrancado de su hogar ;

y, no había vuelto sino para ostentar un luto insolente, que ahora declinaba en esas *toilettes* excéntricas, y que pronto desaparecería del todo, porque se hablaba de su próximo matrimonio, con un joven de la alta sociedad, ex attaché de Embajada y poeta de renombre...

y sobre ese tópico versaron todas las conversaciones :

—¡ Pobre Blanca ! — dijo una señora que tenía el cabello del color del nombre que decía, y en el cual el sol hacía una como apoteosis nívea— ; y, pensar que no tiene más hijo que ése, y, a él ha consagrado su vida ;... ¡ oh ! los hijos... los hijos...

Y, sus labios se hicieron trémulos diciendo esas palabras.

—Pero, ella no ha dado su consentimiento — dijo otra más joven, en la cual se adivinaba tam-

bién la ternura alarmada de la maternidad — en el último concierto dado en su *Villa Albony*, la Witowska, fué rigurosamente excluída del programa, y todos los concurrentes pudimos notar el disgusto silencioso que esto ocasionaba a su hijo.

—Acabará por ceder, abdicando de su orgullo— dijo otra con una voz de resignación en la cual vibraba el trémolo de un dolor—; se sacrificará porque es madre, y, ¿qué es la maternidad sino un largo sacrificio?

—Bien podía él evitar a su madre ese dolor, con sólo esperar unos meses, acaso muy pocos, porque la enfermedad que mina la vida de Blanca, ha llegado ya al último período, es un fantasma de su antigua belleza.

—Es verdad — dijo lentamente la anciana señora que había iniciado el diálogo, y añadió con esa magia evocatriz que tiene la voz de los ancianos — no sobrevive en ella sino la elegancia, esa fué su cualidad dominante, aun superior a su belleza; nadie le disputó ese cetro, en los salones que frecuentó, ora en los de nuestra sociedad, que le pertenecían por su abolengo, ora en los de países extranjeros, en donde su marido fué largo tiempo nuestro embajador;

y, la voz reminiscente calló;

todas callaron;

y las cuatro damas, que platicaban en torno al velador, se hicieron soñadoras, graves, cual si el blanco fantasma que evocaban hubiese pasado por entre ellas con sus ojos de muerte y su aspecto de

cadáver, reflejando sus palideces en el cristal de los vasos donde el color de los refrescos a medio agotar, hacía reflejos de ópalo y cinabrio, descomponiéndose en infinitas refracciones ;

poco a poco el rumor del enjambre humano decreció ;

gradualmente fué extinguiéndose ;

las mujeres que llenaban con el despotismo de su belleza y su elegancia, el *hall*, la terraza, y los corredores del Casino, se alejaron en largas teorías tumultuosas, y en el esplendor de sus gasas flotantes semejaban una lenta procesión de canéforas ;

los hombres las siguieron como atraillados, con vagos olfateos de canes cazadores ;

la vasta playa quedó desierta, como un hipódromo de oro, sin carros y sin corceles...

y, el implacable silencio de la Noche se extendió sobre los lugares desiertos, como una mortaja maravillosa sembrada de estrellas.





Lenta ;

grave ;

suave ;

magnífica ;

la Noche había venido sobre el cielo...

violetizando los paisajes, circuídos de un halo de oro ;

y, caía sobre la *Villa Albony*, con una magnificencia señorial, besando los follajes con un beso de argento que los hacía aparecer como niquelados, cuasi diáfanos como si fuesen de cristal, sabiamente foliolados en cristófaros ; se dirían estalactitas de fanscrita hechas transparentes y lúcidas en la sombra ;

en el gran parque florecían las tinieblas, cuando Gastón Frenillet, de regreso de la Estación, apeándose de su coche, tocó a la puerta de la *Villa*, y el viejo portero, ceremonioso y grave, vino a abrirle ;

algo de la tristeza de los paisajes se reflejaba  
GESTOS.—13

en el rostro envejecido del servidor, genuflexo ante aquel joven que había visto nacer ;

éste, avanzó hosco, silencioso, meditabundo, por la avenida bordéada de crisantemos que desde la puerta llevaba hasta el *perrón* de la casa, en el cual arbustos y parásitas extendían follajes de una opulencia de vegetación tropical ;

entró al vestíbulo cubierto de cristales, que era una semirotonda, que servía de invernadero a plantas exóticas, que en grandes vasos de mayólica, sobre altos pedestales, llenaban la atmósfera de perfumes capciosos, y allí, se dejó caer sobre un sillón de mimbres de los que decoraban ese sitio, dió rienda suelta a su emoción, ocultó el rostro entre las manos, y, lloró amarga y silenciosamente ;

atravesaba la crisis más grave y más dolorosa de su vida de niño mimado hecho hombre y víctima de un gran desconcierto de pasiones ;

su madre acababa de partir, inexorablemente resuelta a no volver a entrar a aquella casa, que pronto la otra, la que ella llamaba la Intrusa, y que era la Electa, la amada de su corazón, entraría como vencedora ;

queriendo evitar un escándalo que repugnaba a la exquisita distinción de su espíritu, ella no había negado su consentimiento oficial, resignada ante lo Inevitable, pero, se negaba a todo contacto espiritual y material con aquella que venía a mancillar los cuarteles de su escudo, y, a traer aires de circo y de farándula a la quietud de su vida austera y señorial ;

y, la ponía fuera de su vida, y, fuera de su corazón ;

fué después de muy penosas escenas, que la madre resolvió partir, y esa tarde se había ido ; ¡ ay ! ¡ para siempre !...

enferma, casi moribunda, iba a refugiarse a su casa de París, a morir allí sola... sola... sin su hijo que era todo el amor de su vida... de su vida, que era ya un débil soplo, pronto a apagarse en la soledad ;

y, él, quedaba allí, encadenado a aquel amor fatal, un amor hecho todo de locos deseos, de ardientes lascivias, que le circulaba en las venas, como un corrosivo destructor, inevitable...

y, recordaba el encanto de su vida, que acababa de romperse ;

hacía dos años, que a la muerte de su padre, que era embajador en una corte báltica, había venido con su madre a encerrarse en aquella villa silenciosa y suntuosa, donde llevaban una vida muy retirada y sólo recibían escasos amigos y algunos diplomáticos en vacaciones sobre la costa azul, que iban a besar la mano de la antigua embajadora, cuya gracia exquisita los cautivaba como un perfume ;

la salud de su madre, exigía el lenitivo de una gran soledad, y, él aprovechaba este remanso de quietud, para dar rienda suelta a sus dos pasiones favoritas : leer y escribir ;

ellas habían dominado su adolescencia, y, dominaban ahora su juventud ;

a *Villa Albony*, llegaban los libros por todos los

correos, y llenaban la pequeña librería, se aglomeraban sobre mesas y anaqueles, en su despacho, cuyas ventanas daban al lado del mar sobre el jardín fastuoso, y, una pequeña terraza, en la cual las gardenias y los nardos parecían hacer decoraciones de cristal ;

allí ensoñaba ;

allí escribía ;

allí cantaba su alma, como un pájaro ebrio de soledad y de silencio ;

era Poeta ;

el divino mal, lo había poseído desde la cuna ;

y, niño soñador y melancólico, había sentido aquella vaga e inexplicable tristeza que agobia el corazón de los predestinados ; y, antes de conocer la Vida, ya conocía el Dolor ;

como si hubiese errado con Wang, en aquel jardín de la leyenda, cerca al lago encantado, donde los cisnes negros del dios desconocido, daban a los hombres que se les acercaban, el *don Fatal* ;

el *don del Canto*...

él, cantó ;

fué Poeta ;

lo fué desde niño, con desesperación de su padre, que había soñado hacer de él un uniforme parlante y plastronante, apto para hacer reverencias en las gradas de los tronos, y, escuchar y decir cosas ineptas en los salones de las embajadas ;

el viejo Embajador fué inconsolable ante esto que él creía un encanallamiento de su retoño, una



enfermedad mental casi vergonzosa, una perversión equivalente a un vicio ;

sin embargo, lo toleró, como los antiguos reyes toleraban a los bufones, como un adorno exótico que decoraba sus salones, en los cuales viejos duques semiletrados, y marquesas proectas y perversas, gozaban en oír frágiles rimas, de una gracia mórbida y decadente, trabajadas con un fervor y una perfección cellinescos y, ofrecidas, como rosas exóticas de un lejano jardín de Ensoñaciones, por las manos de un efebo muy bello, atrevido y seductor como un paje noble de la Corte letrada del *Magnífico* ;

las manos maternas cuidaron aquel jardín de bellezas y le enseñaron el encanto de las ternuras y las sensibilidades que aumentaron enormemente su caudal emotivo ; pero él, estilizó sus sentimientos hasta hacerlos hieráticos, augustos, en un gesto de ídolos ;

fué el poeta de las elegancias y de las exquisiteces mentales, de las rimas raras y quintesenciadas, de los ritmos arcaicos y, renacentistas, laborados con un primor de orfebre bizantino ;

tuvo rivales y discípulos en esa edad en que sólo es dado tener amigos y maestros ;

rico y, mimado, publicaba él mismo las colecciones de sus versos, en ediciones primorosas y, muy limitadas, lo cual hacía sus libros raros como un incunable ;

fué el poeta de selección ; y permaneció inaccesible a las muchedumbres, y, al rebaño de los

semiletrados, ajenos al encanto de la verdadera emoción estética ;

sus versos, más de Arte que de pasión, no volaban como águilas caudales, tenían el vuelo lento y fúlgido de grandes libélulas de oro, en la azulidad difusa de un jardín embalsamado de violetas ;

hermético y esotérico a la vez, de sus rimas podría decirse que eran claustrales y misteriosas, como los ojos de las monjas que han amado mucho, antes de pedir al claustro el olvido del amor ;

el soplo de voluptuosidad que se escapaba de ellas, era enfermizo y peligroso de respirar ;

los besos que él cantaba eran de tal manera lascivos y tan elegantemente depravados, que hacían temblorosas de emoción las manos y los labios de aquellos que los leían ;

su petronismo refinado se hacía una especie de dandysmo satánico, que él reducía a fórmulas rimadas, que tenían un perfume morboso de sales afrodisíacas.

Oscar Flahertic Wilde, Algernon Swinburne, Montesquiou Fezensac, Alfred Douglas, Gabriele D'Annunzio, le habían dado el secreto de sus rosas mortales, para extraer de ellas el enervante licor con que llenaba sus redomas ;

no había tenido hasta entonces, más amor verdadero, que el de su madre, y de tal manera lo dominaba éste, que en plena juventud y en plena gloria, cuando era admirado y festejado y recibía el culto de una capilla de adeptos, lo había abandonado todo, para venir a encerrarse con ella, a *Villa Albony*, para atenderla, para cuidarla, por-

que la veía desaparecer ante sus ojos, como un miraje de belleza y de ternura que un viento inclemente aleja y disuelve en un horizonte sin piedad ;

la misericordia del cielo le faltó entonces, y, la estrella de su ventura se eclipsó porque fué allí que encontró el amor, aquel funesto amor, que rompía su ventura, pues rompía el corazón sagrado de su madre ;

fué en la belleza toda artificial de los jardines de aquella ciudad, paraíso de tuberculosos, de neurasténicos y de *snoobs*, que halló, no enrollada a un árbol, sino reproducida en un cartel de teatro, la serpiente fatal ;

perambulaba una tarde de hastío por las calles adyacentes al mar, cuando hubo de detenerse ante una de esas salas de concierto que pululan allí, y miró el anuncio, que decía :

FIDELIA WITOWSKA. — *Arpista polaca*

y, al lado, en la ilustración del anuncio, una figura en pie, que, más que una mujer, parecía un adolescente, envuelta en un amplio manto, que apenas dejaba ver el largo cuello del arpa, y sosteniendo en el otro brazo, alzado y desnudo, el arco terso en la actitud de un joven arquero, pronto a disparar un dardo ;

entró ;

¿qué fuerza fatal lo impulsaba allí?

el arpa no era un instrumento de su predilección ; le parecía algo arcaico y bíblico, bueno úni-



camente para decorar las cúpulas de las basílicas en manos de los arcángeles ;

cuando penetró, vió con sorpresa que había un público, reducido, pero muy selecto, que era, sin duda, de aficionados y de artistas ;-

en el escenario, el arpa estaba sola, de pie contra un cortinaje rojo, laminado de oro, y, parecía dominar con su grandeza, un pequeño violín, que yacía al lado como un ruiseñor mudo de espanto, esperando la hora de cantar ;

pocos momentos después, la arpista apareció en la escena, al lado de un joven violinista, casi un niño, minúsculo, frágil, delicado, como si fuese de cristal ; tenía los ojos grises, de un gris de mar boreal, los cabellos rubios, lacios y largos, y, el aspecto soñador y flébil ; vestía en frac, y se inclinaba ante el público con una gracia suprema ;

ella tenía una túnica en tisú de plata, amplia y flotante, a la moda griega, y sólo ceñida a la cintura por una franja de brocado, que le caía a los lados en estolas pasamentadas hacia las orlas, con hojas de vid, en oro verde ; servíale de broche una sardónice enorme, cuyos reflejos amarillos se hacían a veces rojos al juego de la luz en sus facetas ;

limpias las manos de toda joya, como si temiese que el peso de las sortijas impidiese el libre juego de las articulaciones ;

por todo dije, en los brazos una pulsera muy ancha, en bronce, hecha en forma de lagarto, y, primorosamente historiada con motivos egipcios ; los ojos del reptil eran dos granates de Bohemia,



que tenían el brillo extraño de los ojos de un áspid ;

la frente ceñida, a manera de diadema, por dos cintillos de perlas, a los cuales servía de agrafe una turquesa muy pálida, en forma de cabujón ;

pero lo que dominaba en esa figura extraña eran las negruras del cabello, de los ojos, de las cejas, de las ojeras, haciendo penumbras sobre el color canela del cutis, bajo el cual la sangre cálida hacía súbitas olas de bermellón pálido ;

Gastón Frenillet, fué atraído, fanatizado, hipnotizado, por aquella belleza, que tenía de la Sunamita y de Salomé, y parecía exilia de la corte de un rajá ;

ya no tuvo oídos, sino ojos ;

la música no existió ya para él, sino la ejecutante, sus manos largas y finas, cuyos dedos semejaban garras de cristal, arrancando los sonidos del corazón del instrumento, que parecía llorar ; el gesto, ora violento, ora suave, ya lento, ya extático del brazo que sostenía el arco, y cuyo vello, negro y sedoso, lo hacía aparecer como un enorme gusano de seda desvertebrándose al sol ;

la expresión del rostro era trágica ; el rictus de los labios podría decirse que era cruel ;

cuando terminó el concierto, Gastón fué el último en abandonar la sala, que le parecía aún llena de la presencia invisible de la ausente ;

volvió todos los días ;

se la hizo presentar y, fué asiduo del pequeño salón, amueblado a estilo turco, en que ella recibía a su admiradores, y a los cronistas de diarios ;

la halló taciturna, sigilosa, parca en decires, guardando actitudes estatuarias, durante las cuales, parecía no tener vida sino en los ojos, que se diría que devoraban, más que miraban, a aquellos que veía ;

y, él sintió el sortilegio devorador de aquellos ojos ; fué su esclavo ;

envileció su musa, haciéndole versos admirables, que recorrieron las gacetas, y, fueron pasto de la crítica envidiosa ;

fué celoso del pianista húngaro, que languidecía al lado de ella, como una flor que muriera envuelta en los hilos irrompibles de una falena que le devorara el corazón ;

y, cuando éste enfermó, y ella huyó dejándole en el Hospital, él la siguió a Monte Carlo, y allí supo de sus labios el secreto de su huída ;

era el temor del mal, del mal que había matado a su madre y cuyo germen ella creía llevar en su organismo ;

la presencia de este mal la exasperaba ;

ella había abandonado a su madre, dejándola morir en un hospital de Praga, antes que exponerse al contagio de ese azote ;

ella abandonaba a ese niño que ella misma había seducido y devorado—aunque negaba ser su amante—porque el terrible mal lo había tocado ;

él, tuvo el tacto egoísta de ocultarle que su madre moría lentamente de ese mal ;

de vuelta a Niza, él, extremó su corte, y, loco de la terrible locura de amar, le ofreció su mano ;  
ella aceptó ;

la oposición de su madre, lo entristeció, pero no lo venció ;

la ruptura con ésta tuvo lugar ;

había partido ;

y, él, la había acompañado esa noche hasta la Estación ;

y, ella se había ido sin besarlo, ocultando el rostro entre las manos, para que no la viera llorar ;

y, él estaba allí, solo, vencido, triste...

vencido por el Amor...

amor que no es un dolor, no es un amor.



La ceremonia del matrimonio de Gastón Fre-  
nillet con Fidelia Witowska, no tuvo el silencio  
y el misterio que él hubiera deseado, porque los  
cronistas de diarios, y, los amigos de *sport* y, de  
clubs, por allí dispersós, no lo permitieron, los  
unos con sus indiscreciones, los otros con sus asi-  
duidades y comentarios ;

la alta sociedad, hasta entonces concurrente asi-  
dua de *Villa Albony*, se hizo notar por su ausen-  
cia a la ceremonia, y la avenida que frente a las  
rejas de la villa, estaba habituada a estacionar los  
carruajes de la *high life*, de la aristocracia, de la  
diplomacia, y, de la banca, sólo vió ese día llegar  
y aposentarse ante ella, coches y autos de artis-  
tas, y de mundanas, que veían en esta ceremonia,  
el triunfo de una de las suyas ;

la señorial morada se veía como ultrajada de  
esta concurrencia, y su tristeza se reflejaba en  
los rostros de los pocos servidores, que no habían  
tomado *congé*, o no habían podido partir aún y se



veían obligados a servir a aquella sociedad abigarrada y ruidosa, tan distinta de la elegante y estilizada sociedad que estaban habituados a servir ;

como la oposición colérica de su abuela había prohibido a todos los miembros de su familia concurrir a la ceremonia, no pudo tener como testigo a un primo suyo, a quien amaba mucho, y hubo de conformarse con que lo fueran, un diarista de la localidad, y un amigo ocasional, que ejercía a veces de poeta ;

todo esto, lo entristeció un poco, pero su amor era una embriaguez que le hacía perder de vista los contornos de los hechos, y el matiz de los acontecimientos ;

aunque al día siguiente se vió sorprendido, por la partida en masa de sus antiguos criados, no dió valor al hecho, buscó otros nuevos, y se dispuso a gozar de su felicidad, en el silencio y, el aislamiento, que tan bien sentaban a la grandeza de su amor, y, a sus sueños de poeta ;

pero, Fidelia Witowska, no lo entendía así ;

ella quería la sociedad, el ruido, el fausto ;

no entendía haber renunciado los oropeles y las luces del Teatro, para sepultarse viva en un cenobio ;

así, se trasladaron a París, a su apartamento de soltero, una deliciosa *garçonnière* en la *Avenue de la Grande Armée*, el cual hizo amueblar suntuosamente, como para un nido de amor.

Fidelia no lo encontró bastante amplio, ni bastante *chic*, para las nuevas aspiraciones sociales que se habían despertado en ella, y, que eran ab-

surdas y ridículas como las de todos los *parvenus*; y, así hubieron de trasladarse a otro, en la *rue de Washington*, que ella hizo amueblar a su gusto, con un lujo bárbaro y desconcertante, con salones a la oriental, llenos de falsos tapices, y un amor loco al *bric-à-brac*; y a la *chinoiserie*, absolutamente ridículos;

él, quedó asombrado y aturdido ante aquel mal gusto y aquella falta absoluta de elegancia, pero capituló y se calló, porque el amor lo hacía indigno y mudo como un perro.

Fidelia vió con gran pena, que sus sueños no se realizaban, y que la alta sociedad a que pertenecía su marido, no concurría a honrar el lujo de bazar de sus salones, y, tuvo que conformarse con su antigua sociedad de artistas y aun de cocotas, aumentada de algunos poetas fámulos y amigos de su marido, carentes de todo escrúpulo;

esto agrió su carácter y surgieron escenas, en las cuales toda su vulgaridad nativa se mostró en plena desnudez;

¿por cuáles indiscreciones de amigos llegó a saber el nombre de la enfermedad que padecía la madre de Gastón?

ello es que al saberlo se mostró atacada de un horrible terror por todos los objetos de *menage* que le habían pertenecido, y, vajillas, cristalerías, cuchillerías de gran valor, fueron vendidos o destruidos del servicio por temor al contagio;

él, la dejaba hacer, porque era ya, más que un ser, un objeto en aquellas manos caprichosas;

el dominio de aquel amor lo hacía impersonal;

su naturaleza, débil de por sí, empezó a resentirse del exceso de placer a que aquel temperamento de fuego lo sometía, y, al cual él, se entregaba con delirio ;

su madre murió entonces ; y, él, apenas tuvo tiempo para trasladarse a la pequeña aldea de los pirineos a donde ella había ido a buscar la salud, sobre las cumbres serenas y entre los pinos salvajes ;

la vió morir, y, le fué dado el supremo consuelo de recibir su beso de perdón, que no se hizo extensivo a aquella, que era la causa de su abandono y su dolor ;

de regreso a París, Gastón Frenillet, se sintió débil, fatigado, presa de un gran cansancio moral y material ;

parecía que su madre, al morir, se hubiese llevado muchas de sus energías ;

al verlo así, su mujer le dijo, con una voz en la cual temblaban todos los temores y todos los presagios :

—Yo te había dicho no ir a ver morir a tu madre, porque el beso de los tísicos, mata.

—Yo, no tengo tu corazón — le dijo él, con la severidad de un reproche ;

empezaba a recobrar poco a poco su libertad de espíritu, frente de aquel amor puramente carnal que lo devoraba ;

había renunciado a todo comercio espiritual con su mujer, porque había visto que ésta, apenas si tenía una alma, y no era sino un cuerpo, el más divino cuerpo, insaciable de placer ;



había tenido la esperanza de que, haciéndola madre, los dolores y los cuidados de la maternidad colmaran los ardores de aquel temperamento indomitable ;

esta esperanza parecía fallida ;

esto lo entristecía y lo enervaba ;

se sentía espiritualmente solo ; y, esta soledad, lo espantaba ;

volvió a sus libros y, se halló feliz en la soledad de los espíritus hermanos ;

pero, halló que le faltaban aptitudes y fuerzas para trabajar ;

el exceso de placer había agotado todo en él ;

quiso imponerse una higiene conyugal reconstituyente, pero, halló que no era posible, porque su mujer no se prestaba a ello ;

y, él, se resignó a morir, devorado por su amor ;

una noche, al salir de una lectura de versos, en una sociedad de poetas, le sorprendió una nevada, lejos de toda estación de coches ;

eso le ocasionó un resfriado, que degeneró en una pulmonía ;

estuvo al borde del sepulcro ;

y, no escapó de la muerte, sino para quedar inmóvil, sobre un sillón, débil, abatido, inerte ;

con gran sorpresa suya, su esposa se había adjuntado un enfermero para atenderlo, y era éste el que lo atendía hasta en sus más íntimas necesidades ;

por consejo de sus médicos fué a convalecer a la orilla del mar, y, se refugió en *Villa Albony* ;

su esposa lo acompañó bien a su pesar, porque



en aquella *villa* debía, según ella, vivir el contagio, y ser un hervidero de microbios de aquella que la había habitado tan largo tiempo ;

él, le ordenó callar, porque no le toleraba ya esas libertades de lenguaje contra la muerta amada ;

a la orilla del mar se sintió renacer, y, vió con pena que su mujer se distanciaba diariamente de él ;

ella misma había ordenado la separación de lechos, y, hacía lo humanamente posible, por tomar sus alimentos antes o después de él ;

no podía ocultar la repugnancia que le ocasionaban los accesos de tos, y, los esputos consiguientes a ellos ;

él, se resignó a esta lejanía, y a carecer hasta de la limosna de un beso, porque vió el horror con que un día se retiró de su lado cuando él quiso besarla ;

ante la mar cambiante y taciturna, sintió renacer su genio, sus musas vinieron a hacerle compañía, y, él se entregó con delirio a sus besos inspiradores ;

el invierno le fué cruel y, tuvo una recaída ;

el médico, alarmado, habló a Fidelia, como se habla a las esposas amantes, que temen por la vida del ser querido, y, le dijo que era preciso cuidar mucho para que el terrible mal, que había devorado la madre, no apareciese en el hijo, con la terrible tara hereditaria...

consternada, conmovida, ella no quiso oír más,

se encerró en su habitación y, se fingió también enferma ;

cuando después de dos días entró al cuarto de su esposo, le pareció ver en el lecho un cadáver, y, viendo grandes manchas de sangre, sobre la blancura de la almohada, quedó inmóvil, aterrada, los ojos desmesuradamente abiertos y con la boca cruel...

—¿Era el mal? ¿el terrible mal?

el médico no se lo negó ;

se apartó de allí, hosca, trágica, como quien ha tomado una gran resolución ;

huyó de *Villa Albony*, aquella misma noche, sin usar los carruajes de la casa, sin decir una palabra a la servidumbre ;

huyó del contagio ;

del contagio que ella sembraba con sus besos asesinos ;

huía de la muerte, ella, que la llevaba en los labios como una abeja fatal.

\*

\* \*

Verde y oro el paisaje en la llanura ;  
un paisaje místico de éxtasis, como el que sirve  
de fondo a la Asunción del Masaccio ;

cual de cobre oxidado las colinas ;

bajo el cadmio de un cielo adorable, tan divi-  
namente tierno, que se diría sensitivo, Florencia  
fulgía en la tarde ;

el crepúsculo anaranjado la envolvía en su ca-  
ricia de luz, como en una gasa áurea ;

se diría una rosa enferma, languideciendo en  
el nácar opalino de los rosales dormidos ;

el campanario de *Santa María Novella* se dise-  
ñaba puro, en el horizonte, con una limpidez de  
*Faenza* ;

el de *Santa Maria del Fiore*, se diría de amian-  
to, en la pureza impecable de su estilo, hecho  
todo de fuerza y de belleza, como una estrofa del  
Dante ;

el de *Or San Michele*, hacía reflejos metálicos  
azulosos, como una luz de fósforo ;

*San Miniato*, allá lejos, semejaba un dije nielado, que la noche avecinante hacía obscuro, como si fuese de un estaño muy opaco ;

*el Viale dei Colli*, parecía un jardín ninivita suspendido en el aire, con sus macizos de laureles-rosas, como una corona ofrecida a la Belleza de la Urbe, hecha opalescente, como un cristal de Bohemia en esa hora de transfiguración que hidratizaba los paisajes, esfumándolos y disolviéndolos en una lontananza de aguas ;

al llegar a la *Etazione Centrale*, el tren se detuvo suavemente como enamorado del encanto deleitoso de esos paisajes, cual si quisiese contemplar ávido a aquella dilución de colores y de líneas, que la hora hacía majestuosamente solemnes.

Gaetano Spoleto descendió de un wagón, atravesó el *hall* de la *gare* y, ya en la plaza, llamó un coche, y, se hizo conducir a un hotel ; sito en el *lungarno della Secca Vecchia*, al cual venía recomendado ;

artista orato, vibraba de una emoción muy honda, al entrar en aquel relicario de bellezas que es Florencia, y, hubiera besado su suelo, como un peregrino en *Tierra Santa*, si su dignidad de hombre libre no le hubiera vedado este gesto de adoración esclava ;

en la esmeralda de la noche, hecha de un turquí delicuescente, la ciudad se le aparecía como hidratizada en un horizonte de marismas, con incertezas lagunares, cual si fuese Venecia y, no Florencia, la ciudad aparecida, que lo fascinaba ;

el espejismo fué disipándose, hasta desvanecer-



se por completo, a medida que el coche entraba por las calles estrechas y rectilíneas, que llevan hacia el río ;

ya en el *Lungarno Acciajoli*, vió por primera vez el *Arno*, verde, de un verde limoso y profundo, que los focos eléctricos del *Ponte Santa Trinitá*, y los del malecón, no lograban sacar de su morosa taciturnidad ; manso, sin olas, parecía quieto, como una serpiente muerta a la sombra de los puentes ;

así recorrió, en la vecindad del agua, no viéndola sino a trechos, el *Lungarno d'Archibusieri*, el de *Borsa*, y el de *alle Grazie*, hasta llegar al *della Secca Vecchia*, donde estaba el hotel en el cual quedó instalado ;

uno de los más grandes, más bellos y más tenaces sueños de su vida, se había realizado ;

ya estaba en Florencia.

Florencia lo atraía aún más que Roma ;

el arte de Roma, hecho de despojos y de conquistas, se aparecía a sus ojos, con aspectos de violencia y de esclavitud, sin ninguna originalidad raizal, sin ser el reflejo, la esencia y la herencia de una raza, que es lo que constituye el alma verdadera de todo Arte ;

eso no sucedía con Florencia.

Florencia era el Arte toscano, la Ciencia toscana, la Poesía toscana, es decir : el Genio toscano ;

el alma de Florencia, se había dado al mundo, pero, no lo había pillado.

Florencia, era el Renacimiento ;

la pompa mayestática de los grandes siglos de Arte ;

deslumbrado con el esplendor que estos recuerdos evocaban en él, se acicaló apenas, someramente, y, bajó al comedor ;

las lámparas eléctricas hacían de la gran sala una como bahía de alabastro, con reflejo de oro e incrustaciones de un azul ambarino, tornasol ;

amaba la soledad, como todo espíritu selecto, y, buscó con la vista uno de los puntos más remotos y, menos tumultuosos del salón, donde estuviese al *écart* de las miradas y, aun de las voces, de los innumerables viajeros que allí se aglomeraban ;

el público era abigarrado, versicolor, sin estilo propio, como sucede en las grandes ciudades, invadidas por la ola cosmopolita ;

el rebaño de Bœdcker, pastaba allí a su antojo, y, los pastores de Cooch, lo seguían con ojo atento ;

hombres en trajes de viaje, que llevaban aún sobre ellos el polvo de las locomotoras, se sentaban cerca a caballeros estilizados, en *smocking*, con gardenia en el ojal, y rutilante *monocle* ; damas con sombrero y guardapolvos, prontas a tomar un tren, corrían cerca a otras en gran *toilette*, descotadas y enjoyadas prontas a ir al teatro, o a alguna reunión de alto rango ;

ese juego espejeante y reverberante de luces y de colores encantó sus pupilas de artista y se propuso contemplarlo a sus anchas ;

cuando hubo hallado la pequeña mesa que deseaba, al extremo del salón, sita entre dos ventanas que daban sobre el Lungarno y, desde la

cual podía ver la cinta verde del río, correr bajo las líneas negras del *Ponte di Ferro*, se complació en recorrer con la mirada, el cuadro que lo rodeaba ;

desde luego, fueron las mujeres las que atraieron su atención observadora de mirante ;

las había muy bellas en *grande tenue* ; más modestas y de una elegancia simple ; las estrafalarias damas inglesas insexuales y maniacas ; y, el inevitable gremio de las aves de paso en busca de aventuras ;

aunque muy joven, él, conocía bien este último género, por haberlo visto y mucho tratado, en Niza, Monte Carlo, Ostende, y, otras playas de moda, a donde su inagotable pasión por la pintura, lo había hecho ir en busca de ambientes marítimos, de olas y de sol, para ciertas marinas que había hecho y, a las cuales debía en gran parte su reciente fama ;

al calor de esos recuerdos, sus veintiséis años, cantaron en él, la canción de amorosas añoranzas ;

alto, delgado, pálido, de una palidez natural, que no tenía nada de morboso ni de enfermizo ; cenceño, pero musculado ; los hombros rectos, como que era por su padre, de una raza militar, hecha a llevar charreteras y entorchados ; la nariz larga ; la boca grande y desdeñosa ; dientes disjuntos, pero blancos y admirablemente cuidados ; lampiño de sí y esmeradamente limpio el rostro, con una sombra apenas visible de bozo, castaño como los cabellos, que llevaba largos y, peinados en bandas, cayéndole en ondas rafaelescas sobre



las mejillas, Gaetano Spoleto era bello y elegante, y, esto último se revelaba en el corte impecable de su traje, y, en todos los objetos que completaban su indumentaria personal ;

algunos hombres, lo miraron con curiosidad ; casi todas las mujeres con avidez ;

de éstas, sólo una le llamó la atención ;

vestía en gran duelo y, se sentaba en una mesa cercana de la suya ;

la miró con detención, y le pareció como desprendida de una tela de Gustave Moreau, tal era el orientalismo desbordante de su fisonomía ;

ella lo miró rectamente en los ojos, con una audacia desconcertante, que lo inquietó ;

¿qué tenían los ojos de esa mujer, que daban esa especie de calofrío?...

la dama abandonó el comedor antes que él, no sin regalarlo con una leve sonrisa, que lució como un relámpago en el arco bermejo de sus labios ;

inquirió entonces con el camarero que lo servía, quién era esa mujer tan bella con ojos como minerales, y sonrisa de esfinge ;

el camarero no fué avaro en informes, y, por ellos, supo que la dama se llamaba Madame Marlet, y era la viuda de un joven francés, muy recientemente muerto en el hospital, después de seis meses de matrimonio, cuando pasaban en Florencia la luna de miel.

—Es una comedora de hombres, señorito, lo mató en seis meses ; y hay quien asegura que no es el primero ;

agradeció las reseñas, y, quedó soñador pensan-



do en la bella viuda, pero sin la idea de acercarse a ella, porque acababa de salir de una gran crisis pasional, que le había sido muy penosa ; y, convalecía apenas, de ella ;

era una cura de reposo de alma y de cuerpo, la que venía a hacer a Florencia ;

se recogió temprano ;

y, al día siguiente, principió sus paseos por la adorable Urbe médica ;

fueron sus primeras excursiones para descubrir y aprender la topografía de la ciudad de la *Fortezza da Basso*, a la *Porta San Giorgio*, y del *Cimitero degli Inglesi*, a la *Porta San Frediano* ;

asistió en las mañanas al desfile de bellas damas, por las pastelerías de la *Via Tornabuoni*, y al de la tarde por la *Via Calzaioli*, recorrió las *Cascine*, desde el Arno hasta *Porta Prato* ; ensoñó bajo los rosales del *Boboli*, y los laureles del *Colli*, y excursionó desde *San Miniato* a *Fiesole*, en una verdadera embriaguez de aire y de luz ;

recorrió luego todos los museos y galerías, desde el *Palazzo Pitti*, a *degli Uffizi*, de la *Galeria Antica* al *Museo Nazionale*, pasando por gliptotecas, colecciones, y tesoros particulares en perpetua exposición ;

después de haber rendido tributo de admiración a sus grandes Maestros, que lo eran todos, desde *Leonardo* al *Dominichino*, y, de *Perugino* a *Ghirlandaio*, pasando por *Fra Filippo* y *Luca Signorello* hasta el *Bronzino*, pensó en estudiar y en trabajar, y, necesitando para eso de una absoluta soledad, que no podía obtener en los hoteles, buscó

un *piccolo appartamento mobigliato* en la ribera opuesta del Arno, y, lo halló por allá, en la *Via della Chiesa*, muy cerca al Museo de Física, y se instaló en él ;

allí se enmuró en una absoluta soledad ;

sacó sus esbozos, sus lienzos, sus libros, armó su caballete, y, se dió al estudio y al trabajo, con una pasión de benedictino ;

perambulaba una mañana fría y, perlada, de principios de otoño por la *Galeria Palatina* en el *Palazzo Pitti*, y, se había detenido en la *Sala de Júpiter*, ante la *Monaca*, del *Pollainolo*, cuando sintió unos pasos muy cercanos, y, alguien que se detuvo a su lado ;

volvió a mirar ;

era la *viuda*, la enlutada belleza, a quien no había visto después de su salida del hotel ;

en la tibieza casta de la mañana sus blancuras de ánade se hacían fulgentes, entre las negruras sedosas de sus tocas y de su traje ;

hacía el gesto de contemplar beatamente, el rostro enigmático de la *Monaca*, que emergía de la tela verdosa, como una pasionaria de desolación ;

se sintió atacado de un súbito terror, como si un peligro muy grande lo amenazara, e intentó retirarse ;...

pero ella lo miró entonces, como haciendo un esfuerzo para reconocerlo, y le sonrió ;

y, luego, como si continuase una conversación, largo tiempo empezada, dijo :

—De todo *eso*, yo, no amo sino a Leonardo, es

el único que tiene genio, porque es el único que ha comprendido el alma de la mujer, y la ha reproducido en el lienzo : Mona Lisa no es una mujer, es todas las mujeres ;

él, escuchó sonriendo aquel farrago de fatuidad pueril, y, calló ;

excitada por el silencio, ella continuó en decir :

—¿Esto? esto es absurdo — y señalaba el cuadro, en el cual, el rostro de la *Monaca* lucía como una flor de cera caída sobre los paños de un catafalco.

—No — dijo él — éste es un divino rostro, lleno del Amor divino... ¿no ve usted cómo esos ojos turbados por las místicas visiones, son el más bello y más sugestivo *paisaje psicológico*, en el cual canta el alma solitaria de un Poema?...

—Ese no es el Amor, ese es el Vicio, el peor de los vicios es la Castidad ; ella es el infanticidio perpetuo ; el mundo hace bien en colocarla en el cielo, su reinado sería la muerte del mundo...

parecía que oyendo esto, el rostro de la *Monaca*, y ella toda, se hubiese desprendido del cuadro y anduviese destacada del paisaje circundante, un paisaje técnico, sabio, de esos que sólo pintaron en su tiempo, Sansovino y el Verrocchio ;

él quedó desconcertado, inquieto, sintiendo que un delicioso malestar lo poseía ;

¿qué había en esa voz que lo inquietaba, lo dominaba, lo llenaba de un malestar extraño, absolutamente físico, como la de un tocamiento impuro?...

todo el sedimento morboso de sus más bajas pa-



siones regurgitó en él, al sonido de aquella voz evocadora de las más crueles lascivias ;

aquella mujer revolvía todo el cieno que yacía quieto en el fondo de su ser, y, que él había querido sepultar en el olvido ;

ya no pensó en huir ;

quedó allí, prisionero de aquellos ojos y de aquellos labios, que lo sugestionaban con una fuerza de hipnotismo ;

con pretexto del Arte, se engarzaron en una conversación de Amor, sutil y deliciosa ;

y, cuando el conserje vino a anunciarles que ya era la una, la hora de cerrar, salieron juntos ;

él la invitó a comer en un pequeño restaurante de artistas, que había en una calle cercana a la *Piazza Santo Spirito* ;

y, ella aceptó ;

fueron amigos ;

sin complejidades, sin romanticismos, sin orgullos vencidos, ni pudores violentados, y, casi podría decirse que sin necesidad de seducción alguna, ella fué suya ;

se le entregó sin la pretensión de hacerle un favor, ni la hipocresía de fingirle un loco amor ;

se dió a él, por pasión carnal, por necesidad física, por ese amor desenfrenado del placer, que, según ella, era todo lo contrario del vicio ;

y, el pequeño apartamento de *Via della Chiesa* se hizo un delicioso nido de amor en que albergaron los suyos ;

ella venía todos los días, y, salían a correr juntos, los museos y las galerías, o recorrían los jar-



dines públicos, tomando en ellos croquis o diseñando acuarelas ;

comían en restaurantes para artistas, que ella adoraba por la gozosa algazara y el ambiente de libertad, tumultuosa, que en ellos se gozaba ;

su belleza enigmática yalconada, llamaba enormemente la atención de esos jóvenes bohemios, casi todos amigos del joven pintor, hechos en su frecuentación de academias y *ateliers* ;

a lo único que no accedió nunca, fué en dormir fuera del hotel, hasta cuyas cercanías, la iba a acompañar él, en altas horas, todas las noches ;

no transitaba con él por las calles muy concurridas, esquivaba concurrir a ciertos sitios, y, se rodeaba de precauciones como de gente que no quiere ser reconocida ;

eso, lo intrigaba a él un poco, pero no quiso interrogarla ;

ella tenía horas de taciturnidad, de ensimismamiento, en que parecía abstraída, absorta, como espiritualmente ausente del sitio que ocupaba ; y, cuando volvía en sí, después de aquellos largos éxtasis, lo hacía con las perplejidades, las incertidumbres, la amnesia, con que despiertan de su sueño los somnámbulos ;

y, entonces se abrazaba a él, lo besaba con pasión, y, lo obligaba a poseerla en un verdadero acceso de voluptuosidad, como si las visiones de esos ensueños aguijoneasen sus lascivias ;

nunca una palabra sobre el pasado desfloró sus labios enigmáticos de Venus afrodisia, como se hacía ella llamar de su amigo, al cual nunca quiso

dar su verdadero nombre, conformándose con decirle, que el de madame Marlet, que llevaba, no era el suyo ;

y, cuando él le hizo alguna pregunta indiscreta, o alguna alusión malévola, a su último marido, tan prematuramente muerto, ella, hecha taciturna, respondió :

—Respetemos a los muertos ; ellos no pueden explicarse, ni defenderse...

—Y, felizmente no pueden hablar, y, si no, ¡ qué de cosas nos contarán !... — añadió él, en tono zumbón...

ella, lo miró con rencor, y, quedó largo tiempo silenciosa, meditativa, con un rictus malo, sobre la boca hecha cruel ;

nunca Gaetano Spoleto había tenido, ni había sospechado, una mujer de un temperamento más vehemente y más apasionado que ésta ;

la *Invencible*, la llamaba él ; y ella sonreía ; y, lo era en efecto ;

conocía todas las sensaciones del placer, menos la fatiga de él ;

Gaetano se explicó entonces las leyendas que circulaban en el hotel, sobre la muerte tan rápida de su joven esposo, y el final de sus amores con un joven inglés, al cual su familia había tenido que venir a librar de una muerte segura.

—Se come los hombres, *signorino*, es una sembradora de la muerte—había dicho el viejo *maître d'hôtel*, con su voz nasal de toscano, hecha temblorosa como si también temiese el peligro para su venerable ancianidad ;

él, sentía en sí mismo, que eso era verdad, porque empezaba a sentirse deliciosamente enfermo del furor de aquellos besos ;

un día, viéndola en el lecho desnuda, con la belleza de un ídolo de ámbar, una *Isis* de marfil y oro, que fulgiera a los rayos del Sol, caídos de una cúpula remota, él, la dijo :

—Yo quiero inmortalizar tu belleza reproduciéndola, fijándola en la tela ; quiero hacer tu retrato, así, en todo el esplendor de tu radiante desnudez ;

ella, accedió encantada ;

y, desde el día siguiente, se pusieron a la obra ; sobre un tapiz escarlata, que se diría la arena de un circo, recién abandonado por las fieras, y rojo de la sangre de los últimos esclavos degollados, él colocó un triclinio cubierto de una tela mordorada, cuyos cambiantes violescentes daban un fondo inseguro de tonos lagunares al cuerpo, que parecía como reposar en una concha marina ; en lo alto de la tela, una gran franja de oro decoraba el muro, para que de ese fulgor de nimbo, surgiese mejor la tiniebla de los ojos profundos como cavernas de hulla, y, el negro bituminoso de la cabellera, bajo la cual la blancura acanelada del rostro tenía palideces de ámbar ;

ningún adorno mural ni arquitectónico que hiciera sombra a la desnudez felina del modelo que, yacente sobre el triclinio, tenía entre sus dos muslos columnarios, prisionero, un cisne como el de Leda ; con la una mano acariciaba la cabeza del palmípedo, que parecía feliz del nido en que re-



posaba, y, estiraba voluptuosamente el largo cuello y lo curvaba sobre una pierna, con la pureza ática del asa de una ánfora de alabastro ; con la otra mano hacía el gesto de levantar sus cabellos, dejando en descubierto la axila, donde la luz hacía reflejos de oro, sobre las ductilidades del vello, que se enroscaba en actitudes vermiformes ;

eran todas las mañanas tres horas de *pose*, que no se interrumpían, sino para comer algunas golosinas, y saturar de besos el cuerpo admirable, que la luz hacía radioso como un vaso de Murano con ramazones de acanto ;

poco a poco, la sinfonía de las formas, fué surgiendo de la tela inerte, a la caricia sabia del pincel ;

la cabeza pequeña, adornada únicamente de la cabellera profusa, como coronada de ranúnculos de hierro oxidado, los grandes ojos de mineral impoluto, lanzando sus reflejos azulosos bajo las largas pestañas tenebrosas, con un resplandor ferral ; la boca sensual, roja y, carnosa, semejante a un enorme *Russula Rubra*, aquel hongo venenoso que da la muerte en un espasmo de amor ; la garganta columbina, como el pecho de una tórtola, en el cual no expiraran nunca los arrullos ; el seno marmorescente, con el ramaje azul de las venas, haciéndole tenues lineamientos de topacio ; las dos magnolias de los pechos, erectas y agresivas, como si fuesen a abrirse en el gesto violento de una flor de cactus índico ; la curva de las caderas, como un ritmo de luz, diseñándose en medio arco, sobre el fondo bermejo de la tela, como una caricia de oro ;



las piernas esbeltas, más bien nervudas que grasas, cinegéticas, como las que Cellini daba en sus copas maravillosas a las compañeras de Diana ; y, el cisne cándido reposando en el vértice de ambas, acariciado por la mano de ámbar, trémulo de emoción ;

concluída la obra, ambos sintieron el deslumbramiento de ella ;

la reproducción de aquella belleza maravillosa y desnuda, pareció fanatizarlos ;

ella se sentía orgullosa de poseerla ; él feliz de haberla reproducido ;

y, como si el esplendor y el olor de aquella carne radiosa los embriagase centuplicaron sus besos, en torno al cuadro, como ritos torturadores, cerca al altar de un Idolo insaciable ;

él, se sentía morir suavemente, deliciosamente, como en una apoteosis de caricia ;

sus antiguas neurosis resurgían, y, sentía el agotamiento nervioso, apoderarse de él, como un marasmo ;

el trabajo, que había sido su encanto y su fanatismo, lo fatigaba ;

no tenía fuerzas para él ;

permanecía largas horas inerte, ensoñador, extendido en un sofá, soñando bellas cosas, sin tener alientos para ejecutar ninguna ;

llegó a tener odio al movimiento, al tumulto, y permanecía muchos días sin salir de su habitación o, mejor dicho, de los brazos de su querida, que eran su único lecho ;

todos lo veían desaparecer lentamente, menos

ella, que en el fanatismo egoísta de su amor, no comprendía otro objetivo que el placer ;

los amigos de él se alarmaban, lamentando ver tan prematuramente truncada tan bella carrera y aun tan bella vida de artista ;

un día en que él se sintió tan débil que no pudo alzarse del lecho, hizo llamar a un médico ;

un amigo suyo fué a buscarlo, porque ella se opuso tenazmente a la entrada del galeno ;

llegado éste, observó al enfermo, y con ojo clínico admirable, diagnosticó en el acto ; *surmenage*, agotamiento nervioso, peligro de anemia cerebral, y, prescribió como únicos remedios, un reposo físico absoluto, superalimentación, y reconstituyentes, especialmente fosfatados y ferruginosos ; y, encarándose directamente con la *viuda*, que estaba cerca al lecho, le dijo como si estuviese en autos de lo que pasaba :

—Señora, la primera medicina para este joven, la única que podrá salvarlo será la ausencia de usted, sin ésa todas las demás son inútiles ; déjelo usted vivir ;

ella se mordió los labios, apretó los puños, y no dijo nada ;

pero, apenas partido el médico, tuvo o fingió tener una crisis de nervios, e irrumpió a llorar, lo cual no hizo sino agravar el estado del enfermo, pero no salió de allí ;

desde el día siguiente, cerró la puerta al médico y, a los amigos del joven, y, dijo que ella se encargaría de su curación ;

y, en efecto, por todo método lo hacía salir en

la mañana y en la tarde, hacer grandes caminadas que lo fatigaban hasta la extenuación, y, llevarlo a diversiones de noche, de las cuales regresaba enfermo, descorazonado, incapaz de toda resistencia ;

una noche, al salir del *Teatro Nicolini*, de ver a Scarpetta en *l'Osteria*, Gaetano sintió muchos escalofríos, gran dolor de cabeza, y, una puntada aguda en el costado derecho ;

se puso en cama ;

amaneció al día siguiente imposibilitado de levantarse, y, con una fiebre altísima ;

el médico, venido a toda prisa, diagnosticó una bronconeumonía aguda ;

ella quedó como petrificada de horror ;

el enfermo respiraba penosamente, una inquietud extraña no lo dejaba estar tranquilo en el lecho, la fiebre era intensa y en el delirio llamaba a su madre, la llamaba a ella...

así pasaron cuatro días ; los amigos cuidaban al enfermo más que ella, que buscaba pretextos para estar todo el día fuera, y no llegaba sino azorada, medrosa, esquivando acercarse al lecho, donde su amante la nombraba...

una noche la fiebre había disminuído, el enfermo reposaba tranquilo ;

ella, había quedado sola, velándolo ;

de súbito él, tuvo un ataque de tos ;

ella fué en su auxilio ;

rojo, convulsionado, el pecho desgarrado por el esfuerzo, tuvo un vómito de sangre ;



la camisa y el lecho se llenaron de manchas rojas ;

ella, dió un grito y, temblando de angustia, no acertaba a sostener la cabeza del enfermo ;

éste, aliviado por aquel derrame, la miraba intentando sonreírle, y le decía :

—No es nada ; no te vayas, Venus, no te vayas ; no me dejes solo ; no quiero estar solo ;

ella hizo sentar a su lado, tomó entre las suyas una de sus manos, y, colocándola bajo su mejilla ardiente, como para que le sirviese de almohada, decía débilmente con la voz cariñosa de un niño que se duerme :

—No te vayas, Venus, no te vayas ;

y así entró en sopor ;

ella, lo miró dormirse ;

estaba verdaderamente loca de pavor ;

miraba las manchas de sangre, y temblaba como azogada ;

apenas él hubo cerrado los ojos, ella muy cautamente fué retirando su mano de las calenturientas del enfermo, y cuando ya la tuvo libre, se alzó del asiento vecino al lecho, se dirigió al lavabo y agotó el jabón y las esencias en lavarse y en ungirse, mirando con un horror invencible hacia donde estaba su amante, engrandecidos los ojos de espanto ante las manchas de sangre que lo rodeaban ;

reunió y encerró en un maletín sus enseres íntimos de traje y de *toilette* ; su camisa de noche, un *peignoir*, frascos de esencia, cepillos de cabeza y de dientes, cosméticos, peines ;... y en pun-



tillas de pies, como un ladrón que huye, escapó de aquella habitación donde quedaba enfermo aquel que le había dado su vida ;

cuando ya muy tarde, Gaetano despertó, llamó muy paso :

—Venus, Venus ;

nadie le respondió ;

creyendo que no le había oído, repitió :

—Venus, Venus, tengo sed...

ante el silencio obstinado, abrió los ojos, se incorporó en el lecho ; miró en torno suyo ; estaba solo ;

apenas acertó a darse cuenta de su abandono ; vencido por la fiebre, volvió a caer sobre la almohada, gimiendo débilmente :

—Agua... agua...

... ..

al día siguiente la portera, compasiva, subió a verlo : estaba solo ;

sus amigos llegaron después, y, todos constataron las huellas de la huída...

—La asesina — dijo la portera, llenos los ojos de lágrimas y, de cólera la voz...

de acuerdo todos, resolvieron trasladar el enfermo al hospital, a una *cámara a pagamento*, donde estuviese mejor atendido ;

y, así lo hicieron ;

y, cuando días después, dominado el mal, Gaetano tuvo conciencia de su situación y volvió a la vida en la *cámara* del Hospital, rodeado de sus amigos, comprendió la terrible verdad ;

había sido abandonado ;

la Sembradora del Mal había huído...  
felizmente estaba salvado...

su madre vino para tomarlo en sus brazos, y llevarlo lejos, muy lejos, de aquella que había querido matarlo ;

y volvía a la Vida, coronado por la guirnalda de amor de los besos maternos.



Moría el Otoño, un Otoño pomposo y melancólico de bellos celajes inverosímiles, de insólitas lontananzas, de aires puros, que parecía traer en sus alas el alma de todos los jardines prontos a morir bajo los besos del Invierno ;

Gaetano Spoleto, que había convalecido en los feudos paternales, bajo el lenitivo encanto de las caricias de su madre, había surgido de nuevo a la vida curado, pacificado, buscando en el Olvido la pureza del alma que los besos fatales le habían arrebatado ;

ningún recuerdo espiritual, nada noble, conservaba de aquella pasión brutal, que había sido un acceso de vesania ;

sólo su carne conservaba el recuerdo de aquellos besos torturantes, de los cuales su alma no había sufrido la más leve mancilla ;

pero, su sangre estaba aún intoxicada de ellos, y era necesario expeler hasta el más leve germen del mórbo destructor ;

olvidar... olvidar...

para lograrlo, tentado había estado muchas veces a destruir aquella tela culpable donde fulgía desnuda, la Sembradora del Mal ;

pero, no había tenido valor para ello ;

y, antes bien, había torturado sus carnes contemplándola, y había caído de rodillas ante ella besándola con pasión, diciendo, para engañarse, que no besaba en ella sino la imagen de la Belleza, traducida por su Genio...

pero, en fin, bajo las alas del tiempo eso paliecía lentamente ;...

las proximidades del Invierno, le hicieron pensar en dónde iría a pasar la rígida estación, ya que en Milán, donde residía su familia, el tiempo era muy crudo, y, podía ser fatal a sus bronquios y a sus pulmones, aun ligeramente resentidos ;

la «Riviere», le era odiosa ; ese paraíso de rastacueros y, de «snobs» era todo lo más contrario que podía haber a su temperamento exquisito de artista, y a su delicada sensibilidad personal ;

¿para qué salir de Italia, si para un artista italiano el Reino de la Belleza expira allí donde el Reino de Italia tiene sus fronteras?...

a su madre, le habían indicado un paraje encantador, en el lago de «Garde», no lejos de «Desenzano», en la casi isla de «Sirmione» ;

y, allí fué ;

pero, aquella como copa de diorita, en la cual se le ofrecía el agua azul del lago, no le fué grata porque el olor de las aguas sulfurosas apestaba el ambiente, y, algún viajero, uno de esos exquisitos



buscadores de bellezas mayestáticas, le indicó un hotel solitario, sobre el monte «San Bartolomeo», dominando a «Saló» ;

se hizo conducir en barca a este último lugar, y de allí emprendió en «carrozza» la ascensión por entre senderos escabrosos y perfumados, en los cuales parecía vagar esparcida el alma de los rosales lejanos ;

y fué al caer de la tarde, que llegó al «Hotel Metropole», sito al final de una avenida de pinos, que arrullan con sus músicas las blancuras del edificio, del cual los estanques avicinantes, reproducían la silueta rectilínea ;

grandes terrazas, jardines umbríos, parques y bosques cercanos hacían deliciosos los parajes, y, grata la estancia cerca de ellos ;

allí se instaló feliz, pidiendo a la Soledad la caricia benéfica del Silencio y, del Olvido ;

no sabiendo qué hacer de sus ocios, resolvió pintar ;

puso fuera todos sus elementos de trabajo, y, se dió con fervor a esa tarea ;

para eso se alejaba del hotel, hacia la cima desnuda del monte, que caía cortado a tajo sobre el lago, y desde allí abarcaba la perspectiva gloriosa ;

abajo la esmeralda de las aguas, ora claras como ópalo verde, ora azulosas orladas de oro cerca a las playas lucientes, ora verdinegras obscuras color de variolita, allá lejos donde después de «Bogliacio», se pierden hacia «Rivá» ;

la cortina de pinos que lo arbitraba lo protegía contra el aire, y, contra los rayos excesivos del

Sol poniente, y proyectaba una sombra azul, sobre las bellezas circunstantes ;

una tarde, cuando más absorto estaba en pintar, como devorado por la calma vegetal que lo circuía, miró surgir cerca de sí una forma blanca, que aparecía apartando los follajes ; no era aún una mujer, y ya no era una niña ; era una delicada y suave adolescente, llegada apenas a la encantadora edad de los quince años ;

con una gran sorpresa en los ojos cándidos se detuvo en la linde del bosque del cual surgía y, con voz temblorosa de temor, dijo :

—Perdone usted si lo interrumpo, me creía sola ; y, el libro que llevaba tembló, como una flor entre sus manos ;

él, la tranquilizó con palabras suaves, y miró encantado sus ojos color de miel, sus cabellos castaños y la blancura irídea del rostro, en la cual la boca pálida parecía una herida mal cerrada ;

y, ella miró el paisaje esbozado sobre la tela inerte, el verdor de los naranjales, tan vivo, que de él parecía escaparse el penetrante olor de los azahares recién abiertos ;

la obsesión del crepúsculo reinaba en aquel cuadro, que se diría vivo ;

el azul del cielo se diluía en los follajes, que parecían temblar, con temblor de emoción ;

tal era la ilusión de lo real que emanaba de la tela, que la niña extendió la mano, tan blanca cual si fuese una de las margaritas que se abrían entre la espesura del ramaje ;

la retiró confusa, y quedó alelada ante el oro de una abeja que voloteaba sobre una flor.

—Como es bello—exclamó ensoñadora, y añadió—: yo, estudio la pintura; mi abuelo, el Profesor Morlachi, me da lecciones de dibujo...

—El Profesor Morlachi...

—¿Lo conoce usted?

—De nombre;

y recordó que era en textos del ilustre profesor de la Universidad Industrial, que había aprendido las primeras lecciones de dibujo y perspectiva;

como si hubiese obedecido a la evocación de esos recuerdos la figura menuda y respetable del profesor, surgió de entre los ramajes tupidos y se acercó al grupo de los dos jóvenes, que dialogaban;

y, sin presentación ninguna, platicaron los tres de cosas de Arte;

y al regresar al hotel, en el encanto de la tarde vencida, por entre los senderos perfumados, en cuyo verde glauco las blancuras de la joven y de su traje hacían como surcos de luz lunar, él, se fijó en el libro que aquella estrechaba contra su pecho como un pectoral de oro y leyó, maquinalmente y, a media voz, el título: «L'Agonie d'un Rêve».

—Es un bello libro de un gran Poeta — dijo el Profesor, como si respondiese a la curiosidad del joven—, ¿no ha leído usted nada de Gastón Frenillet?

—Sí, algunos versos, en Revistas francesas.

—Está aquí, y ha obsequiado a Teresina ese libro, es un hombre admirable, ya se lo presenta-



remos a usted ; es una gloria que fenece ; está herido de muerte ;

y, como temeroso de haber pronunciado la palabra fatal, que aun temblaba en sus labios, miró a su nieta, que, con su gracia frágil, y su rostro exangüe y pensativo, parecía diluirse lentamente en el alma del paisaje ;

ya en el patio del hotel, cerca de la escalinata del vestíbulo, vieron avanzar hacia ellos algo, que parecía una sombra ; era Gastón Frenillet ;

pequeño, esquelético, cuasi transparente, en su blancura de cadáver, el gran Poeta, se acercó afa-ble y cariñoso ;

el Profesor, lo presentó a Gaetano Spoleto ;

y todos tres hablaron de Arte y de Poesía, en la magnífica tristeza de la tarde, en la grave elegía de las rosas moribundas, y el ritornello remi-niscente de las hojas secas que el viento abatía sobre la terraza, y las llevaba luego, en el cres-cendo de una lúgubre lamentación...

... ..

¿Cómo Gastón Frenillet, después de tanto tiem-po de recorrer todas las estaciones y los balnea-rios de Europa, había caído en ese encantador peñón de *San Bartolomeo*, que, como incrustado en ese horizonte de árboles y de aguas, reflejaba sobre el lago quieto su alta silueta, llena de un grave encanto?

después de la huída de su mujer, y, de la larga crisis sentimental que lo había puesto a la orilla del sepulcro, ensayó reconstruir su vida ;

quiso olvidar ;



se refugió en su *villa* de Neuilly, rodeado de pájaros y flores, ensayando ahogar su pasado en el olvido, como se arroja un cadáver en el fondo de una tumba ;

vano empeño ;

no podía olvidar ; y, lo que era más cobarde aún, ensayaba disculpar el gesto cruel que lo sumía en el abandono y en la soledad ;

—¿Por qué obligarla a morir conmigo? — se decía...

no inquirió nada sobre la fugitiva ; no la nombró nunca ; no habló de ella jamás ;

se entregó al amor de los libros, e hizo nuevos versos que publicó con un grande éxito ;

tuvo el orgullo de no contar su dolor, y se elevó por encima de él haciendo el gesto de olvidarlo ;

dos nuevos volúmenes de Poesías, aumentaron su nombradía, y la muerte de su abuela, que, perdonándolo por creerlo divorciado, lo nombró su heredero, aumentó enormemente su fortuna ;

pero, ¡ay!, ésta no servía sino para sostener artificialmente una vida que se le escapaba ;

se moría ;

él, lo sabía bien ;

no buscaba escapar a su fin inevitable, sino aminorar sus dolores físicos, sufrir menos, hacer bella su agonía y buscar un horizonte de belleza, sobre el cual cerrar lentamente los ojos ;

morir entre rosales, cuando el frío del invierno empezara a helar el corazón de las rosas ; evaporarse en el alma de una tarde serena, como el perfume de un nardo en la calma de la noche...

en *San Bartolomeo* encontró lo que buscaba su alma de poeta, y, su pobre cuerpo fatigado ;

allí ensoñó, allí cantó como un pájaro enfermo que hiciese jaculatorias de arpegios a una estrella muy lejana ;...

la amistad de Gaetano Spoleto le fué un gran consuelo y un gran alivio en aquella soledad...

ambos artistas, ambos jóvenes, hablaron, como era natural, de arte y de amor ;

Gastón Frenillet, hermético, silencioso, más dueño de sí mismo, no hizo confidencias ;

Gaetano Spoleto, más joven, más expansivo, no aleccionado por el dolor, y de un temperamento meridional, contó a su amigo, su última aventura en Florencia, esa que lo había llevado a *San Bartolomeo*, en busca de olvido y de reposo ;

y, fué nimio en detalles, deteniéndose a pintar con sus más vivos colores los cuadros de voluptuosidad y aun de vicio repugnante, de aquella pasión devoradora, que había estado a punto de matarlo,

— ¡ Qué mujer ! ¡ qué mujer !... — exclamaba el poeta, y, quedaba ensoñador, como si rememorase también besos lejanos...

el relato de aquellas escenas de lujuria enardecían a los dos jóvenes, que pasaban noches inquietas y reminiscentes, con el sueño pertinaz de aquella belleza ausente, y sus besos devoradores ;

Gaetano Spoleto había ofrecido a Gastón Frenillet mostrarle el retrato de la Faunesa, desnuda, tal como la había pintado en Florencia ; y éste ardía en deseos de verlo ;

una tarde, Gaetano Spoleto, se presentó en la habitación de Gastón Frenillet, para solicitar de él un favor ;

traía bajo el brazo un lienzo, ya armado en el bastidor, pero sin moldura, apenas envuelto en un papel ; y le dijo :

—Hoy van el profesor Morlachi y Teresina a mi habitación para ver mis acuarelas de Foggia, de la cual el profesor es fanático, y, yo no quiero que la niña vea este cuadro ; es el retrato al desnudo de *aquella mujer*, la de Florencia ; ¿eh?...

y, diciendo así, le entregó el cuadro y partió...

Gastón, trémulo de deseos, quiso verlo en el acto ;

no había aún roto el papel, y cuando apenas el rostro de la mujer surgía provocativo y sonriente, dió un grito y sacudió la mano, como si de ella tuviese pendiente un áspid ;

el cuadro cayó al suelo, y el aire levantó el resto de papel que lo cubría...

Gastón Frenillet se llevó las manos a la cabeza, se acercó al cuadro, lo miró fijamente, se alejó de nuevo enloquecido, queriendo gritar y no pudiendo ;...

sí... no había duda... era ella... Fidelia Witowska... su mujer...

ella, tentadora, desnuda como la había visto muy raras veces... con sus ojos de abismo... con su boca cruel ;

ella, que aparecía así, tendida en el suelo, como una serpiente de llamas ;



se acercó de nuevo al cuadro, y tuvo el ímpetu de romperlo a puntapiés ;...

pero... era tan bella ;...

levantó el lienzo, lo puso sobre una mesa, y lo contempló con pasión ;

el sol claudicante daba a la tela tonos de inverosímil realidad ; la carne se hacía mórbida, el pezón de los senos se hacía rojo, el vello semejaba el de una fruta madura, los ojos parecían moverse en las órbitas, y los labios extenderse para besar...

sintió horror de aquellos besos imaginarios, y retrocedió ;

se acostó en una *chaisse-longue*, frente a la tela maldita, y se absorbió en su contemplación ;

un odio ciego lo poseía, contra aquella mujer que, después de haberlo abandonado, lo deshonoraba...

hasta entonces, él, no había sabido nada de su vida ;... y ahora la conocía toda... una vida de vicios nauseabundos... de asesinas orgías...

y, los relatos de Gaetano Spoleto, aparecían vivos a su memoria ;

las asquerosas... las repugnantes escenas... uf...

tuvo un gran acceso de tos, y escupió sobre el retrato...

y, el esputo sanguinolento cubrió la carne radiosa como un andrajo de púrpura arrastrada por el fango...

se sentía ahogar...

comprendía que iba a morir, y quería morir frente a aquella que lo había matado...

afuera llovía...



por la ventana abierta entraban ráfagas heladas, y, por intervalos, impulsada por el aire, la lluvia entraba hasta la *chaise-longue*, en que él estaba extendido y lo bañaba...

no se movía...

no se defendía...

¿para, qué?

.....

Al día siguiente, los criados del hotel tuvieron que desvestirlo y ponerlo en el lecho ;

ya no hablaba ;

apenas con los ojos indicaba que aun vivía...

Gaetano Spoleto, que fué de los primeros en entrar, vió su tela maculada de sangre ; creyó en una inevitable necesidad del enfermo en la obscuridad, y, nada dijo : ordenó que lo quitaran de allí para que no ofendiera el pudor de los que entraran, y, la hembra impudorosa no ultrajara con el espectáculo de su desnudez, la augusta solemnidad de la Muerte ;

los ojos del moribundo siguieron el éxodo del cuadro, como si quisiese moverse, hablar, seguir tal vez tras de aquel cuerpo abominable ;

desde esa mañana, al comenzar la crisis, el médico comprendió que era la última, y, que no podía sino prolongársele una vida artificial, hasta que vinieran sus deudos, y telefoneó a su mujer, según instrucciones que tenía de él, cuando llegó al Sanatorio.

—¡Cómo!... ¿Gastón Frenillet, era casado?— exclamó, sorprendido, Gaetano Spoleto ;

bajo la acción de los *ballones* de oxígeno, de

los sueros inyectables, y, de los narcóticos que le impedían los grandes accesos de tos, el médico pudo prolongar esa apariencia de vida...

a la tarde siguiente, entró en agonía...

no se oía sino el estertor de ella, cuando se sintió el ruido de un coche a las puertas del hotel; luego un *frou-frou* de telas, y, una ola de perfumes que entró precediendo a una mujer, la cual avanzó hasta el lecho del enfermo.

Gaetano Spoleto quedó estupefacto: era *Venus*... la *Venus* de su cuadro... su querida de Florencia; la que había estado a punto de matarlo...

ella hizo el gesto de no verlo;

el moribundo, que la miró acercarse, hizo un gesto violento; con fuerzas que nadie sospechaba en él, se incorporó, extendió la mano, y con voz opaca, pero, fuerte, dijo:

—Expulsad a esa mujer; echad de aquí esa mujer; que salga; que se vaya...

y, agotado por el esfuerzo, cayó de nuevo sobre el lecho, dobló la cabeza de lado, y expiró...

cuando los concurrentes a la triste escena apartaron los ojos del rostro del muerto, y volvieron a mirar, la mujer había desaparecido...

poco después se escuchaba el ruido de un coche que partía;

Gaetano Spoleto se acercó a la ventana; levantó los visillos y miró;

en el coche que se alejaba iba ella...

la Sembradora del Mal, huía...

huía de la muerte que daba.

DESIDERIO





# DESIDERIO

---

El paisaje autumnal, se diría adormecido bajo el pálido cielo ;

un cielo de noviembre, de un blanco lácteo, que un sol débil y ambiguo hacía florecer en extrañas rosas de cristal, cual si fuese una vieja sedería seminada de lirios de oro, bordados por unas bellas manos sensitivas, ya difuntas ;

el alma del paisaje era triste, como enferma por la nostalgia de los ardores del sol ;

el circuito de montañas enanas, todas oro y azul, hacían uno como cinturón desceñido a la Grande Urbe Mediterránea, trágica y convulsa, en su indomable belleza de leona impúbera, con sus garras tendidas hacia el dorso indomable del latino mar ;

el anfiteatro de jardines que las decoraban en suave descenso, tornaban el verde obscuro de sus

follajes, por el amarillo herrumbroso de sus hojas marchitas, que en ondas silenciosas iban como deseosas de llegar pronto al herrén de la playa, que el pálido sol hidratizaba con una pureza de metalario laminando un bello dije de argento ;

el esplendor de esa mañana cándida, entraba como ambareada y difusa, a través de los cristales y visillos, a la amplia galería que el sol mordoraba con inquietas irisaciones trashumantes, posándose, ora en los artesanos capilifoliados de blanco, y en los muros pintados al verde claro con ramazones ramnulares que los hacían parecerse a las paredes vítreas de un acuárium, ora en las molduras de los cuadros, todos enmarcados de maderas sólidas, representando escenas de caza y de carreras, dibujos ingleses de una impecable seguridad de líneas, haciendo juegos vívidos de reflejos, en las casacas rojas de los jockey's, en los alamares de los palafreneros, y, en los trajes abigarrados, de esas multitudes ya anticuadas de pistas británicas ; y bañaba de suaves diafanidades el velador central — de mimbre japonés, como el sofá y los sillones que con él hacían juego—, y, sobre el cual Revistas de Modas, y «Magazin's» ilustrados de varios géneros ostentaban la riqueza de su cantante policromía, como felices de sentir la caricia de las manos largas y blancas, primorosamente cuidadas de Otilia Rendon, que en aquel momento las fojeaba ;

alta, muy delgada, muy pálida, en el tramonto de una juventud que, si no había sido notable por el resplandor de una gran belleza, sí lo había

sido por el dominio absoluto de una exquisita distinción y una suprema elegancia, Otilia Rendon, estaba aún en plena posesión de esas dos grandes facultades sociales, que la habían hecho la figura central de los salones aristocráticos que frecuentaba ;

grandes ojos azules, oceánicos, algo miopes, reveladores de una tan gran bondad, que los paisajes y los objetos parecían purificados al reflejarse en ellos ; una bruma de tristeza vagaba en sus pupilas como lentas nubes de crepúsculo sobre un valle dormido ; recta la nariz, de una pureza helénica de líneas ; delgados, cogitabundos los labios, de un rojo exangüe y pálido con el palor clorótico de los de un niño muerto de inanición ; rubia la cabellera, de un rubio lívido cuasi de amanita, que algunas guedejas ya blancas estriaban, haciéndole uno como nimbo de anfridrita, la llevaba recogida hacia la nuca a la manera clásica en la estatuaria griega, dejando algunos rizos flotar en cerquillo sobre su frente, como había sido de uso en los peinados de su primera juventud ;

vestía un lujoso *peignoir* en seda gris, *matelassé*, ornado de pasamanería y encajes negros, que ceñía y diseñaba a maravilla su silueta elegante, a la cual su ya largo solterío conservaba toda la admirable pureza de las líneas ;

leía : *The last Autumn*, de Stevensson Clarck, el novelista de salón cuya fantasía afeminada, mórbida y sutil, y cierta impertinencia elegante de diálogo, hacían el encanto de las *lady's* senti-



mentales y de las *girl's*, tocadas de intelectualismo en la Gran Bretaña ;

ese *Ultimo Otoño*, que le había sido recomendado por una dama inglesa amiga suya, debía interesarla mucho, porque se la veía mover los labios, repitiendo algunas frases del texto, y en ocasiones el puro isatino de sus ojos se nublaba, cual si estuviesen prontos a llorar, y sus manos se agitaban en un leve frémito, como de hojas tocadas por el viento ;

sin duda debía haber grandes afinidades sentimentales y ocultos nexos psíquicos, entre aquel *Ultimo Otoño*, descrito por Clarck, y, el Otoño en que ella había entrado ya, el Otoño de su Vida, tan solitario y embrumado, como la landa inmisericorde, en que el novelista gozaba en hacer vivir los personajes de su obra ;

llegada a cierto punto de la lectura, la emoción del paralelismo debió ser muy fuerte, superior al poder de su emoción, porque cerró el libro, marcando la página con un pequeño gajo de miosotis, de los que ornaban el velador, puso el libro sobre sus rodillas, cruzó sobre él las manos, como las alas de dos palomas que las unieran para dormirse... ;

y entró en ensoñación ; rememoró ;

el largo panorama de su vida se alzó ante ella con todas sus amplias perspectivas de idealidad, como un paisaje de beatitud infinita, donde el filamento de emociones o de pasiones, ya muertas o muy lejanas, dibujaban caprichos de arabescos, en la suave opacidad de las lejanías ;



todo blanco, todo puro, todo bello, con una belleza de Ofertorio ;

todo lejano e inasible, como una procesión de fantasmas, que enredaran las caídas de sus túnicas en las espigas de zarzas florecidas y de rosales de amor ;

su infancia en su vieja casa solariega de *Villa Umbria*, sita en el valle diminuto enclavado en el corazón de las montañas mayestáticas, que el invierno coronaba de nieves, haciéndolas graves y taciturnas como las frentes cofiadas de blanco de las religiosas del cercano convento de Santa Porcia, y, que el verano, diluyendo los neveros surca de arroyos saltadores, que van diciendo cántigas de amor a las selvas de pinos pensativos ;

los jardines silenciosos, de grandes avenidas centenarias, en cuyas columnatas y pórticos ideales, moría la luz suavemente, como prisionera en un templo de malaquita con ventanales de oro ;

los laberintos de enredaderas y de convólvulos en que ella amaba internarse y perderse, jugando con su único hermano Timoleón, «Timo», como en familia lo llamaban, y, en los cuales solía extraviarse realmente, dando grandes gritos hasta que era encontrada, presa de una verdadera crisis de terror ;

y el rostro de su madre, bello y pálido, con una palidez de melancolía, dominando ese lejano horizonte de amor con su blancura de cerámica, como una hostia, surgida de un tabernáculo azul, como una luna cándida rompiendo el malva de los

cielos para iluminar una campiña dormida en pacificación ;

la figura grave y marcial de su padre, bravo militar de guarnición en una ciudad cercana, y que hacía en ese hogar campesino periódicas apariciones ;

el abandono doloroso de esa soledad idílica, para entrar en la monástica quietud, del convento de monjas Asuncionistas, en que había sido educada ;

la sombra del claustro pesaba aún sobre su vida con una pesadumbre de sudario ; y, ella la amaba con el mismo loco amor con que quiso recluirse en ella para siempre, y gozaba en recordarla ;

los grandes salones doctorales, la capilla orfebrizada y poligémica, semejante a un Icono focerfizado por monjes bizantinos en fiebre de adoración ; los corredores rectilíneos, con blancuras indementes de Necrópolis ; los jardines como opializados por esa lenificación espiritual que los rodeaba, los rostros severos o dolorosamente graves de las religiosas, y, los alegres, tristes o aun perversos de sus compañeras educandas, pertenecientes todas ellas a la aristocracia o a la alta burguesía de la Metrópoli cercana, latina como Roma y, comercial como Cartago, del cual había heredado el alma heroica, nombre y el valor y a donde su familia se había trasladado, estableciéndose definitivamente en ella ;

toda esa letargia espiritual, brumosa y grave que había marcado su alma tan hondamente, desaparecía dando lugar a la aparición del suntuoso apartamento en la ciudad donde su padre, desempe-

ñando un alto cargo militar daba suntuosas recepciones ; y, en una de éstas, ella había hecho su aparición, en el mundo oficial aristocrático y letrado que frecuentaba la casa de sus padres ;

joven, rica, de una belleza delicada y discreta, con una educación muy esmerada, y una alma apasionada y sensitiva y un temperamento artístico muy refinado, que se traducía en un amor apasionado por la música, que cultivaba con éxito, su aparición en sociedad, fué un acontecimiento triunfal, bastante para halagar la vanidad de un alma menos delicada que la suya ; y, se hizo pronto la flor escogida y máspreciada de aquel jardín social, lleno de sutiles exquisiteces y raras elegancias ; grandes saraos, funciones benéficas, festivales de música, carreras de caballos, partidas de tennis y de foot-ball, fueron su vida ;

amaba todas las formas de *sport* y las ejecutaba con maestría ;

amazona amentada, gustaba de acompañar a su padre en sus paseos ecuestres, en horas vesperales, luciendo a su lado su elegante silueta ya por las calles tumultuosas de la ciudad, ya por los caminos y campos aledaños donde su bella figura parecía como diluída en la luz aterciopelada de los crepúsculos, o incrustada en el gris calcedónico de los horizontes hechos bermejos al tocar los lomos hirsutos del mar, llenos de un resplandor de oros sombríos ;

era ayudante de su padre y por ende compañero obligado en todas esas excursiones, Delio de las Pueblas, joven oficial garrido y romántico, ya cé-



lebre en toda clase de duelos, inclusive los del amor ;

almas inquietas y románticas, intimaron pronto, y se amaron luego sin que nadie intentara oponerse a aquel amor, que las dos familias veían crecer con mutuo halago ; poco a poco el horizonte de su vida, tan plácida, empezó a nublarse ;

su padre, ya general, falleció súbitamente, a causa de una embolia cerebral ;

su hermano, seriamente comprometido en un escabroso asunto de comercio, en el cual, para salvarlo de la deshonra, hubo de sacrificarse más de la mitad del patrimonio familiar, había huído a una colonia lejana, en la cual murió poco tiempo después, consumido por el rigor de los climas ;

y, ella quedó sola, con su madre siempre enfermiza, en el vasto apartamento, que la muerte y la ausencia habían hecho enormemente solitario ;

toda la ventura de su corazón reposaba en el amor de Delio de las Pueblas, como un pájaro azorado en la única rama de un árbol rota por la tempestad ;

y, esta rama vaciló también ; y, se rompió ;

el joven oficial, habiendo deshonrado un hogar muy noble, se vió obligado, para salvar su vida y su carrera, a romper sus compromisos con ella, y dar su mano a aquella que le había dado su honor ;

y, abandonada por ese su único y loco amor, se refugió en los brazos y en el corazón de su madre, que se moría lentamente ;



y, cuando ésta acabó de morir, dejándole con todos sus bienes la herencia de la enfermedad cardíaca que la mataba, se refugió en su soledad, como en un cenobio, y, fué la profesa del culto a sus amores muertos, solitaria en el derrumbamiento de todos sus sueños ; y, anduvo así, como una somnámbula, por ese sendero de cruces tronchadas, que era su vida ;

cuando su madre murió, ella acababa de cumplir treinta años ; la edad fatal para aquellas que no han cogido ya los azahares, florecidos en el Huerto de Himeneo ; se resignó estoicamente a su destino ;

su frágil belleza daba los últimos fulgores, pero su elegancia insuperable y su exquisita cultura, la hacían aún, una de las figuras de más relieve en la sociedad que frecuentaba ; en el supremo vencimiento del Amor, la Caridad fué su refugio ;

y, se abrazó a ella como a una cruz ;

por todo el Mal que le hacían, ella hizo el Bien ; regó los beneficios como una semilla celeste, y, sus manos hicieron en el horizonte un gesto de sembradora ; la Misericordia fluía de ella como una divina fuente de Consuelo, única capaz de apagar la sed de Olvido que ardía en su corazón ;

como si sus entrañas vírgenes lanzaran un gran grito de Maternidad, cansadas de ser estériles, los niños fueron los seres de su predilección que merecieron todas sus liberalidades y todas sus afectaciones ; el amor de los niños reemplazó en ella todos los amores, y puso en ese nuevo culto la vehemencia de todas sus pasiones ;

se hizo el alma de todos los asilos y casas de maternidad que había en la población ; fué la organizadora incansable de conciertos y funciones benéficas para esta clase de institutos ; daba a ellos todo su tiempo y su dinero, y, viuda virgen, los hijos de los otros fueron sus propios hijos ; les daba su vida, y vivía entre ellos y para ellos, compartiendo con las monjas encargadas de estas faenas, el amor y el cuidado de los pequeñuelos ;

durante estos primeros años de su gran duelo, un rayo de esperanza había brillado en su corazón ;

Delio de las Pueblas, que había sido abandonado por su mujer, la cual había huído con un amante, llevándose una pequeña niña habida en su matrimonio, fué herido mortalmente en un combate en Africa, y, momentos antes de expirar, le había hecho escribir desde su lecho de muerte, implorándole piedad para esa niña, en cambio de su amor por ella, nunca fenecido, y pidiéndola le jurara protección para esa inocente que llevaba la madre fugitiva ;

y, ella lo juró ; lo juró así ante el Tribunal de su Conciencia ;

en tal virtud puso a su servicio los mejores galgos de la policía secreta para descubrir el paradero de la esposa infiel, y cuando la halló le hizo toda clase de promesas halagadoras para que le entregara la niña, pero la adúltera fué inflexible y, se negó rotundamente a ello ;

burlada en esta última esperanza, se había refugiado de nuevo entre las ruinas de todos sus

afectos, más entregada que nunca a cosas de Caridad y de Piedad, habiendo ésta llegado en los últimos tiempos al grado de un extraño misticismo ;

y, ahora se había empeñado en algo que hacía revivir en su corazón todas las fuentes de la esperanza y encantaba con mirajes encantadores, sus largos sueños de maternidad ; los huérfanos de la guerra ; ella había resuelto adoptar uno ; ya le había sido concedido ;

y sólo esperaba la llegada del buque que traía la caravana de esas víctimas inocentes de la humana crueldad ;

su corazón susultaba de una suave y tierna inquietud ;

sus entrañas nostálgicas de amor materno, se agitaban impacientes, como si fuesen a dar a luz ; y, su papel de virgen madre, aparecía otra vez ante ella, como una Transfiguración de su vida, hasta entonces tan dolorosamente estéril ;

en ese momento sonó el teléfono ;

se estremeció, como si despertase de un sueño, y fué al aparato ; tomó la bocina :

—*Aló... Aló...*

era el doctor Mombrun, jefe de una clínica de niños, y presidente de la Comisión «Pro Huérfanos de la Guerra», para anunciarle que al día siguiente, en la mañana, llegaría el barco que traía el primer grupo de niños para repartir ;

ella empurpuró de alegría, sus ojos se humedecieron, y sus manos temblaban al colgar la bocina al aparato ;



muchos años hacía que en el cielo de su vida solitaria no brillaba una aurora tan intensamente feliz ;

su largo anhelo de maternidad iba a colmarse, aunque tarde, en un opulento y radioso desfallecer de crepúsculos ; ya no sería sola...

tan inconmensurablemente sola, como había sido hasta entonces ;

su soledad florecía ;

una gran flor radiosa, flor viva y humana, iba a abrirse en el jardín de sus amores, hasta entonces desierto y como sepultado bajo una lluvia de cenizas de soles ;

ya sus manos inútiles hasta entonces para todo gesto de amor, podrían esbozar grandes caricias sobre una cabeza adorada, con un suave fervor de brisas vesperales ;

ya sus pálidos labios no serían estériles para el beso, porque, como un rocío tempranero, habían de caer los suyos, sobre la frente, sobre las mejillas, sobre los labios, de aquel ser inerme, que venía a aposentarse sobre su regazo como un pájaro implume, caído de frondas invisibles...

ya venía el Amor ; ya venía el Deseado ; ya venía el Mesías de su corazón ;

y, le parecía que todas las estrellas de los cielos y las flores de todos los jardines de la tierra, se inclinaban sobre él y hacia él, para saludarlo en esa hora de su aparición ; y, le parecía oír sonar todos los villáncicos de una extraordinaria Natividad cantar en su corazón : ¡ Hosanna !... ¡ Hosanna !...





Con las primeras luces del día, Otilia Rendon estuvo en pies ;

hizo alzar del lecho a la vieja Mónica, su antigua aya, que aun la acompañaba, como único sobreviviente de sus días de ventura, la cual no había dormido tampoco, agitada por la misma amable inquietud de espera, y, a las otras criadas de servicio, encantadas con la novedad de que iba a haber en la casa un niño ;

todas juntas inspeccionaron la habitación preparada para el pequeño, por ver si aun algo faltaba en ella ;

el diminuto lecho de cobre lucía como una patena, en la cual hicieran visos lácteos, las blancuras de las ropas, ya que, según la moda inglesa, no había cortinajes amparadores de microbios ;

todos los útiles de *toilette* infantil, lucían y fulgían sobre el mármol del lavabo y los aparadores de cristal, como en una minúscula clínica de bebés ;

y, mientras trajinaban, se preguntaban unas a otras :

—¿Cómo será él?...

quién lo quería bruno, quién rubio, cuál lo deseaba con ojos azules como dos flores de pervencha, cuál con unas pupilas negras, como dos pedazos de melanina, o de un color de miel recién salida del alvéolo ; aquélla soñaba con acariciar unas guedejas rubias como estambres de un lirio y esotras con peinar una cabellera obscura como hecha con filamento de parásitas salvajes, y todas soñaban con la boca roja y bulbosa que habían de llenar de besos ;

y, entretanto, el Deseado llegaba ya a la playa de su nueva patria ;

y, Otilia y Mónica, partieron a recibirlo ;

cuando el carruaje que las llevaba tomó hacia el puerto, a ellas les latía el corazón, como si fuesen jóvenes y corriesen al encuentro de un novio muy amado ;

se hicieron silenciosas de emoción ;

cuando llegaron al puerto les dijeron que los niños habían arribado muy temprano, y estaban en la clínica del doctor Mombrun ;

un movimiento de dolorosa angustia asaltó a Otilia ;

¿le habrían quitado su pequeñuelo?...

¿se los habrían repartido ya? ¿no quedaría ninguno?

a la idea de que el Deseado pudiera haber partido en otros brazos, un celo de loba asaltó su pobre alma tranquila ;

en la clínica, el doctor Mombrun la esperaba impaciente ;

no había querido dejar ver los niños hasta que ella no hubiera deseado ;

en la gran sala, los postulantes estaban impacientes ;

eran, en su mayoría, matrimonios de burgueses acomodados y de comerciantes de la clase media, enriquecidos, todos viejos, sin hijos y perdida ya la esperanza de tenerlos ; había también una que otra dama proveya y solterona, en busca de las funciones de la maternidad ;

adentro se sentía la algarada de los niños, que jugaban en un patio ;

eran ocho varones y diez hembras, según dijo el doctor ;

ella quería un varón ; se lo habían prometido ;

las hembras eran más solicitadas, por ser más dóciles, y porque la mayoría de las señoras, soñaban educar alguien que las aliviara con el tiempo en las tareas de la casa, o les hiciera compañía en los tardos días de la vejez ;

cuando las puertas del *hall* se abrieron, dando salida a la concurrencia y ésta llenó los corredores, los niños, que jugaban, se arremolinaron, luego quedaron quiétopos, y se miraron azorados los unos a los otros ;

los había de diversos tamaños, de diversas figuras, de diversas nacionalidades : checos, eslovacos, rusos, bohemios, rutenos ;

extrañas indumentarias los cubrían y estaban mal pergeñados a pesar de los cuidados de las dos

monjas que con ellos venían para cuidarlos, inexpertas en esos asuntos, en los cuales sólo las madres son sabias ;

el doctor, avanzó hacia ellos, con Otilia, que, por ser protectora de asilos de la infancia y casas de maternidad, tenía ese privilegio ;

los niños retrocedieron, apelonándose los unos sobre los otros, como un rebaño medroso ; los ojos de Otilia oteaban el grupo de pequeñuelos ;

de súbito fueron rectos y, se posaron sobre un pequeño *garçon* bruno y esquivo, de largos bucles ensortijados, ojos claros ambarinos color de diorita, y, una boca roja y bulbosa, como el botón de un clavel apenas entreabierto ;

fué hacia él, y tendió la mano para tomarlo ;

el niño retrocedió, replegándose hacia sus compañeros, como temeroso de ser separado de ellos ;

pero, Otilia, lo tomó en sus brazos, y, lo besó con tanto cariño, que el niño se desarmó ;

—Este, Madre, éste — dijo Otilia a la religiosa, sin soltar el niño, como temerosa de que fuesen a quitárselo ;

la monja abrió un legajo voluminoso y consultó ; luego, dijo, leyendo :

—Número 8 — Samuel Krockner, cuatro años ; hijo de Samuel y Sara, muertos en el incendio de la ciudad de N... ; hijo único, parientes lejanos, que no lo aceptan ; ¿dado a quién ?

y, la monja se acercó para ver el nombre de la protectora ; ésta lo dió ;

el Cónsul del país al cual el niño pertenecía, que llegaba en ese momento, y conocía muy bien



a la señorita Rendon, dijo, sonriendo muy amable :

—Quién fuera ese niño ; ése será feliz ;

Otilia agradeció, tendiéndole la mano ;

estaba ansiosa de partir con su pequeño, con su «hijo», como ella lo llamaba ya, sintiendo que esa palabra llenaba su boca como una suave miel ; firmó en una hoja de papel que la religiosa le presentaba, y se apresuró a partir ;

cuando llegó al carruaje, acompañada hasta él, por el doctor y por el Cónsul, ella misma colocó el niño en los cojines y se sentó a su lado ;

el carruaje partió ; el niño, extrañado y miedoso, estaba a punto de llorar ;

Otilia y Mónica lo besaron, lo acariciaron, le dieron bombones ;

el Deseado se calmó bajo ese dulce efluvio de cariño ; y, agobiado por el tráfago de la travesía, se quedó dormido, apoyado en el brazo de Otilia, del cual rodó hasta las rodillas ;

la cabeza parecía una flor tronchada ; en su encantador abandono, los rizos de los cabellos se agrupaban sobre la frente y, con la larga sombra de las pestañas hacían opaco el bello rostro, en el cual la boca era triste, como toda boca de niño privada de los besos de la madre ;

las dos mujeres se miraban con una emoción extraña y nueva para ellas ; eran dos vidas fracasadas, porque a ninguna de las dos le había sido concedido el augusto don de la maternidad ; y, sus dos almas estaban como de rodillas ante ese

enigma vivo que es un niño ; y por turno se acercaban cautamente para besarlo ;

cuando el coche se detuvo a la puerta de la casa, las sirvientas estaban en el balcón del apartamento esperando al «Deseado», había gentes asomadas a las ventanas de otros pisos, esperando verlo y, los porteros, curiosos, fueron los primeros en abrir la portezuela, para atisbar hacia adentro ;

con esa algarada el niño despertó ;

viéndose así, ante rostros extraños, quiso llorar, pero las suaves manos de Otilia, hechas ya maternales, lo calmaron con una caricia ;

ella misma lo ayudó a bajar del coche, y lo puso en tierra, sobre la acera ;

y, el «Deseado» se mostró así a las miradas de todos, que lo saludaron con sonrisas y lo hallaron bello, a pesar de su extraña indumentaria, con la belleza inquietante y turbadora de la raza a que pertenecía ;

subido en brazos por Mónica, declarada niñera *ipso facto*, y de *motu proprio*, el niño, como si pactase con tanta ternura que se le prodigaba, miró asombrado y silencioso la marcha del ascensor, y, el lujoso recibidor y los amplios pasillos del suntuoso apartamento que iba a albergarlo ;

apenas entrado en su habitación, le hicieron una pequeña *toilette*, con suaves esponjas, y aguas tibias y perfumadas, y, lo mudaron de ropa ; rendido por el viaje y, por las emociones, el niño se durmió ;

las mujeres salieron en puntas de pies, y Otilia

quedó en su aposento, que era contiguo a aquel en que el niño dormía ;

abrió entonces un legajo de papeles que le había dado el Cónsul, con el cual estaba la filiación del «Deseado», y todas las condiciones necesarias a la adopción ; sus ojos tropezaron con una palabra que la hizo estremecerse : «judío» ; hijo de padres «judíos» ;... religión israelita... ;

era, pues, un «judío»...

un hereje...

un ser de la raza maldita y perseguida por la Iglesia...

de aquella raza que había sacrificado y crucificado a su Dios...

a esa idea sus manos temblaron, los papeles rodaron al suelo, y, clavó los ojos llenos de horror, en un gran Cristo, que tenía allí, pendiente al muro, y, el cual parecía volverle el rostro indignado, y, tender hacia ella sus brazos amenazantes ;

y, miró con espanto hacia la cámara vecina donde dormía el niño... el «judío», el «hereje»... flor de abominación...

¿qué iba a hacer con ese pecado vivo, que se oía respirar allí, tan cerca de ella, al pie de la cruz, esa insignia que su raza proscribía y perseguía con encono?...

devolverlo a la Comisión «pro niños» ; enviarlo a la Clínica del doctor Mombrun para que lo diera a otra familia, que otros lo tuvieran, que otros lo adoptaran, pero, ella no ;

iba ya a tocar del teléfono, para llamar al doc-



tor, cuando una idea le vino en mientes, que puso en derrota todos sus temores, e hizo aparecer al niño como una bandera de victoria flotando entre sus manos ;

bautizarlo ; hacerlo cristiano ; arrebatarlo a la herejía ;

traerlo al pie de la cruz, como una conquista ; como un cordero pascual, libre de los pecados de su raza, y, ofrecido en homenaje al Salvador ; esa idea engrandeció en su mente hasta tomar proporciones heroicas ;

era una misión del cielo, la que se le confiaba ;

Dios, la había destinado para eso : para salvar aquella alma ;

para librarla de las llamas, atrozamientos y demás torturas pavorosas del infierno y destinarla a gozar eternamente las dulzuras filarmónicas del cielo ;

esa idea la exaltaba hasta el paroxismo ;

así, cuando esa tarde vió invadido su apartamento por la mayoría de sus amigas, damas aristócratas que venían a conocer al «Deseado», lo primero que les comunicó fué su proyecto de bautizo ;

sería una fiesta solemne ; fiesta de Desagravio ;

lo bautizarían en la Catedral Basílica ;

y, ella se proponía obtener del venerable Prelado, que administrase él mismo las aguas bautismales al neófito ;

la idea apasionó a la elegante sociedad, que principió hablando de la trascendencia religiosa del acto, y, acabó discutiendo sobre el corte de



los vestidos y, el estilo de los sombreros que habrían de lucirse en él ;

y, ¿el nombre?

¿qué nombre le pondrían a aquel niño encantador, que ahora iba de mano en mano de las de damas propectas a las de niñas gentiles que se disputaban acariciar aquella cabeza infantil y, besar aquellos ojos asombrados y, aquellos labios sonrientes que balbuceaban palabras que nadie comprendía?

¿cómo había de llamarse aquel Príncipe Encantado, que parecía caído de las estrellas, en aquel jardín de bellezas que hacían en torno suyo un rumor de pájaros?...

la elegante reunión se dispersó sin resolver nada sobre ese asunto, del cual quedó como supremo árbitro Otilia Rendon, que asumía ya con su habitual gravedad, su severo papel de Virgen Madre.

\*  
\* \*

El día del bautizo tuvo lugar ;  
se hicieron numerosas invitaciones por medio de tarjetas elegantísimas, que decían : «Otilia Rendon y de los Ríos, invita a ustedes al bautismo de su hijo adoptivo, que tendrá lugar en la Catedral Basílica, el día...»

y, ¿el nombre?

el doctor Mombrun, que aceptó ser el padrino, y, era un espíritu muy tolerante, respetuoso a las creencias de los demás, no queriendo herir la susceptibilidad religiosa del Cónsul, y compasivo hacia la conciencia inerme del niño que así se violentaba, convino en que, para desjudizarlo en absoluto, se le impusieran los nombres cristianísimos de Jesús, María y José, y, además, puesto que tanto tiempo había sido el «Deseado», se le impusiera también ese nombre en su verdadera acepción de «Desiderio» ;

y, José Desiderio Rendon y de los Ríos ;

Samuel Krocker, desapareció, como un demonio en la pila bautismal ;

libre ya su conciencia de esta preocupación de salvar y cristianar al niño, la educación de Desiderio fué la sola ocupación de su madre adoptiva ;

para eso se trajo de un convento cercano, de monjas dadas a la enseñanza, una religiosa austriaca que hablaba todos los dialectos de la duple monarquía, y, entendía, por consiguiente, aquel que hablaba el niño, para que le enseñase el idioma de su nueva patria, y lo enseñase a leer ;

la monja se instaló en la casa como institutriz, y Desiderio tuvo en ella otra madre más, entre las muchas que ya tenía ;

muy inteligente, dominó pronto su nuevo idioma, y fué encantador al hablarlo con un acento raro, al cual mezclaba términos rutenos ;

poco a poco fué perdiendo todas sus esquivaces y se dió a amar con tal ternura a Otilia, que provocó los celos de Mónica y de la monja, que se disputaban sus caricias ;

no quería dormir sino con Otilia, no comía sino con Otilia, que le preparaba su plato, y no sabía estar sino con Otilia ;

fué en sus rodillas, más que en las de la monja, que forjeó la citolegia y aprendió a leer, y fué en ellas que abrió por primera vez, una enorme Biblia Ilustrada, para entrenarse mirando sus láminas multicolores, y, a la vista de esas viñetas, pareció como si un enorme desgarramiento se hubiese hecho en su frágil memoria y quedó soñador ;

cuando la monja le preguntó dónde había visto

eso y quién se lo había mostrado, el niño dijo en ruteno : Madre ;

y, cerró los bellos ojos, como si hubiese visto un fantasma muy bello, alzarse como una niebla del fondo de un lago muy lejano ;

al oír aquella palabra : «Madre», refiriéndose a otra, en aquellos labios tan amados, Otilia tuvo un gran dolor, que no pudo evitar ; celos retrospectivos la asaltaron, celos de «la muerta», lejana, la cual quisiera que no hubiese existido nunca, para que su vago fantasma no le pudiese disputar un día, si no el corazón, al menos el recuerdo de su hijo ;

y, éste era tierno, sentimental, soñador, y, se adhería a ella con una pasión que parecía enfermedad ;

la monja lo hallaba inteligentísimo, pero inatento y desaplicado ;

la inocente pedagogía de esta alma retardataria, consistía en enseñarle rezos, muchos rezos, y, enseñarle burdas leyendas, sobre imágenes de Santos, con que diariamente lo obsequiaba ; el niño repetía los rezos con la inconsciencia de un loro joven y se entretenía en deformar sacrílegamente las imágenes, con dibujos de su invención, poniendo bigotes a las vírgenes y cargando con extrañas vestimentas modernas las imágenes sagradas ; eso desesperaba a la monja, que lo cargaba de escapularios, estampas y amuletos, para salvarlo y darle una alma religiosa ;

Otilia la dejaba hacer, porque a ella también le preocupaba hondamente, no la religión del niño,



porque estaba convencida, que tenía una doble misión ; proteger ese niño en la tierra y salvarlo para el cielo ;

bien pronto la monja no fué bastante para la educación del párvulo, que engrandecía con increíble rapidez y cuya inteligencia, terriblemente precoz, desconcertaba a su maestra, que había agotado ya en él la Hagiografía, que era todo su caudal de ciencia ;

un sacerdote joven, que profesaba libre, substituyó a la monja, y fué encargado de instruir a Desiderio, en más altas cosas de la fe, porque se acercaba el día de la primera comunión, que debía ser un acto tan solemne como lo fué el de su bautizo ;

la ausencia de la monja no dejó vacío ninguno en el alma del niño, que la amaba muy poco, o, mejor dicho, no la amaba, porque todo su amor estaba concentrado en Otilia, a quien amaba con una vehemencia celosa y, a quien despotizaba con su amor, del cual si algo sobraba era para Mónica, esclava de sus caprichos y a quien tiranizaba con ellos ;

la fiesta de la primera comunión de Desiderio, fué asunto que ocupó y preocupó mucho a la alta sociedad, en la cual el niño era algo de mucho relieve que a todos interesaba, pues solía comer en las mejores casas, pasar en ellas domingos y días festivos en unión de los hijos de esas familias, que eran sus amigos mejores ; nadie lo llamaba sino Desiderio Rendon, y las pocas gentes que igno-

raban su verdadero origen, lo creían de verdad hijo de Otilia ;

el sacerdote que lo educaba, a semejanza de la monja su antecesora, no estaba muy contento de su discípulo por el lado del fervor religioso ; hallaba que la lámpara de la fe no ardía bastante en aquella alma a pesar del aceite teológico que él le ponía en grandes dosis ; que tenía el vicio peligroso de pensar, y la insolente pasión de analizar ; sus preguntas lo desconcertaban, y, muchas veces, se sentía vencido por la inocente ironía de aquellos labios sinceros ;

el terrible catecúmeno daba miedo a su maestro ;

pero, era tan noble, tan cariñoso, tan mimoso con su madre adoptiva, que ella le perdonaba voluntaria esas desatenciones, conformándose con sermonarlo dulcemente a la hora de acostarse, cuando el niño cerraba lentamente los ojos bajo el efluvio de sus besos, en ese horizonte de santidad que formaban las estampas piadosas, alineadas en cuadros sobre los muros y dominadas todas por el gran Cristo desnudo, que, pendiente sobre la cabecera del lecho, parecía ocupar toda la testera del aposento con el gesto de sus brazos abiertos como para proteger aquel niño dormido ;

y, ella tenía la certeza de ver a su hijo salvado del demonio, por la protección de aquellos brazos prisioneros y la sombra de ese cuerpo atrozmente supliciado ;

entonces asperjaba el lecho con una rama de boj húmeda en agua bendita, y se retiraba an-

dando de puntillas para no despertar al niño amado ;

el día de la primera comunión de Desiderio llegó al fin, y fué una verdadera fiesta de sociedad, porque lo mejor de ella se dió cita esa mañana para el templo en que el acto debía tener lugar, que iba a ratificar la fe de su bautismo, siendo así salvado de la muerte eterna, como un nuevo Moisés salvado de las aguas ;

en una decoración de flores recién abiertas y de cirios crepitantes, Desiderio se acercó al altar, bello en su uniforme, con corbata y guantes blancos y atado al brazo derecho un lazo de cinta del mismo color ; iba sereno, tranquilo, sin emoción ninguna, más orgulloso de su belleza y de su elegancia que del beneficio espiritual que iba a recibir ;

Otilia lloró de emoción, al recibirlo en sus brazos después de terminada la ceremonia, y, cubrió de besos la bella cabeza bruna y los ojos tenebrosos, hechos cándidos, sintiéndose orgullosa de haber salvado aquella alma, que ofrecía a su Dios, como una hostia inmaculada, en el ostensorio de sus manos, trémulas de amor ;

como la educación de Desiderio pedía ya mayores conocimientos que los del nimio eclesiástico, que hasta entonces le daba lecciones y, lo acompañaba a paseos, Otilia, siguiendo indicaciones de sus amigas, cuyos hijos se educaban en un Instituto de Salesianos de gran reputación, sito en las afueras de la Urbe, resolvió colocarlo allí, en calidad de semi-interno ;

fué un gran dolor para ella tomar esa resolu-



ción, que la privaba por largas horas de la compañía del niño, que era todo el calor y todo el encanto de su vida solitaria ;

pero, se resignó, y Desiderio entró al instituto, para el cual partía por la mañana, y no regresaba sino en las últimas horas de la tarde, en que ella iba a buscarlo en su carruaje ;

cuando en los primeros días hubo de sentarse sola a la mesa, a la hora del yantar meridiano, sintió tristeza tal y tan honda congoja, que las lágrimas vinieron a sus ojos, y, se alzó de su sitio, y se refugió en su cuarto para llorar ;

en la tarde, si ella no iba en su busca, cosa que raramente acontecía, enviaba a Mónica por él, y, se impacientaba esperándolo, avizorando la calle desde el balcón, hasta percibir el coche de lejano, y entonces salía al encuentro hasta el descanso de la escalera, y el niño le saltaba al cuello y, la devoraba a besos, que ella le devolvía con creces, feliz de ese viático de amor que embellecía su vida, llenándola de una inmensa ventura ;

la hora de la cena era una hora de fiesta ;

Otilia ponía flores en la mesa, para festejar a su hijo, que las amaba mucho, lo regalaba con platos de sus predilecciones, y, éste la divertía, contándole cosas del colegio y de la calle con decirs espirituales, y un verbo endiablado, que la hacía llorar, a fuerza de reír ;

después, ella se sentaba al piano, o se entretenía en labores de bordado, mientras él, en el frontal de la misma mesa, dábase a preparar sus tareas del día siguiente o enfrascábase en sus lec-



turas, hasta quedar dormido sobre sus libros y cuadernos ;

ella ensayaba despertarlo y lo llevaba así soñoliento hasta su lecho, y lo ayudaba a desvestirse y lo dejaba en él, no sin haberlo hecho antes rezar sus devociones, que el niño decía, con los ojos cerrados de sueño, y la incoherencia y la inconciencia de un ser dormido ;

Desiderio hacía progresos increíbles, que asombraban a sus maestros, y los llenaban de orgullo ;

en los certámenes anuales, era postulante a los primeros premios, y los llevaba casi siempre ;

tenía una disposición especial para los idiomas, y, para las matemáticas ; a los diez años de su edad, dominaba ya el francés y el inglés, con una facilidad desconcertante, y, los cálculos, algebraico, diferencial, infinitesimal e integral, le eran familiares ;

estos triunfos llenaban de ventura el corazón de la madre adoptiva, cerrado a toda otra emoción que no fuera la del amor apasionado de su hijo...

y, así corría apacible y sin tormentas la vida de esos dos seres, refugiados en la bahía apacible de este amor, sin tormentas, como todo amor sin voluptuosidades ;

así llegó él a la Pubertad.

\*

\* \*

Un acontecimiento inesperado surgió entonces, que trajo gérmenes de complicación a las vidas de esas dos almas, que parecían confinadas y aisladas en sus afectos, como en una isla desierta, en torno de la cual, el mar cantara la eterna canción de las vidas invioladas ;

la mujer de Delio de las Pueblas, el antiguo novio de Otilia, murió en un hospital de una ciudad levantina, no sin escribir antes a ésta, haciéndole saber que la niña quedaba en orfandad absoluta, y, recordándole la promesa hecha a su marido, de velar por ella ;

por esa carta supo Otilia que la huérfana estaba recluída en un Asilo-escuela de religiosas franciscanas, donde el último amante de la adúltera — hombre de algún decoro — la había colocado, como educanda, hacía ya varios años ;

la herida de aquel su primero y lejano amor, estaba ya cerrada y bien cerrada en su corazón,

pero no pensó por eso substraerse al cumplimiento de su promesa hecha a un moribundo ;

velaría por la niña, pero desde lejos ;

su amor maternal, concentrado todo en Desiderio, no admitía particiones, que se le aparecían como una desheredación espiritual de su hijo muy amado ;

escribió a la Superiora del Asilo, ofreciéndose para pagar la exigua pensión de la huérfana hasta su mayor edad, y la dote que fuera precisa, si llegada a ésta, ella quería profesar ;

la Superiora contestó que, según los estatutos de la casa, al llegar a los quince años, las niñas debían abandonar el benéfico instituto, o ser entregadas a una familia honorable para ser empleadas en uso doméstico ;

Otilia tuvo remordimiento de entregar la hija de Delio de las Pueblas a ese triste porvenir, y resolvió traer la niña ;

la hizo venir, comisionando para su conducción, al capitán de un buque mercante que frecuentaba aquel puerto y al cual le fué muy recomendada, por los jefes de la casa naviera ; y la niña llegó ;

nadie fué a recibirla ;

y, cuando se presentó a la casa acompañada del propio capitán del buque, quien vino a traerla, fué recibida sin hostilidad, pero sin cariño, y Otilia, la besó fríamente, temerosa de despertar los celos de Desiderio, que estaba presente ;

éste, la miró con curiosidad, la halló bella, y, no sintió ninguna emoción celosa ante la aparición de esta nueva compañera de su vida ;

la huérfana traía por todo equipaje un lío con escasas ropas burdas, de aspecto monacal, un legajo de cartas de su madre y un retrato de Delio de las Pueblas, en flamante uniforme, que rodó al suelo al ser abierto el humilde envoltorio que contenía los enseres ;

Otilia no sintió la más leve emoción, a la vista de aquel retrato, que le recordaba el más bello ensueño de su juventud ;

todo amor que no fuera el de Desiderio, había muerto en su corazón ;

la niña fué aposentada con su minúsculo bagaje en el cuarto de Mónica, a donde habían sido puestos una pequeña cama y un lavabo para ella ;

el encanto doloroso que se escapaba de aquella como un perfume sutil de flores recordatorias cautivas en un cofre, lo saturaba todo en torno suyo de un vago hálito de melancolía ;

su belleza armoniosa y delicada, toda de tintes suaves y pálidos y de líneas de una pureza perfecta, tenía algo de irreal y fugitivo, como una de esas visiones inconsistentes apenas entrevistas en la vaga bruma de un sueño ; exquisitamente frágil se diría tenue, con la tenuidad lejana de una estrella ;

alta, delgada, flébil, con una esbeltez de nínfeo y algo de irreal en los contornos, como de visión hiperdulia y breve, Nieves de las Pueblas, tenía la blancura de su nombre, pero esa blancura láctea y como ilúcida de los seres crecidos en una larga claustración ; en la cuasi diafanidad de ese cutis de nenúfar, hacían reflejos áureos las enor-



mes pupilas de sus ojos, unas enormes pupilas ambarinas de un ámbar verdoso, que se dirían líquidas, tal era su transparente luminosidad, cruzadas de estrías crupíferas, que a trechos las opacaban, cuando la proyección de las largas pestañas les daban un color metálico oxidado ; la nariz recta ; los labios delgados, exangües, llenos de una tristeza gemela de la tristeza de los ojos ; boca de melancolía, ánfora de silencios en cuya palidez de tarde se evocaba el fantasma de besos desvanecidos, los besos de la madre ; la cabellera color de miel, cayendo en ondas lubricantes a los dos lados del rostro como para enmarcar aquella palidez de camelia en ese nimbo que se diría hecho de tinieblas y rayos lunares ; el cuello grácil, un cuello de ánfora y de lis, un cuello de niño, privado aún de morbideces femeniles, emergiendo como un zócalo de cristal del plinto de los hombros fugitivos y del seno aun insexual, en el cual apenas empezaban a aparecer, sin acentuarse, las pomas amorosas de los senos ; su voz era cálida, de tonos bajos, como la de todos los seres habituados largo tiempo a la obediencia ; las manos de una exquisita blancura, eran como luminosas, hechas para esbozar grandes gestos en la sombra ; tenían esa delicadeza mórbida de las manos que han bordado mucho y están habituadas a detenerse en largos silencios sobre las telas inmóviles ;

Resignación, debería haber sido llamada, tal era el aire de pasividad, de triste sumisión a la vida que revelaba esa pobre alma tan prematura, rudamente castigada por el Destino ;

caída de las manos extrañas de las religiosas que la habían educado en esas otras manos también extrañas, sus grandes ojos sorprendidos miraban los nuevos seres con los cuales iba a vivir como implorándoles piedad para su desvalimiento, y cual si les pidiese perdón de haber venido a turbar su suave intimidad, la serena ventura, que ella no conocía, pero que adivinaba ;

iba a cumplir quince años, uno menos de los que ya contaba Desiderio, pero, era de tal manera flébil y delicada, que representaba menos, y, habría parecido más infantil si la gravedad prematura de su rostro, no le hubiera dado ese aire dolorosamente serio, que hace augustos los seres que han sufrido mucho ;

la educación que las monjas le habían dado era una educación absolutamente de *menage*, ya que las niñas educadas en aquel Asilo, casi todas huérfanas, eran destinadas, ora a servir en casas de familias ricas, que se las disputaban, ora a casarse con obreros que las pedían ;

pero, las que como ella pagaban su educación, aprendían otras cosas, como idiomas, música, dibujo, bordados, pero eran obligadas a aprender cosas del arte culinario y todo lo referente al manejo exacto de una casa ;

y, Nieves de las Pueblas era en esto muy hábil, y sobresalía ;

así, desde el día siguiente a aquel de su llegada, Otilia vió con cuánto interés procuraba instruirse en todos los usos y hábitos de la casa, aun los más triviales, para secundarlos ;

a los pocos días, ella empezó a ser ya el alma de aquella morada a la cual llevaba una pulcritud, un buen gusto y una elegancia exquisita hasta en los menores detalles ;

Mónica, ya muy vieja, muy fatigada, y trabajada por la gota, tuvo en aquella niña operosa y silenciosa una ayuda admirable ;

prodigiosamente versada en asuntos de cocina, como enseñada por gentes sibaritas en eso del yantar, preparaba platos que eran el encanto de todos y hacía postres que entusiasmaban a Desiderio, muy goloso de ellos ;

las horas de la mesa fueron ya más expansivas y menos solitarias, porque eran tres los que se sentaban a ella, y aunque Nieves era muy parca en decires, gozaba enormemente en oír los comentarios traviosos que de todo hacía Desiderio, con un verbo lleno de color y de intención ;

él hablaba de política, de sociedad, de religión, de música, de espectáculos, de cuestiones sociales, de todo lo que leía en los diarios y oía hablar a los demás, apasionándose por todo, discutiéndolo todo, ergotizando sobre todo, desde luego sin contradicción, porque Otilia no hacía sino escucharlo encantada, hallando bello todo lo que decía, y Nieves no sabía sino escuchar alelada, el alma abierta a todas las sensaciones, como una flor que recibe el rocío de los cielos en una noche clara y luminosa ;

la crónica de sociedad, que Desiderio hacía, salpimentándola de observaciones graciosísimas y deformando los personajes hasta hacerlos grotescos,



era el encanto de Otilia, que un poco retirada ya de la vida social, se confinaba en sus nuevos afectos, como en un sereno valle de idilio, al abrigo de todas las tormentas, y le era grato oír esos ecos de afuera, traídos por la boca de su hijo, cuyo donoso decir lleno de cáustica ironía y gracia espiritual, la colmaba de un maternal orgullo ;

y, era que, fuera de los diarios, cuya lectura agotaba, él hablaba de todo con sus profesores, con sus condiscípulos, con los bedeles y hasta con los porteros del Instituto, y esa rica información la sabía él aumentar y embellecer para encantar con ella a su «mamá querida», como llamaba a Otilia, y a Sor Silencio, como le decía a Nieves, cuando quería bromear con ella ;

casi siempre, después de la cena, si él no tenía grandes tareas que preparar para el día siguiente, solían tener una sesión de música, en la cual Otilia tocaba el piano, que dominaba con maestría, Desiderio la acompañaba con el violín, que tocaba ya bastante, y Nieves cantaba con una suave voz de monasterio, viejos aires de gavota y pastorelas sentimentales que las monjas le habían enseñado ;

poco a poco, esta niña se había apoderado del afecto de todos, al cual correspondía con una timidez que la hacía aparecer tenazmente esquiva ;

como todos los seres a quienes el dolor ha torturado en la infancia y han tenido la prematura revelación de la crueldad de la vida, tenía el alma cauta, temerosa, inasible ;

amaba las largas horas de calma, la soledad espiritual, los vastos silencios inabarcables, todas



las zonas opacas del espíritu aptas al recogimiento y, a la meditación ;

su alma parecía que hubiese sido en una vida anterior, el alma de un cisne divinamente apasionado por la quietud estática de un lago ;

se diría un junco enamorado de su propia gracia y dado a contemplarse en el azul difuso de un estero ;

en esas habituales horas de ensoñación, sus ojos tenían la melancólica sugestión de un paisaje muy triste en el cual los árboles tuvieran un lánguido gesto de abandono y, se viesan volar las hojas mustias con una angustia de desastre, bajo cielos llenos del amor de una tarde muriente ;

huía de la sociedad, como deseosa de ocultar la herida de su orgullo de huérfana recogida en casa extraña, y Otilia tenía que hacer suave presión sobre ella para que la ayudase a recibir las gentes y la secundase en sus atenciones, el día semanal en que solía ofrecer el te a sus amistades ;

nadie en aquella sociedad ignoraba el noble origen paterno de Nieves de las Puebas, pero la leyenda de su madre la circuía como un halo de Fatalidad que hacía el vacío en su redor, aislándola como por un foso de aguas limosas y pútridas ;

ella comprendía el secreto de su soledad ; y la aceptaba ;

por esos tiempos, Desiderio abandonó el Instituto y entró en la Universidad para concluir su carrera de ingeniero que había escogido por una libre elección de su temperamento, para manejar

mucho oro, aunque fuera en bruto, según decía, y descubrir una mina, porque estaba dispuesto a morir millonario, sueño que Otilia alentaba, aunque la hiciera sonreír por su inocente inanidad ;

libre ya del semiinternado primero y de las tareas un poco conventuales después, se reintegró por completo a su casa, de la cual era el encanto ;

creciendo, se había convertido en un mozo garrido, pero no había perdido nada de su infantilidad en su trato con Otilia, a la cual continuaba en llenar de mimos y de besos y de hacerle mil inocentes travesuras para desesperarla, tomándola en vilo para llevarla por toda la casa, asomándose así con ella a los balcones, encerrándola en su habitación o escondiéndole las llaves o enseres que más necesitaba ;

lo cual no era óbice para que de cosas serias se ocupara y con grande ahinco llenara otros cometidos, pues él era ya quien, a más de otros quehaceres, ajenos a sus estudios, llevaba la contabilidad de la casa y, aun hacía observaciones al viejo administrador de los bienes de su madre, que no miraba por cierto con buenos ojos a «los recogidos», como solía llamar despectivamente a los adoptivos de Otilia ;

ésta se resarcía de su antigua soledad, y, de todos sus dolores pasados, en el goce de esos amores maternos que eran como un remanso de felicidad que el Destino le había dado, la ribera de un país de Ensueño en la cual yacía amarrada la barca de su Ventura a la sombra de rosales florecidos ;

sus dos hijos, como ella amaba en decir, llenaban su vida toda con un dulce resplandor de amor que sus ojos, antes habituados al lloro, miraban ahora como la luz de una aurora inacabable ;

pero, el Dolor vive en acecho de la Ventura, para herirla ; la Traición, es el alma de la Vida, y, un súbito dolor traicionero e inesperado vino a herir a aquellas almas ;

Nieves cayó enferma ;

la grippe, que asolaba entonces la ciudad, hizo presa en ella ;

y, la preciosa niña se abatió dulcemente, como feliz de entrar en esa avenida misteriosa que podía ser la avenida de la Muerte ; porque ella sentía el Amor de la Muerte, único que consuela de la muerte de todo amor ;

imposible pintar la consternación que se apoderó de los habitantes de aquella casa, ante la cual parecía que un pastor misterioso hubiese aposentado un rebaño de sombras ;

las alas de la Muerte, abiertas sobre la niña, proyectaban todo un cielo de tinieblas sobre aquellos corazones, que permanecieron firmes ante el Mensajero de las Tinieblas, pronto a anonadarlos ;

ninguno huyó ;

á la aparición del mal, Otilia pensó en alejar a Desiderio, enviándolo con Mónica a una *villa* que poseía aldeaña a la ciudad, pero él se resistió tenazmente, que él no abandonaría en ese trance, a su mamá querida y a su hermana dolorosa ;

y, quedó ;



fué un prodigio verdadero de abnegación, velando noches enteras, y espiando al pie del lecho, sobre el rostro amado, las huellas de la enfermedad ;

de tal manera se multiplicaba para servir, que la enfermera se hizo inútil, a no ser para ciertos casos de una absoluta intimidad de la enferma ;

una noche, en que al hacer crisis la enfermedad, pareció hacerse mortal, ellos creyeron morir de angustia ;

se abrazaron en el corazón de la noche angustiosa, como si se abrazasen a la orilla de un precipicio en el cual fuesen a morir ;

él, lloró tanto, que Otilia llegó a tener celos de aquellas lágrimas ;

¿tan necesaria era la vida de aquella niña, a ese hijo suyo, que era toda la savia de su corazón?...

y, en la angustia de sus ojos imploradores él parecía decirle : ¿por qué la pusiste en mi camino? ¿por qué?... la Belleza no se pone en el sendero de un hombre sino para ser amada por él ;

y, continuaba en llorar como un niño cerca de aquella belleza pronta a fenecer...

hebetado, desesperado, como si viese morir su propio corazón ;

felizmente, la enfermedad hizo crisis ;

y, Nieves se salvó ;

una caricia de alivio pasó por sobre aquellas almas desoladas ;

cesaron los días sin sonrisas y las noches sin sueño ;



la esperanza renació en los corazones, como una estrella en la esmeralda de los cielos pálidos...

y, suavemente, misteriosamente, la ventura fulgió en las almas, como un halo de llamas ;

para apresurar la convalecencia de Nieves, y reponerse todos de los quebrantos morales sufridos durante la enfermedad, Otilia y sus hijos se trasladaron a un cercano pueblo costanero, en una *villa*, florécida y sombría sita a la orilla del mar y al pie de la montaña, escondida, entre rosales, como un nido de tórtolas, bajo los amplios cielos deslumbrantes...

felices como náufragos que han escapado al furor de una tormenta.



La cimbra de la playa un arco de oro ;  
el verde apaciguado de los árboles bajo el azul  
del cielo se moría en una lenta extinción de ma-  
laquita ;

la montaña, una estibina enorme ;

los árboles, agobiados por el calor, como una  
procesión de monjes descendiendo hasta la playa,  
en un fondo gris sulfuroso de antimonio ;

el vasto mar diáfano como una pradera de en-  
sueño, límpido en su misteriosa y grave mono-  
tonía ;

en el jardín de azulosidades suaves y aterciope-  
ladas, la bella tarde moría, con una lentitud de  
caricias ;

en el claroscuro de los follajes, blondos rayos  
de luz hacían irisaciones de amianto ;

la blancura de las rosas, tomaba tintes amari-  
llos de viejo marfil en la pesadumbre devastadora  
de la ola de fuego que acababa de pasar sobre  
ellas ;

un penetrante olor de geranios y de claveles,  
se escapaba del alma sutil de las flores, dormidas  
en el silencio ;

en un banco de piedra, del jardín, cerca a la reja que daba sobre la playa, frente al mar, Desiderio y Nieves dialogaban ;

las blancuras del rostro de la joven se confundían con las blancuras del traje, cual si fuesen una sola onda de luz cándida y diáfana en la cual, la rosa roja, colocada sobre el pecho, hacía la mancha escarlata de un corazón desnudo, ofrecido en holocausto a dioeses invisibles ;

vagos soplos de aire estremecían las hojas, que hacían sobre ella un movimiento de alas ;

había finido de leer, y, el libro, con su covertera a tonos verdes y rojos, posado sobre sus rodillas, semejaba un estuche de *vermeil*, guardando joyas preciosas ;

en la hora equívoca y tierna, ella era como una flor de ceniza que se hubiera hecho fúlgida y blanca al resplandor de la luna ;

con una de sus manos sobre la suya, Desiderio la leía ahora páginas de su corazón, escritas para ella, y la decía :

—¡ Oh, tus manos sensitivas, manos castas, lenitivas, divinas urnas votivas, llenas de un bálsamo suave... no tiene el plumón de una ave... el calor de aquestas manos emotivas ;

déjame besar tus manos ; tus bellas manos esquivas ;

y, tus ojos prodigiosos, amplios lagos luminosos, llenos de la luz flúida del encanto de la Vida ; soberbios mares en calma, a donde riela tu alma, con la luz alga-marina de una luna vespertina ;

déjame mirar el ámbar sereno de tus pupilas ; tan

diáfanas, tan tranquilas como serenos crepúsculos... ;

los inmóviles crepúsculos de tus pupilas, que dan una sensación como de luna, en el alma de las ruinas ;

tu boca, mudo salterio, a donde duerme el misterio de cosas irreveladas... pebetero que consume la mirra del Silencio que en él arde, y guarda el suave perfume de las rosas de la tarde... ;

¡oh! mi hermana dolorosa, mi bella hermana piadosa, hermana de mi tristeza, ¡cómo brilla tu Belleza en esta luz caudalosa, en esta hora de prodigios, que se alza de los vestigios de cosas crepusculares, de los cielos y los montes, los difuntos horizontes y las rosas y los mares!...

¡oh! mi hermana, ¿no me escuchas?... ¿es que sufres? ¿es que luchas? ¿no me oye tu alma lejána? ¡oh! mi hermana...

¿por qué callas?

¿no han de romperse las vallas de tus silencios letales?

que florezcan los rosales de tus palabras de amores ;

que ya no haya más enojos en los lagos de tus ojos, y renazcan los fulgores de los extintos mirajes, en tus divinas pupilas que ahora reflejan tranquilas la sombra de los ramajes ;

dejó de leer y la miró ;

ella temblaba pronta a desfallecer...

—Nieves, Nieves, ¿he hecho mal? para ti fueron escritas esas líneas ; ellas son toda la trama de oro de mis sueños ; las guirnaldas de flores lí-



neas con que yo coronó tu corazón en duelo, tu corazón de orgullo, rebelde a todo amor; ¿no las amas? ¿no me amas?

—¿Que no te amo? ¿y puede amarse más sin morir?

y la joven convaleciente, dobló la cabeza sobre el hombro de su hermano, como si fuese realmente a expirar...

y, él, temblando de emoción, le decía :

—No mueras, no mueras, antes de que beba yo la vida sobre tus labios amargos por el cinamomo de todas las tristezas, y, que vea morir mi vida en el cristal de tus ojos, con el resplandor de los crepúsculos ajados que mueren en ellos ;

la joven desfallecía ;

y, él, continuó en decirle :

—La tarde que muere temblando en tus ojos, no tiene celajes más bellos que tú ;

los raudos mirajes del mar no los tienen ; estrofas vencidas de un himno de amor ;

¿qué extraño misterio te envuelve a mis ojos como un peplo de oro?

los lises enfermos de cosas hostiles circundan tu frente ; ¿por qué no me dices tus grandes pesares?

¡ oh ! hermana obstinada, ¿por qué tu alma ignota se aleja de mí?...

en el jardín de la Soledad que nos circunda, nace una nueva rosa, que no es la rosa de la fraternidad, es la rosa del Amor ; tenemos necesidad de un nuevo amor ; este amor que ha nacido de mi corazón ; este amor del Amor ; este amor que de-  
GESTOS.—19

safía la Vida, y vence a la Muerte ; el amor que yo te ofrezco...

los ojos de la virgen se entreabrieron, volvieron a cerrarse y, exhaló un débil gemido, y, se rindió en brazos de su hermano ;

éste, asombrado, miró a todos lados pronto a pedir auxilio, cuando apareció Otilia, trémula y pálida, apartando los ramajes ;

entre los dos la llevaron a la casa ;

Mónica salió a recibirlos y a ayudarlos ; y fueron tres en colocarla sobre el lecho, donde abrió los ojos, y empezó a reanimarse lentamente ;

Otilia había oído la confidencia de Amor ;

pero, guardó el secreto de ella ; al principio se alarmó grandemente ;

pero, luego se calmó, pensando que era una nueva gracia que el cielo le concedía, porque mañana, cuando ella cerrara los ojos, ya Nieves no quedaría desamparada, y, tendría un brazo fuerte en que apoyarse : el brazo de Desiderio ;

éste, había ya cumplido veinte años y estaba pronto a concluir su carrera de Ingeniero ;

¿qué mejor perspectiva que darle por mujer a Nieves, tan noble, tan pura, en vez de una extraña, que acaso vendría a sembrar dolores y complicaciones en su vida ?

bendijo a Dios, y, esperó, acaso con la esperanza, de ver un día florecer ese amor en una bella flor de carne, que alegrara los días de su vejez, poniendo el calor de sus besos inocentes, sobre la nieve inmaculada de sus canas de abuela.

\*  
\* \*

Apenas terminado el verano, Otilia y sus hijos entraron de nuevo en la ciudad ;

así lo requerían los estudios de Desiderio, que cursaba su último año de Ingeniero, para obtener el grado ;

acababan de reintegrarse a su casa, cuando una complicación inesperada vino a desconcertar su vida ;

el Cónsul del país natal de Desiderio, vino a hacerles visita para anunciarles que un tío de éste, Isaac Krocker, acababa de morir instituyéndolo heredero de su fortuna, que ascendía a dos millones de rublos, y, que era necesario ir a su ciudad natal para llenar varias formalidades y percibir el cuantioso legado ;

un rayo que hubiese caído entre aquellos tres seres, no habría sembrado tal consternación en sus ánimos ;

partir, separarse, irse, él, dejando a su madre y a su hermana, parecía imposible a Desiderio...

pero, el miraje deslumbrador de los dos millones de rublos, lo deslumbraba ;

el sueño de su vida había sido ser millonario, y ahora ese sueño iba a realizarse, ¿renunciaría á él?...

el Cónsul le hacía presente lo insensato de esa renuncia, y lo pequeño del sacrificio que consistía en dos o tres meses de ausencia, al fin de los cuales, volvería millonario y victorioso ;

Otilia y Nieves, no sabían sino llorar ante la perspectiva de una separación ;

y, ya les parecía que el mar se abría entre ellas y él, con la voracidad pavorosa de una tumba ;

y, no pensaban sino en las tempestades y en los naufragios, sobre ese mar que les parecía no tener límites, como su amor ;

Desiderio lo pensó mucho, vaciló mucho, pero se decidió al fin ;

el combate fué cruel para su corazón, pero la perspectiva de los dos millones, levantaba toda la levadura impura de su raza, y lo atraía como un imán, fijo tras de la sombra violeta y confusa del Océano ;

y, resolvió partir ;

Otilia no tuvo el valor de oponerse a un viaje que era tal vez la ventura de su hijo ;

y, lo dejó partir ;

Nieves, se refugiaba en el Silencio, como en un limbo constelado de lágrimas, y en el cual pensaba morir bajo las cenizas de oro y el polvo vagamente argentado de todos los crepúsculos ;

él, sentía que el corazón se le desgarraba, pero,



el oro oculto en las arcas de quién sabe cuál *ghetto* lejano lo atraía, con un extraño poder que él, no podía vencer ;

los días que precedieron a la partida, fueron días de una inenarrable angustia ;

ya las horas de las comidas fueron lúgubres y silenciosas ;

aquellos tres seres, antes tan locuaces, se hicieron silenciosos, taciturnos, y se miraban desolados, como si viesen ya en el horizonte avanzar las nubes de un inevitable naufragio ;

las noches fueron sin sueños ; y los amaneceres de un triste despertar ;

y, cuando el día marcado para la marcha llegó, todos fueron hacia la partida, como condenados hacia la muerte ;

algunos amigos quisieron evitar a Otilia esa penosa sensación, porque su enfermedad al corazón se hacía cada vez más grave, y, una escena semejante, podría matarla ;

pero, ella quiso acompañar a su hijo hasta el buque que debía llevarlo tan lejos, recomendarlo a los oficiales de a bordo, para los cuales había solicitado cartas de los jefes de la Compañía de Navegación, ver el camarote en que iba a viajar y arreglar por sus propias manos los enseres del viajero ;

así lo hizo ;

Nieves la seguía como una sombra, cual si el Dolor la hubiese hipnotizado somnambulizándola ;

y, cuando a la caída de la tarde, sobre la cubierta del buque, aquellos tres seres se abraza-

ron, parecía que iban a morir de angustia, ante el aliento de las olas aceitosas del mar y la púrpura del crepúsculo que se desgarraba en cortinajes triunfales ;

la belleza de las cosas desapareció a sus ojos bajo ese manto de desolación ;

el vapor silbó ;

y, a ellas les pareció que las primeras trepidaciones de la hélice, les rompía el corazón ;

descendieron ;

de pie sobre el muelle las dos mujeres, vieron el buque mugiente y trepidante, como una fiera en cólera, abandonar lentamente la orilla y alejarse, mientras él les enviaba besos en la punta de los dedos, y agitaba en el aire su gorra de viaje, con manos trémulas de angustia y de dolor ;

y, les pareció que era su Vida, que se rompía y se alejaba sobre el camino infinito de las aguas ;

y, cuando el buque salió del puerto, entró en plena mar, y se perdió de vista, las dos mujeres se abrazaron aterradas, confundieron sus sollozos y sus lágrimas, y parecía que las estrellas pálidas que parpadeaban sobre el cielo, las acompañaban a llorar.



Bien pronto telegramas del ausente anunciaron su regreso al país natal ;

y, la gran ventura de recibir cartas de él, no se hizo esperar ;

éstas se sucedieron, casi diarias al principio, todas apasionadas, todas tiernas, todas llenas de un grande amor por esos dos seres ausentes ;

en esas primeras cartas, Desiderio contaba toda su pequeña odisea, su viaje sin peripecias, las tristezas de su soledad, en esa forma de la muerte sin el refugio del Olvido, que es la ausencia, y decía de la llegada sin emociones a su ciudad natal, de la cual no conservaba ni el más vago recuerdo, los miembros lejanos de su familia, que le eran casi todos hostiles, a causa de la herencia, y las dificultades de su idioma, del cual no recordaba una sola palabra ;

sus cartas eran tristes, y no revelaban aquel su decir alegre y su temperamento gozoso ;

todas ellas terminaban hablando de la vuelta...

la deseada vuelta ; la próxima vuelta ; y se sentía en ellas algo como el frémito de las alas de su alma tendidas para el vuelo ;

una melancolía apasionada se alzaba de esas cartas, como la niebla de los mares remotos, decorando las costas ríspidas de pórticos de duelo y visiones de naufragio ;

para su «mamá querida», él era de una ternura desbordante e infantil, ensayaba ser alegre, pero se veía a través de su charla amena, algo muy triste, como el rostro de un niño que ha llorado ;

en las cartas para Nieves, la «hermana de su corazón», como él decía, era grave, de una pasión contenida y melancólica, cuya vehemencia se hacía austera al hablar de los grandes «problemas de la Vida», que empezaban «a alzarse ante él», como una cadena de montañas ;

¿cuáles eran esos problemas?...

el primero fué el de su «nacionalidad» ;

para heredar la cuantiosa fortuna de su tío, tenía que optar por su nacionalidad primitiva, aquella del país en que había nacido, porque el muerto no entendía dejar su fortuna a un «extranjero»... ;

el segundo, aquel que era vital y decisivo, el verdaderamente pavoroso para él, era el de su «religión» ;

el testador ponía como condición *sine qua non*, para heredarlo, que su sobrino apostatará públicamente de la religión cristiana que le habían impuesto y volviera al seno de la religión de sus padres, la religión israelita ; y, caso de negarse a esta «abjuración solemne», la herencia pasaría ín-



tegra a otro sobrino del muerto, más lejano, pero hebreo puro, incontaminado de cristianismo.

Desiderio, aterrado, expuso a su madre el primero de los problemas que se le presentaban, pero silenció el segundo, con el designio inocente de ocultarlo por completo ;

él, conocía bien el temple de alma de Otilia Rendon, y sabía que su única intransigencia, era la intransigencia religiosa, la sola cosa de la vida en la cual la había visto inexorable, y la sabía incapaz de capitular ;

en cuanto a él, ninguno de los dos problemas revestía gravedad espiritual ;

no amaba la tierra en que había crecido lo bastante para sacrificarle su fortuna en aras de un patriotismo que no sentía ;

en cuanto a la religión, le era personalmente indiferente el cambio que se le exigía ; él, no era cristiano de corazón ; su alma había permanecido hebrea ; todo el fervor de su raza judía vivía en él, con fuerza inagotable ;

pero, temblaba ante la resolución de ese problema ; por su madre, por el corazón de su madre, por la fe de su madre... ;

el de la «nacionalidad», no lo ocultó a ésta, seguro de que no habría de causarle sino un pasajero disgusto.

Otilia, protestó al principio ; ¡ cómo ! ¿ su hijo podía tener otra patria que aquella en que había crecido bajo el fulgor de cielos maravillosos y el calor de sus besos maternos?...

pero, se resignó al fin ante los argumentos de

los juristas, que desarmaron sus escrúpulos, y un poco feliz en el fondo, de ver a Desiderio escapar así del servicio militar que ya empezaba a alarmarla ;

el Gran Problema, el de la Cuestión Religiosa, fué revelado a Nieves, por una voluntaria y perversa indiscreción ;

la familia de Macabeo Lewis, un banquero judío de luengos años establecido en la ciudad y muy amigo de Otilia Rendon, pero, que no había visto con buenos ojos la cristianización forzada de Desiderio, a quien continuaba en llamar Samuel, dijo a la joven la inexorable cláusula del testamento, dejando transparentar la certidumbre de que Desiderio tendría que someterse a ella.

Nieves, aterrada, lo dijo todo a Otilia ;

y, ambas, alarmadas, como si se tratase de la vida de Desiderio, le escribieron, pidiéndole que les dijera si era verdad aquello que ellas creían un imposible ;

él, contestó por tiernas evasivas, ensayando bromear sobre el asunto y haciendo calambures espirituales sobre la cándida credulidad de esas dos almas que amaba tanto ;

pero ellas no se desarmaron y, volvieron a la carga, pidiéndole una contestación categórica sobre el particular ;

él, terminó al fin por decirles que ésa era una simple fórmula, de pura apariencia, sin trascendencia, ni valor moral ninguno ;

mas no decía si a la postre habría de aceptarla o no ;

Otilia entró entonces en un período de verdadera exaltación ;

su fe religiosa alarmada, exasperada, la hizo impetuosa e irascible ;

era el alma de su hijo la que estaba en peligro, su conquista espiritual, la oveja que había llevado al pie de la cruz, y, hacia la cual el Demonio tendía ahora sus garras amenazantes ;

era necesario salvarla ;

para eso escribió carta tras de carta, conminando a Desiderio, a resistir, a no ceder a las inducciones del mal, a salvar su alma de la eterna condenación, a permanecer sumiso y, de rodillas al pie de la cruz que había salvado al mundo, y, que habría de salvarlo a él ;

e hizo que sus antiguos maestros le escribieran sobre el particular ;

éstos lo hicieron en tono autoritario, falto de tacto y de mesura, lo cual disgustó a Desiderio, que nunca los había amado, y, que les respondió por la rima, discutiendo y ergotizando con ellos ;

eso, acabó de exasperar a Otilia, que le escribió y le hizo escribir a Nieves, cartas inflexibles en que le decían que si esa formalidad se cumplía, si él ponía el pie en la Sinagoga, si apostataba, siquiera fuese por pura fórmula del culto cristiano que ella le había enseñado, si volvía, siquiera fuese por un minuto, las espaldas al Cristo y a su Iglesia, debía saber que sus corazones y las puertas de su casa, estarían ya cerradas para siempre a él ; que, si eso sucedía, no pensara en volver, que quedara allá, entre los suyos, entre los judíos,



porque no tendría ya madre ni hermana que lo esperaran, pues el amor de éstas habría muerto apuñaleado por su Traición.

Desiderio lloró leyendo esas cartas, y las contestó implorando un poco de piedad en nombre del amor que se le había tenido, y al cual, él, no renunciaría jamás ;

él, amaba mucho a su madre y a su hermana ; eran los solos amores de su vida, y, las amaba con todo su corazón ;

pero, no prometía nada ; tenía el corazón demasiado noble para mentir ;

los Lewis, continuaban en envenenar la cuestión, por el relato de las supuestas formalidades que exigía el acto de la abjuración, inventando detalles que hacían crecer hasta la alucinación de Otilia y de Nieves, a las cuales hacía creer que el vitando, el apóstata, debía ser revestido de una túnica negra, y subir así como un reo de muerte hasta el pie del Tabernáculo, a donde, puesto de rodillas, se le daría un Cristo al cual tenía el deber de insultar, de escupir, y, de romper luego contra el suelo en señal de odio mortal ; finida esa ceremonia, el relapso, vestido ya de blanco, entonaría cánticos de gloria, entre el rumor de palmas adoratorias balanceándose sobre él, tenidas por manos infantiles ;

estos detalles desmesuraban el horror de Otilia, casi hasta la demencia, y, ya no dormía, viendo a su hijo insultar y romper al Cristo, a su Dios, al pie del cual ella lo había llevado ;



que hubiera renunciado a su nueva Patria, era ya un crimen... pero, renunciar a su Dios...

jamás, jamás...

toda hora de tranquilidad le fué negada ; el sueño huyó de sús ojos ; y, se sentía morir de angustia... ;

ante las evasivas continuadas de Desiderio, y su rehusa a regresar inmediatamente, cortó e hizo cortar a Nieves, toda correspondencia con él ;

los Lewis dieron, pocos días después, el golpe de gracia, mostrando a Nieves, que continuaba en tratarlos, los periódicos checos, que daban cuenta de la «solemne abjuración» de Samuel Krocker (entre los cristianos Desiderio Rendon), y daban los detalles de la ceremonia, haciendo comentarios sobre ella.

Otilia cayó enferma de pena y estuvo a punto de morir ;

apenas puesta en pie, un furor de proscripción de todo lo que había sido de su hijo, la poseyó ;

los retratos de Desiderio desaparecieron de sobre el piano, y, el pequeño escritorio de caoba que ella tenía en su cuarto ; sus trajes fueron dados a un Instituto de Caridad, sus libros aglomerados en maletas, y guardados en alacenas ; su cama desarmada y guardada ; su habitación cerrada, como la de un hombre que ha muerto de peste ; su nombre fué proscrito de la conversación ; nadie lo nombró más ;

de todas partes se le proscribía, ¡ ay !, menos del Recuerdo, y de los corazones ;

el Destierro se decreta, el Olvido, no ;

Nieves permanecía fiel al culto de su amor ;  
cuando la proscripción de los retratos de Desiderio, ella había logrado salvar uno que tenía en un medallón, y, esa imagen del Amado consolaba sus tristezas ; lo llevaba colgado al cuello, y, oculto en el seno el legajo de cartas que Otilia le había ordenado destruir ;

ésta, se había confinado en una soledad absoluta, como guardando el gran duelo de su hijo muerto para ella ; no recibía a nadie ;

ordenó a Nieves cesar toda relación de amistad con los Lewis, lo cual privó a ésta del único medio de recibir correspondencia de Desiderio como hasta entonces lo había hecho ;

sólo un ser se rebeló contra esos decretos de proscripción del ausente : Mónica ;

sólo ella continuó en hablar del «niño», defender al «niño» y esperar al «niño» ;

nadie la sacaba de esa actitud, que defendía con la tenacidad con que los viejos defienden sus caprichos ;

ella, hacía escribir al «niño», por conducto de los porteros, y, ella percibía y entregaba las cartas a la «niña», burlando la celosa vigilancia de Otilia, por mil inocentes y conmovedoras estratagemas.

Desiderio, a cada carta más afectuoso, ensayaba calmar la inquietud de su amada, apaciguar la lucha religiosa de su espíritu y hablar con un amor y un respeto fanáticos de su «adorada mamá» ; de la cual esperaba un día reconquistar el cariño ;

«dos dos haremos ese milagro — le decía—,

cuando nos hayamos casado, irá con nosotros, vivirá con nosotros, morirá con nosotros; ella nos pertenece, ¿no es nuestra madre? la madre de nuestro corazón» ;

y, su ternura corría en ondas generosas, haciendo planes para lo porvenir, un porvenir muy cercano, porque el día de su regreso se aproximaba ;

amando, sufriendo, esperando, los días se pasaban para la pobre virgen torturada, entre el amor de su madre, y el amor de aquel que iba a venir, del apóstata, del vitando, proscripto de todas partes, menos de su corazón ;

y, vivía apasionada y tierna en el corazón de aquel gran drama, como una falena prisionera de un insecto pronto a devorarla.



El día del regreso de Desiderio se aproximaba, y la inquietud crecía en los dos seres amantes que lo esperaban ;

¿a dónde iba a llegar?

a su antigua casa no era posible ;

aquella que le había servido de madre se negaba a recibirlo ;

el umbral de esa puerta hospitalaria no lo pasaría ya el tráfuga, el relapso, el desertor de las milicias del Cristo, de ese Cristo que, clavado en efigie sobre esa puerta, abría sus brazos, no para abrazarlo, sino para rechazarlo, para arrojarlo lejos, en los lugares de la muerte eterna y de la eterna condenación ;

así se lo dijo ella al Cónsul cuando vino a pedirle perdón y asilo para el hijo pródigo, que venía con el alma muy triste y el corazón repleto de ternezas.

—¿Su hijo?, su hijo había muerto ; su hijo no



era ese judío asqueroso vendido a la Sinagoga por dos millones de rublos ;

su voz temblaba y sus ojos se hacían siniestros de cólera cuando decía estas palabras ;

el Cónsul se encargó de buscar alojamiento para Desiderio, o, mejor dicho, para Samuel Krocker ;

un hombre millonario tiene siempre amigos dispuestos a servirlo ;

y Desiderio llegó a un gran hotel ;

como si Otilia hubiese presentido la llegada del ingrato, tuvo la víspera un ataque tan fuerte de su enfermedad al corazón, que estuvo a punto de morir ;

esto impidió a Nieves salir con Mónica al día siguiente, a las ocho de la mañana, hora de la llegada del tren, con el pretexto de ir a una misa, pero, verdaderamente, para ir con los Lewis a la estación a recibirlo.

Desiderio llegó triste, como bajo el peso de una irreparable desgracia, y al apearse del tren buscó en vano el rostro amado y, al no hallarlo, todo le pareció lúgubre y vacío, como teñido de un tinte inexorable de agonía ;

dos días estuvo sin ver a Nieves, vagando por los alrededores de la casa y, llegó hasta hablar con los porteros, y supo por ellos la enfermedad de su «mamá querida», como continuaba en llamar a Otilia...

tuvo ímpetus de subir, postrarse ante ella, pedirle perdón y abrazarse a sus rodillas, para que no le echase de aquella casa, como lo había arrojado de su corazón ;

pero, el portero no le permitió subir ; tenía orden terminante para ello ;

se alejó abatido, cabizbajo, sollozante, inclinado bajo su dolor, como si el cielo lloviera sobre él, una lluvia de cenizas ;

al fin, Nieves pudo salir con Mónica, y los dos jóvenes se encontraron frente a la iglesia donde ella iba a orar, y, él, avisado con anticipación, esperaba ;

se arrojaron el uno en brazos del otro, y quedaron abrazados largo rato, sollozando ;

los transeuntes los miraban conmovidos, cual si sintiesen también aquel inmenso dolor que estallaba en lágrimas y en sollozos bajo los serenos cielos ;

hablaron largo tiempo después... ;

el nombre y el recuerdo de la «mamá querida», ocupó gran parte del diálogo.

—Nuestro amor ha de vencerla—decía él, mientras ella, taciturna, callaba ;

continuaron en verse todos los días así, a la misma hora, en la gran avenida llena de sol, bajo los ojos tiernos de Mónica, y a veces también de los de la señora Lewis, que había tomado a corazón proteger esos amores y se proponía ser la madrina del matrimonio, ya muy próximo, y para lo cual había sido designada por Desiderio ;

éste no había venido con otro objeto : casarse e irse con su mujer y su «mamá querida» para su país natal, donde tenía grandes propiedades y estaba pronto a fundar una casa de banca.

Nieves no oponía ningún obstáculo a la reali-

zación de ese plan, ni siquiera el de su conversión al judaísmo, que tenía que efectuar para ser la esposa de Samuel Krocker ;

su amor, como todo verdadero amor, la hacía abúlica, y habría seguido a su amante no sólo por el sendero de la apostasía, sino por el del crimen mismo, si hubiera sido necesario ;

amor que no va hasta el sacrificio no es un amor.

Desiderio se ocupó con premura de arreglar los asuntos concernientes a su matrimonio ;

y, cuando todo estuvo listo, comisionó al Cónsul y al señor Lewis para pedir oficialmente a Otilia la mano de Nieves ;

y, así fué ;

pero, apenas Otilia oyó al Cónsul, que llevaba la palabra, decirle que venía a pedirle la mano de la señorita Nieves de las Pueblas para el señor Samuel Krocker, no quiso oír más ;

se puso de pie, y, mostrando a los visitantes la puerta del salón, les dijo :

—Basta, caballeros ;

y se retiró ;

no sin alcanzar a oír al Cónsul, que le decía :

—Señorita : debo advertir a usted que no tiene derecho a oponerse a ese matrimonio, porque la señorita de las Pueblas es mayor de edad, y usted no es su madre ;

quiso volverse, discutir, pero no tuvo fuerza para ello ;

entró a su aposento y se arrojó sobre su lecho sollozando...



¡ ah ! el ingrato, el miserable a quien había consagrado su vida... ; no sólo la abandonaba por un puñado de oro, sino que quería llevarse a su hija y, dejarla sola... vivir sola... morir sola... y, eso, en pago de tanto amor y tanto sacrificio... ;

quedó allí accidentada, víctima de un largo síncope cardíaco ;

cuando volvió en sí al clarear el alba, fué directamente al cuarto de Nieves, para hablar con ella, y, preguntarle, si amaba aún al traidor, y estaba también dispuesta a abandonarla ;

no tuvo que formular la pregunta ;

la respuesta estaba allí visible, palpable, en su triste y desgarradora elocuencia...

el lecho vacío ; intacto ;

el armario abierto y sin ropas ;

la *coiffeuse* y, el lavabo, limpio todo objeto de *toilette* ;

las huellas y el desorden de la fuga por todas partes.

Nieves había huído ;

interrogó a Mónica ;

ésta confirmó el hecho ; la «niña» había salido ;

—¿ a dónde ?

ella no lo sabía.

Otilia, adivinando una cómplice en aquella vieja sirvienta que había sido como una aya suya y la compañera de su juventud, la expulsó ignominiosamente, y le ordenó abandonar inmediatamente la casa ;

quedó sola ;



vagó como una loba en cólera por todos los aposentos ;

y, se proponía ir a la policía a dar cuenta de la desaparición de su hija, cuando le llegó una carta del señor Lewis, en la cual le participaba que por orden de la autoridad, la señorita Nieves de las Puebas había sido depositada en su casa hasta el día de su próximo matrimonio con el señor Samuel Krocker, que tendría lugar, según el rito hebreo, el sábado venidero, a las nueve de su mañana, en la única Sinagoga de la ciudad.

Otilia no lloró, ni gritó, quedó inmóvil, como si aquel golpe, dado a su corazón enfermo, la hubiese petrificado...

más que una estatua se diría un cadáver...

su imagen, reproducida en ese momento en el espejo del tocador, era bien la imagen de un muerto...

la muerte vagaba por aquel rostro exangüe, aquellos ojos hechos turbios a fuerza de llorar, aquella boca ya sin gritos, semejante a una sepultura vacía de donde acaban de arrojar las cenizas de un muerto ; aquel pobre cuerpo que la fiebre minaba y aquellas suaves manos tan bellas que temblaban en un frémito de angustia...

creyó que iba a morir y pensó en sus hijos...

sus hijos... que la dejaban morir en la soledad...

sus hijos, que se unían para matarla ;

sus hijos, que le daban la Muerte, en cambio de la Vida, que ella les había sacrificado ;

¡ ah !... sus hijos...

Los días que pasó en el lecho, con crisis de sofocación tan grandes, que parecían definitivas, fueron para ella días de angustia inenarrable, pero, más que todo, de una soledad moral inabarcable, soledad ilimitada como la de los cielos, y, como la de los sepulcros ;

manos mercenarias la cuidaban ;

la portera venía de vez en cuando con algún recado, o carta de visita, porque había dado órdenes de no dejar subir a nadie ;

tenía el pudor de su pena ; y, sentía vergüenza de la traición que le habían hecho.

Mónica había partido llorando de aquella casa, que la había albergado durante cuarenta años ; iba a vivir con «los niños», después de su matrimonio, según había dicho ;

ningún cariño le había sido fiel ;

todos la habían traicionado ;

las nuevas criadas la servían respetuosas, pero

indiferentes, habituadas al silencio cortés de las casas distinguidas ;

en las noches, durante las grandes crisis, en que se sentía ahogar, no llamaba a nadie, tomaba ella misma sus medicinas, y, quedaba inmóvil, mirando el reloj, como espiando la hora de su muerte ;

al fin, el día llegó ;

el sábado nupcial ;

el día del matrimonio de sus hijos ;

desde antes de la hora del alba, estuvo en pie ;

amaneció un día lívido, amarillento, como el rostro de un tísico ;

se preparó una tisana calmante de las que ella sabía el efecto seguro, se hizo una *picure* de las que el médico le prescribía como más activas, y, sin ayuda de nadie, procedió a vestirse ;

en la cámara calmada y silenciosa, sólo se oía su trágico ;

pronto estuvo vestida en negro, con grandes velos de crespón, como si fuese al entierro de su propia alma ;

hizo pedir su coche ;

y esperó ;

estaba calmada, casi podría decirse que serena ;

el teléfono de la portería tocó anunciando el carruaje...

descendió ;

grave, dolorosa, elegantísima, entre las reverencias y la conmiseración de los porteros y de la servidumbre ;

perlabo un día desapacible, de lluvia menuda y lenta ;

dió al cochero la dirección de la Sinagoga, y, entró al carruaje ;

cuando llegó a la calleja estrecha en que el templo hebreo estaba situado, el coche tuvo que avanzar con lentitud, porque había grande afluencia de ellos ;

le tocó colocarse el último de la fila ;

ella, descendió y avanzó por la acera ;

la hilera de carruajes estaba formada por todos los de la colonia hebrea, muy rica y muy numerosa ;

al verla avanzar, muchos cocheros y lacayos la reconocieron por estar habituados a verla en las grandes fiestas de sociedad.

—La señorita Rendon — dijeron unos.

—La madre — dijeron otros ;

y, ella avanzó, sin escucharlos ;

llegada frente a la puerta del templo, que grandes cortinajes de terciopelo rojo decoraban, la concurrencia agrupada era de tal manera compacta, que penosamente avanzó entre ella ;

cuando estuvo adentro, vió :

el templo blanco ;

las paredes desnudas de altares y de adornos ;

absoluta ausencia de imágenes ;

en el muro frontón, el oro del Tabernáculo :

por en medio del templo, tan austeramente desnudo, descendía la comitiva ;

dos filas de niños de ambos sexos la precedían con cirios en las manos ;



bajo palio los seguían los desposados ;  
él, en frac ;

ella, toda envuelta en grandes velos de tul, cuyas caudas llevaban infantes caudatarios ;

la barba mosaica de un rabino hacía detrás de ellos reflejos de plata ;

el cortejo se detuvo ;

el rabino habló ;

los novios llevaban sendas copas de cristal entre las manos ; parecían azucenas votivas ;

cuando el rabino calló, los desposados apuraron el vino de las copas ;

luego... las arrojaron con fuerza contra el suelo ;

el cristal, al romperse, hizo un tañido musical ;

se oyó sonar un débil gemido ;

Otilia rodó al suelo...

brazos piadosos la recogieron.

—¿Qué es? — dijo alguien.

—Una vieja, que se cayó — dijo un niño ;

la ceremonia continuó...

... ..

... ..

Cuando Otilia abrió los ojos en una habitación adherente al templo y tan desnuda de adornos y de imágenes como él, miró asombrada en torno suyo ;

rostros extraños la circuían ;

un hombre anciano, sin duda un médico, la auscultaba ;

otro le tenía el pulso ;

comprendiendo que iba a morir Otilia, abría desmesuradamente los ojos, buscando una cruz, una

cruz que la amparara, un Cristo para besarlo en su agonía... un sacerdote que la absolviera...

nada, nada...

su rostro se hacía azuloso ; su respiración se trocaba en estertor...

—Mis hijos... mis hijos... — alcanzó a decir ; como si hubiesen sido evocados por un conjuro, Desiderio y Nieves, avisados por alguien, llegaron en ese momento ;

afligidos, enloquecidos de dolor, se arrojaron a los pies de Otilia, gritándole :

—Mamá, mamá, mamá querida ;

la moribunda abrió los ojos, sonrió dulcemente, extendió las manos buscando las cabezas de sus hijos, hundió los dedos trémulos en las cabelleras filiales acariciándolas torpemente, los miró con una ternura infinita ; volvió el rostro de lado... y, expiró...

FIN

**LECTOR :**

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

**Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.**





# Obras Completas de VARGAS VILA

---

## EDICIÓN DEFINITIVA

- |                                     |                                       |
|-------------------------------------|---------------------------------------|
| 1. La Simiente.                     | 27. El Final de un Sueño.             |
| 2. Ibis.                            | 28. La Ubre de la Loba.               |
| 3. Sobre las Viñas Muertas.         | 29. Los Divinos y los Humanos.        |
| 4. Alba Roja.                       | 30. Cachorro de León.                 |
| 5. María Magdalena.                 | 31. El Sendero de las Almas.          |
| 6. Aura o las Violetas.             | 32. Libre Estética.                   |
| 7. Los Discípulos de Emaüs.         | 33. El Ritmo de la Vida.              |
| 8. Los Estetas de Teópolis.         | 34. Los Césares de la decadencia.     |
| 9. Sombras de Aguilas.              | 35. Rubén Darío.                      |
| 10. El Camino del triunfo           | 36. La República romana               |
| 11. La Conquista de Bizancio.       | 37. La Muerte del Cóndor.             |
| 12. El Minotauro.                   | 38. Copos de Espuma.                  |
| 13. Las Rosas de la Tarde           | 39. Verbo de Admonición y de Combate. |
| 14. Flor del fango.                 | 40. Del Rosal Pensante.               |
| 15. La Demencia de Job.             | 41. En las Zarzas del Hombre.         |
| 16. Los Parias.                     | 42. Ars-Verba.                        |
| 17. De sus Lises y de sus Rosas.    | 43. El Huerto del Silencio.           |
| 18. La Voz de las Horas.            | 44. Laureles Rojos.                   |
| 19. Archipiélago Sonoro             | 45. Prosas-Laudes.                    |
| 20. Lirio Blanco.                   | 46. Pretéritas.                       |
| 21. Huerto Agnóstico.               | 47. Clepsidra Roja.                   |
| 22. Lirio Rojo.                     | 48. Belona Dea Orbi.                  |
| 23. Lirio Negro.                    | 49. Saudades tácitas.                 |
| 24. Salomé.                         | 50. Históricas y Políticas            |
| 25. De los Viñedos de la Eternidad. | 51. Prosas Selectas.                  |
| 26. Horario Reflexivo.              |                                       |

---

VARGAS VILA: **Ante los Bárbaros.**



RARE BOOK  
COLLECTION



THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT  
CHAPEL HILL

PQ8179

.V3

G4

1922

# Obras completas de Vargas Vila

## EDICIÓN DEFINITIVA

1. La Simiente.
2. Ibis.
3. Sobre las Viñas Muertas.
4. Alba Roja.
5. María Magdalena.
6. Aura o las Violetas.
7. Los Discípulos de Emaüs.
8. Los Estetas de Teópolis.
9. Sombras de Águilas.
10. El Camino del triunfo.
11. La Conquista de Bizancio.
12. El Minotauro
13. Las Rosas de la Tarde.
14. Flor del fango.
15. La Demencia de Job.
16. Los Parias.
17. De sus Lises y de sus Rosas.
18. La Voz de las Horas.
19. Archipiélago Sonoro.
20. Lirio Blanco.
21. Huerto Agnóstico.
22. Lirio Rojo.
23. Lirio Negro.
24. Salomé.
25. De los Viñedos de la Eternidad.
26. Horario Reflexivo.
27. El Final de un Sueño.
28. La Ubre de la Loba.
29. Los Divinos y los Humanos.
30. Cachorro de León.
31. El Sendero de las Almas.
32. Libre Estética.
33. El Ritmo de la Vida.
34. Los Césares de la decadencia.
35. Rubén Darío.
36. La República romana.
37. La Muerte del Cóndor.
38. Copos de Espuma.
39. Verbo de Admonición y de Combate.
40. Del Rosal Pensante.
41. En las Zarzas del Horeb.
42. Ars-Verba.
43. El Huerto del Silencio.
44. Laureles Rojos.
45. Prosas-Laudes.
46. Pretéritas.
47. Clepsidra Roja.
48. Belona Dea Orbi.
49. Saudades tácitas.
50. Históricas y Políticas.
51. Prosas Selectas.
52. Polen Lírico.
53. Gestos de vida.
54. El Imperio Romano.
55. Ante los Bárbaros.